

MÁS SOBRE EL ALMA Y EL ESPÍRITU

Gracias al Señor, tal como lo habíamos anunciado, tenemos en nuestras manos un nuevo número de Aguas Vivas sobre el importante tema del Espíritu, Alma y Cuerpo.

El material incluido en el número anterior es continuado aquí, entre otros artículos de los colaboradores habituales, con la adición del capítulo 2 de la valiosa obra ¿Qué es el Hombre?, de T. Austin-Sparks. Y aun tenemos la esperanza de seguir en el próximo número tratando sobre este asunto, pues hay mucho material en espera, especialmente sobre algunos de los peligros del alma descontrolada en el servicio espiritual.

También continuamos aquí con la serie de mensajes que impartió el predicador norteamericano David Wilkerson en su visita a Chile en septiembre del año pasado, los cuales han dejado una profunda huella en quienes le escuchamos personalmente. Esta vez publicamos el tercero de la serie, que hemos titulado “Dando a Dios el control”.

No podemos dejar de mencionar, con una profunda gratitud al Señor, la cada vez más amplia difusión y la grata acogida que la revista está teniendo en muchos hermanos y hermanas de diversos países. No sólo en los países de habla hispana, sino también en el hermano país de Brasil, donde el español no es un obstáculo para nuestros lectores allí. Gracias a la versión en inglés en su nueva dirección www.livingwaters.cl, la revista ha tenido una proyección mucho más allá de lo que jamás soñamos. Por todo estamos agradecidos del Señor, quien siempre es glorificado usando vasos de barro para contener el Tesoro más grande.

Rogamos al Señor que nos conceda seguir realizando este trabajo, para nosotros muy honroso, y continuar estrechando en torno a Cristo las manos de tantos hermanos y hermanas a través de todo el mundo. Que así sea.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 7 · Nº 38 · MARZO - ABRIL 2006

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

Dios tiene las riendas de la historia

Una alerta sobre la amenaza nuclear en el Oriente Medio.

Ricardo Bravo M. 4

UNA MIRADA PROFÉTICA

Renovando nuestra pasión por Cristo (3)

Tercer mensaje de una serie de cuatro, que el predicador norteamericano impartió en Chile, en septiembre de 2005.

David Wilkerson 12

TEMA DE PORTADA

El hombre según Dios

Tres aspectos de la restauración del hombre en Cristo.

Rodrigo Abarca. 21

La importancia del espíritu del hombre

El espíritu humano fue diseñado como órgano apropiado para entrar en contacto con el Espíritu divino. *Gino Iafrancesco* 27

El alma del hombre

Basándose en la figura del rey Asuero, del libro de Ester, el autor describe los intrincados vericuetos del alma humana. *Christian Chen* 36

¿Alma espiritual?

Algunos de los peligros del alma suplantando al espíritu.

Marcelo Díaz 48

El alma de Jesús

Una vislumbre del alma santa de nuestro Señor Jesucristo.

Roberto Sáez 52

El alma

¿Por qué es tan difícil ser hombres y mujeres espirituales?

¿Por qué es tan común la experiencia contraria? *Rubén Chacón* 58

LEGADO

Una especie distinta

Debido a la caída, el hombre es hoy una especie distinta

de la que Dios creó. *T. Austin-Sparks* 65

*ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA***Por la senda del dolor**

Semblanza de Adoniram Judson, el precursor del evangelio en Birmania 78

Los montanistas: hombres y mujeres de espíritu

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada. *Rodrigo Abarca* 87

ESTUDIOS BÍBLICOS

Bosquejo de Jueces *A. T. Pierson* 92

El Tesoro de David (III)

Estudiando los Salmos con C. H. Spurgeon 93

Viendo a Cristo en la espiritualidad

Un estudio de la Segunda Epístola a los Corintios. *Stephen Kaung* 98

Los nombres de Cristo

El Pastor. *Harry Foster* 108

BIBLIA

Los números en la Biblia. «El número «17» 110

Preguntas & Respuestas 111

¿Cuánto sabe de la Biblia?

Ponga a prueba sus conocimientos bíblicos 113

*REPORTAJES***Del desierto a las aguas vivas**

Peregrinar de un judío tunecino. *William Raccah* 115

Secciones Fijas

Joyas de Inspiración 20

Bocadillos de la Mesa del Rey 64

Maravillas de Dios 77

Página del Lector 120

Foto de portada: «*Museo Ferroviario Temuco*» (Autor: *Mario Contreras T.*).

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

Una alerta sobre la amenaza nuclear en el Oriente Medio.

Dios tiene las riendas de la **Historia**



Ricardo Bravo M.

Nada tiene sentido en la historia humana, reciente o pasada, sino es a la luz de lo que está escrito en la Biblia. Pasan los años y los siglos, se suceden los gobiernos y las agrupaciones políticas de distinta índole a través del mundo; oscilan como un péndulo las distintas corrientes de pensamiento que parecen guiar a las naciones, pero inexorablemente se cumple la palabra profética en el tiempo y lugar que Dios ha establecido, involucrando en su cometido a las naciones y sus destinos, teniendo como eje central a la nación de Israel. Esto ha sido y será así, porque quien lleva en último término las riendas de la historia en la Tierra es su propio Creador.

Uno de los asuntos más candentes en la política mundial con que terminó el año 2005 y se inició el 2006, el cual compromete a muchos países de oriente y occidente, incluido Israel, es el acelerado plan de desarrollo nuclear que lleva adelante Irán, sin someterse a regulación alguna, por medio de un peligroso y agresivo gobierno, recientemente elegido. Al momento de iniciarse este artículo (11 de enero), agencias de noticias internacionales señalaban la preocupación mundial porque Irán rompió los sellos que habían sido colocados en sus instalaciones nucleares hace más de dos años, violando así sus compromisos con la supervisión de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA). Con ello Irán

continúa contra viento y marea con su plan de enriquecimiento de Uranio, aunque los iraníes aclaran que sólo con “fines científicos”.

Uno de los inmediatos peligros de esta firme política nuclear de Irán, radica en dos hechos que parecieran aislados, pero que perfectamente podrían no serlo; por una parte, el presidente iraní ha venido mostrando desde su reciente elección una alta violencia verbal hacia Israel, y por otra, ha revelado reiteradamente su tozudez al mundo, disponiéndose a proseguir con el programa nuclear que podría conducir a la consecución de la bomba atómica a muy corto plazo. Un reciente estudio realizado por expertos nucleares del Instituto para la Ciencia y la Seguridad Internacional, con sede en Washington, indica que Irán podría disponer en un plazo máximo de tres años su primera bomba atómica (de aquí al 2009). El informe señala que a partir de ese momento, Irán sería capaz de llegar a producir de 25 a 30 bombas por año.

Israel borrado del mapa

En una reciente conferencia proferida a unos 4000 estudiantes de Teherán, el nuevo presidente de Irán, Mahmud Ahmadineyad, ha pedido que el estado hebreo sea borrado del mapa. El sólo título de su conferencia anunciaba que el discurso se venía violento: «El mundo sin el sionismo». Aunque las relaciones diplomáticas entre Irán e Israel se rompieron en 1979 tras la revolución islámica, es la primera vez, a juicio de comentaristas internacionales, que un dirigente tan destacado propugna públicamente la

destrucción del Estado de Israel. «La nación musulmana no permitirá que su enemigo histórico viva en su mismo corazón», proclamaba el presidente iraní ante una enorme asamblea de estudiantes radicales que gritaban: «¡Que muera Israel!».

¿Por qué gran parte de occidente ha acusado fuertemente el golpe de la amenaza iraní? Las razones son varias y poderosas. Por una parte, existe coincidencia entre los expertos en política internacional que las eventuales consecuencias de esta agresión no son sólo contra la existencia del Estado de Israel, sino también contra la seguridad de Europa y Estados Unidos, quienes han propiciado en mayor o menor medida el mantenimiento del frágil equilibrio de fuerzas en Oriente Medio por más de medio siglo.

Por otro lado, estas amenazas que penden sobre Israel en la actualidad, (las que hablan de «borrarla del mapa»), no pueden ser catalogadas como frases retóricas, ni tampoco exageradas, producto de una elección presidencial a efectuarse en un país enemigo de Israel. Muy por el contrario, provienen de un presidente iraní recientemente electo, quien lo ha repetido al menos en tres ocasiones desde que asumiera el mando de esa nación en junio de 2005. Es una amenaza proferida por alguien que ya tiene experiencia en actividades terroristas, considerando que existen fotografías que lo delatan como participante del secuestro de la comunidad diplomática norteamericana en Teherán, durante la presidencia de Jimmy Carter en EE.UU. Por ello, a fines de noviembre pasado, el primer ministro británi-

co Tony Blair, hablando en nombre de la presidencia de turno de la Unión Europea, expresaba su «repulsión» ante las afirmaciones del presidente iraní, y aseguraba que «jamás» se había topado con un dirigente que hubiera expresado el deseo de «borrar a otro país de la faz de la tierra». Desde luego, las armas atómicas ya han demostrado que pueden literalmente borrar del mapa grandes extensiones geográficas.

Irán prosigue sin trabas su desarrollo nuclear

Habría al menos tres poderosas razones por las cuales Irán tendría vía libre para proseguir con su carrera nuclear. La primera de ellas es que se ve difícil que EE.UU. se plantee un ataque militar a Irán (como lo hizo con Irak), aún considerando la posesión por parte de Irán de potencial nuclear para la fabricación de armamento. La administración Bush no tiene el piso político suficiente para ello en su país, no cuenta con el respaldo internacional necesario para una invasión, económicamente no está en las mejores condiciones luego de la extensa invasión a Irak, y la nación iraní es lejos más poderosa militarmente que Irak.

La segunda razón, son las represalias petroleras que impondría Irán. Los europeos propusieron en septiembre pasado al Ejecutivo de la Agencia Internacional de la Energía Nuclear (AIEA) llevar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el programa atómico iraní, pero sin plantear sanciones. A pesar de esta suavidad de trato, Teherán respondió de inmediato amenazando con retirarse del Tra-

tado de No Proliferación Nuclear (TNPN) y con fuertes represalias petroleras a quienes intenten impedir su desarrollo atómico.

La tercera razón, tal vez la de mayor peso, es que Irán cuenta con el poderoso respaldo directo de Rusia (e indirecto de China) para continuar con su programa nuclear. Irán tiene actualmente en funcionamiento una central nuclear en la ciudad de Natanz y además tiene en proyecto construir una segunda central nuclear en la provincia de Juzistán, al suroeste del país. El 5 de diciembre pasado, el Gobierno iraní señaló que construirá esta segunda planta nuclear, a pesar de la preocupación internacional. Considerando la presión que el mundo ha ejercido sobre Teherán, Rusia le ha ofrecido a Irán su propio territorio para que desarrolle su programa nuclear, pero hasta ahora Irán no ha considerado esta opción e insiste en hacerlo en su territorio. No obstante el ofrecimiento queda latente.

Intentando apelar a la diplomacia para detener a Irán, EE.UU. envió en octubre pasado a Condoleezza Rice, su máxima representante diplomática, quien se reunió con el Presidente ruso Vladimir Putin, luego de haber tenido una larga entrevista con el Ministro de Relaciones Exteriores ruso Serguei Lavrov. A ambos personeros intentó convencerles que el objetivo final de los dirigentes iraníes es enriquecer uranio para fabricar la bomba atómica. Al final de esos encuentros, todo quedó igual. Moscú insiste en que el objetivo de Irán es el uso civil de la energía atómica, por tanto no se le ha de impedir. Sabido es que Rusia es un aliado muy antiguo de Irán y además

tiene intereses estratégicos y económicos en la zona. Por otra parte, la Unión Europea ha llamado a Teherán en numerosas ocasiones a que detenga sus actividades nucleares. Las llamadas a Irán se intensificaron especialmente desde el pasado agosto, cuando el Reino Unido, Francia y Alemania rompieron las negociaciones con Irán, tras anunciar éste que seguiría adelante con la reconversión de uranio.

La pesadilla atómica

Actualmente existen en el mundo alrededor de 20.000 cabezas nucleares (lo suficiente para destruir al planeta), número que podría considerarse un gran logro de los países que poseen armas atómicas, teniendo en cuenta que se llegó a tener unas 65.000 ojivas en tiempos de la llamada “guerra fría”. También aparece como un importante logro el que no se hayan utilizado armas atómicas durante casi 60 años, después del holocausto de las ciudades japonesas Hiroshima y Nagasaki. Los países poseedores de estas cabezas nucleares en la actualidad son ocho: EE.UU., Rusia, China, India, Pakistán, Israel, Gran Bretaña y Francia. La mayoría de estos países ha mantenido un delicado equilibrio en su accionar bélico durante estos últimos 60 años, en procura de evitar el desastre nuclear. Sin embargo, muy peligrosamente este equilibrio relativamente responsable de fuerzas pareciera estar llegando a su fin. Además de Irán, un segundo país también políticamente poco seguro, como lo es Corea del Norte, está corriendo en tierra derecha hacia el dominio de la tec-

nología nuclear y la eventual construcción de armamento atómico. Estas dos administraciones no ofrecen la relativa seguridad de los 8 países mencionados anteriormente, y por ello, aumentan en forma drástica las probabilidades de construcción y posterior uso de armas atómicas. Por tanto, el argumento de que sólo pueden disponer de un arsenal nuclear los países responsables ya no se sostiene. La transformación de uranio enriquecido está hoy al alcance de muchos estados, incluso podrá estar en manos de ciertos grupos terroristas, quienes anhelan disponer de armas atómicas más pequeñas y manejables, pero no por ello menos destructivas.

Cumplimiento profético

¿Cómo se relaciona esta peligrosa coyuntura mundial provocada por Irán, con la profecía bíblica? Recapitulando los últimos 57 años de la historia humana, en particular la de Israel,

La mayoría de estos países ha mantenido un delicado equilibrio en su accionar bélico durante los últimos 60 años, en procura de evitar el desastre nuclear. Sin embargo, muy peligrosamente, este equilibrio relativamente responsable de fuerzas pareciera estar llegando a su fin.

es posible observar el cumplimiento de varias profecías, las cuales están señaladas en el libro de Ezequiel. En 37:21-22 de este libro leemos: «*Así ha dicho Jehová el Señor: Yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron; los recogeré de todas partes y los traeré a su tierra. Haré de ellos una sola nación en la tierra...*». Esta profecía fue cumplida en 1948 cuando gran parte de la diáspora de Israel que habitaba en distintas partes del mundo, fue reunida en Palestina, producto de la Resolución 181 de las Naciones Unidas que creó el Estado de Israel. Por primera vez en muchos años, los hebreos volvieron a ser una nación y varios millones regresaron a su tierra, procedentes de muchas naciones. Este regreso no puede confundirse con el que ocurrió desde Babilonia en el año 536 AC., porque Babilonia era una sola nación.

Sin embargo, la parte profética que señalaba lo de la nación próspera (Ezequiel 38:12-13) y rica que sería (desarrollada en términos actuales), una vez que se estableciera como tal, no se cumplió de inmediato. Israel desde su gestación como nación ha debido extremar sus recursos y emplear toda su inteligencia para defenderse de los numerosos enemigos externos y, al mismo tiempo crecer y desarrollarse. En la Guerra de los Seis Días, llevada a cabo en 1967, a causa de un bloqueo egipcio, Israel atacó a Egipto, Jordania y Siria, y al cabo de una victoriosa campaña relámpago, del 5 al 10 de junio, ocupó los altos del Golán (Siria), Cisjordania, Jerusalén este, Gaza y la península del Sinaí (Egipto). En junio de 1981, Israel rea-

lizó un espectacular ataque aéreo relámpago sobre la ciudad de Osirak en Irak, destruyendo la planta nuclear que se desarrollaba allí. Considerando que Saddam Hussein no vaciló en usar armas químicas contra países vecinos y contra su propio pueblo en varias ocasiones, tampoco habría dudado en usar armas atómicas contra quienes consideraba sus enemigos. No obstante estar rodeada de enemigos, en menos de 50 años Israel ha llegado a ser un país poderoso y desarrollado.

Pero una vez que Israel hubiera llegado a ser una nación próspera, la palabra profética de Ezequiel 38 afirma que ésta sería invadida por un enemigo de los confines del norte y muchos pueblos estarían con él (v. 8-9). Lo cierto es que esta última profecía aún no ha sido cumplida, aunque los eventos que empiezan a ocurrir en Oriente Medio parecieran indicarnos que comienza a armarse el escenario histórico para el cumplimiento de esta invasión. Una invasión similar a la descrita en Ezequiel se describe igualmente en el libro de Apocalipsis (20:8), la cual pareciera ser la misma que la de Ezequiel, dado que también menciona a Gog y Magog. Sin embargo, no se trataría de la misma batalla (Henry 1999), debido a que la invasión a Israel señalada en Apocalipsis (después del milenio) no tiene por líder de las fuerzas enemigas a Gog y Magog sino a Satanás (Ap. 20:7-8), mientras que en la invasión de Ezequiel, es Dios quien le ordena atacar a Israel para el reconocimiento de su Gloria: «*Al cabo de muchos días serás visitado* (la Biblia de las Américas traduce «*recibirás órdenes*» en vez de «*serás visita-*

do»); al cabo de los años vendrás al país salvado de la espada, contra gentes recogidas de entre muchos pueblos... subirás tú y vendrás como una tempestad; como un nublado que cubra la tierra serás tú con todas tus tropas, y muchos pueblos contigo» (Ezequiel 38:8-9). Pareciera entonces más probable que las profecías bíblicas descritas en Ezequiel 38 y 39 tendrían un doble cumplimiento, antes de la época del Milenio, y un cumplimiento total al término del Milenio.

Ezequiel profetizó respecto a las naciones invasoras (Ezequiel 38:2, 5-6) por sus nombres antiguos (Magog, Persia, Cus, Fut y Gomer). Estos nombres se refieren a las naciones del norte y este de Jerusalén. ¿Cuáles serían estas naciones? El historiador Flavio Josefo identificaba a Magog con el país de los escitas, al norte y noreste de los mares Negro y Caspio, respectivamente; zona geográfica ocupada actualmente por Rusia (Henry 1999). Los países que acompañarían esta invasión serían: Persia, que corresponde al Irán actual, Cus es actualmente Etiopía, Fut corresponde a Libia, y Gomer a la parte oriental de Turquía y Ucrania.

El área geográfica que ocupa China no es mencionada en la profecía de Ezequiel, aunque sí podría estar considerada en el segundo cumplimiento de ésta, en la invasión descrita en Apocalipsis 20:8, en donde se señala que el ataque vendría desde los cuatro ángulos de la tierra.

Por tanto, la invasión predicha en Ezequiel 38 y 39 sería una confederación de países, los que en la actualidad presentan una filosofía musulmana en su mayoría fundamentalista,

siendo liderados por Rusia. Como hemos visto, actualmente Irán lidera un fuerte movimiento musulmán dentro de cuyos objetivos está el eliminar a su enemigo no islámico más importante que es Israel. Sin embargo Rusia no es musulmana (¿o sí?).

Se refuerza el euroasianismo

El pueblo ruso, que paradójicamente hasta hace algunos años no comulgaba en su mayoría con la religión, se está llenando de una creciente comunidad islámica. Walter Laqueur, Director del Instituto de Estudios Estratégicos de Washington en su artículo «El problema islamista de Rusia» (La Vanguardia 26/10/2005) afirma que mientras Rusia ve cómo su población va en franca declinación, la población musulmana dentro de Rusia crece rápidamente, calculándose una densidad actual de entre 16 y 20 millones de musulmanes. Tatarstán, Bashkortostán y otros grandes núcleos musulmanes, que poseen importantes reservas (incluido el petróleo), si bien no quieren independizarse de Rusia, aspiran a un grado mucho mayor de autogobierno. Laqueur agrega que últimamente se ha propuesto que la vicepresidencia rusa debería ser desempeñada por un musulmán. Pero esta alianza musulmana con Rusia, en donde una parte importante ya se declara también islamista, incluye además una alianza con China. Laqueur señala en su artículo que: «El mando militar ruso y el FSB (antiguo KGB) viven en un mundo de fantasía llamado euroasianismo, el cual es un concepto geopolítico acuñado en los años veinte del siglo pasado, que incluye la

alianza de Rusia con China y determinadas partes del mundo musulmán frente a la amenaza de Occidente». Por cierto que se podría agregar también frente a la amenaza de Israel, que es el único país del Medio Oriente que cuenta con un nivel de armas nucleares similar a la de las grandes potencias. Israel es la única potencia nuclear en la inmensa área que va desde Francia a Pakistán (Se calcula que cuenta con unas 2000 cabezas nucleares), razón más que suficiente para cultivar enemigos en sus alrededores.

Rusia ha apoyado casi siempre a los enemigos de Israel en el pasado. Ella fue quien proveyó de armas y aviones a Irak, Siria, Egipto e Irán en sus respectivas guerras contra Israel. Además, las bases religiosas de los hebreos indignaron en el pasado a una Rusia principalmente atea. El historiador inglés Paul Johnson (1991) relata en su libro «Historia de los judíos» que el maltrato a los israelitas fue sistemático en la Rusia zarista desde sus inicios, tratándolos con «hostilidades implacables». Señala que la discriminación era meramente religiosa y agrega que Rusia era el único país europeo de la época que tenía el antisemitismo como política oficial de gobierno. Durante todo este periodo se asesinó a judíos sistemáticamente, llegando a su máximo en la revolución bolchevique. Por todo ello es que Dios señala estar en contra de esta nación del norte en Ezequiel 38:1-3, porque sistemáticamente se ha ganado a través de la historia la enemistad de Dios al violentar a su pueblo escogido.

En la actualidad, Rusia aspira a retomar su posición dominante en el

mundo. El presidente Putin ya ha advertido que Rusia se convertirá en la primera potencia nuclear del mundo. «Se trata de armas sin comparación respecto a las otras naciones con capacidad nuclear», ha comentado el presidente ruso. Se trataría de misiles móviles Topol-M, con un alcance de 10 mil km, que no tienen equivalente en el mundo, los cuales podrían ser entregados al ejército en el presente 2006. Según expertos citados por la agencia Itar Tass, su velocidad y maniobrabilidad les permiten atravesar un escudo antimisiles (el proyecto «estrella» de defensa norteamericano).

La defensa no atómica de Israel

Israel se ha tomado en serio la amenaza iraní, y ha desarrollado un programa secreto de ataque a objetivos claves en Irán, en caso de que la diplomacia fracase en sus intentos por detener el programa nuclear iraní. Pero de acuerdo a la profecía, esta confederación de países que atacará a Israel, liderados por la nación del norte, y secundados por Persia (Irán) y otras naciones de los alrededores del mar Negro, mar Caspio y norte de África, superará con mucho las posibilidades de defensa de los hebreos, aunque ellos parecen estar confiados y seguros con las ojivas nucleares con que cuentan. Sin embargo, el libro de Ezequiel señala que Dios defenderá a su pueblo como en la antigüedad, usando para ello las fuerzas de la naturaleza en contra de los invasores, y haciendo que los invasores peleen entre ellos, sin que los hebreos tengan que disparar ni un tiro: «*En todos mis montes llamaré contra él a la espada,*

dice Jehová, el Señor; la espada de cada cual estará contra su hermano. Yo litigaré contra él con peste y con sangre, y haré llover sobre él, sobre sus tropas, y sobre los muchos pueblos que están con él, una lluvia impetuosa y piedras de granizo, fuego y azufre» (Ezequiel 38: 21-22).

En esta batalla futura, Israel obtendrá la victoria sobre los ejércitos invasores, la cual estará en las manos del Señor, quien luchará en beneficio de Israel. Pero el fin último de esta victoria no será el beneficio de Israel, sino que será para que el mundo conozca al Dios de Israel: *«Entonces seré engrandecido y santificado, y seré conocido ante los ojos de muchas naciones. Y sabrán que yo soy Jehová» (Ezequiel 38:23).*

El temible escenario que se está presentando en el Medio Oriente, el cual tiene a muchos países en alerta, pareciera estar destinado a afectar al

mundo en un futuro cercano, probablemente más cercano de lo que podamos imaginar, considerando la serie de eventos que se están concatenando. Estos eventos parecieran converger hacia lo que la Biblia ya había predicho en Ezequiel 38 y 39 hace más de dos milenios.

Bibliografía

- Diario La Vanguardia, Barcelona, España (varias ediciones).
 EFE (Agencia).
 Johnson P. 1991. La historia de los judíos. Prod. Verlap S. A. Buenos Aires.
 Henry M. 1999. Comentario bíblico. Editorial Clie, Barcelona.
 Laquear W. 2005. "El problema islamista de Rusia". Diario La Vanguardia de Barcelona, 26 de octubre.
 Reina Valera. 1960. Santa Biblia, revisión 1995.
 The Washington Post (varias ediciones).
 Washington / Viena (Agencias).

* * *

Desafío a las madres

«No nos engañemos; sin cristianismo, sin educación cristiana, sin los principios de Cristo inculcados en las vidas de los jóvenes, estaremos simplemente criando paganos. Físicamente, ellos pueden ser perfectos e, incluso, intelectualmente brillantes. Pero *espiritualmente*, ellos serán paganos.

¡No nos engañemos! El gran desafío del siglo XXI a la maternidad es que las madres tengan una vida con Dios, una realidad que ellas puedan pasar a sus hijos.

En À Maturidade

Aflicción santificada

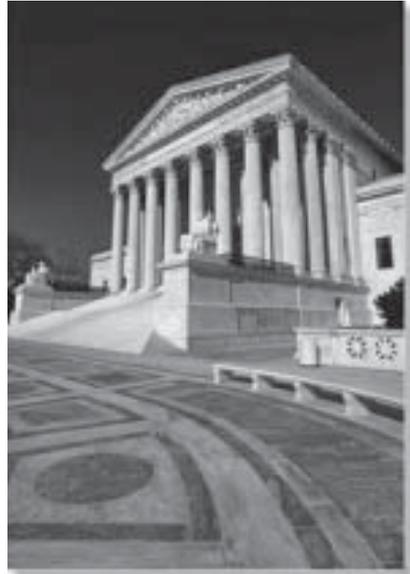
Sólo cuando la aflicción nos conduce a la disciplina de la Palabra es que se vuelve una bendición; con frecuencia, la falta de limpieza del corazón por medio de la Palabra es la razón por la que la aflicción no es santificada. Ni aun la espina en la carne de Pablo pudo ser bendición hasta que la Palabra de Cristo –«Mi poder se perfecciona en la debilidad»– le hizo ver el peligro de la autoexaltación y le hizo gozarse en sus debilidades.

Andrew Murray, en La vid verdadera

Renovando nuestra pasión por Cristo (III).

Dando a Dios el control

David Wilkerson



Esta mañana quiero hablarles sobre darle a Dios todo el control; en otras palabras, entregarle al Espíritu Santo el control absoluto de nuestras vidas. A esto podemos llamarle «andar en el espíritu». Muchas veces hablamos acerca de andar en el espíritu sin comprender lo que esto significa; pero ello realmente quiere decir entregar al Espíritu el control total de nuestras vidas.

Una sociedad secularizada

En los Estados Unidos, la Corte Suprema acaba de decretar que se prohíbe exhibir los Diez Mandamientos en cualquier Corte federal. Casi cada Corte federal en los Estados Unidos, incluyendo la Corte Suprema,

solía exhibir los Diez Mandamientos esculpidos en granito sobre la pared. Ahora se ha ordenado quitarlos de allí, y hay empresas que están retirando este tipo de notas desde las paredes. California es el primer estado que está tratando de quitar los Diez Mandamientos de todo lugar público.

En los Estados Unidos se está retirando a Dios de nuestra sociedad. Lo hemos quitado de nuestras cortes, de nuestras escuelas. Y en las escuelas de la ciudad de Nueva York, el profesor puede llevar una revista pornográfica y ponerla sobre su escritorio, puede poner el Corán, pero si pone una Biblia lo despedirán por ello. Ya le ha sucedido eso a una de las maestras que asiste a nuestra iglesia.

Lo mismo está sucediendo en Europa. Europa se está convirtiendo en una sociedad netamente secular. Están removiendo por completo el nombre de Dios de la sociedad. Y me duele mucho, porque hay gente que dice: «Eso no debería importarnos, porque la ley está en nuestro corazón». Pero el Señor le habló al pueblo y le dijo: «Estos mandamientos deben estar frente a tus ojos». Y también dijo lo siguiente: «Estos mandamientos debes tenerlos cerca de tus manos, y deben estar muy visibles delante de tus ojos, y debes colocarlos en las puertas de tu casa».

Dios mismo, con su propio dedo, escribió los mandamientos en una piedra. Escucho predicadores que dicen: «Ya no estamos bajo la ley, sino en la gracia». Y eso es cierto. Ya no estamos bajo las 613 leyes inventadas por los rabinos judíos; pero aún estamos bajo la ley moral de Dios, los Diez Mandamientos.

¿Hay alguno de los Diez Mandamientos bajo el cual tú no estés? Dios nos dice que no debemos matar, que no debemos adular. Y si los ángeles —que acampan alrededor del pueblo de Dios— se avergüenzan, ¿puedes imaginar la consternación, el asombro en medio de las fuerzas angelicales, cuando ven a los hombres sacando los mandamientos de Dios y burlando Su nombre? Dios no permitirá que esto pase. Jamás en la historia Dios ha dejado que el hombre deseche Sus leyes. Esto es lo que llamamos un pueblo sin ley; nos estamos convirtiendo en sociedades sin ley. Mire lo que está pasando en Francia o en Europa desde que han intentado dejar afuera

la ley de Dios. Una gran cantidad de desempleo, los islámicos están llegando al poder, confusión en los gobiernos. Son disciplinas de la mano poderosa de Dios.

Los juicios de Dios

No nos gusta oír acerca de esto. El 11 de septiembre, cuando cayeron las Torres Gemelas en Nueva York, fue un día martes, y el domingo siguiente yo estaba predicando en el púlpito y le decía a la congregación: «Las Torres han caído, pero nosotros no hemos entendido el mensaje». Dios no lo causó, pero tampoco lo detuvo: él lo permitió. Dios lo podía haber detenido, pero él estaba hablando. Y aún a través de los comentarios de la televisión nacional estaban citando el capítulo 18 de Apocalipsis: «En una hora su poder ha caído»; el símbolo de la prosperidad, las Torres Gemelas; el símbolo de nuestro poder, el Pentágono. Y Dios estaba diciendo: «Si ustedes no van a obedecer mi ley, si me van a sacar de la sociedad, lo primero que haré será golpearles con mi mano, y luego el juicio irá en aumento». A nadie le gusta oír esto.

Tenemos ahora una ciudad que ha sido prácticamente devastada: Nueva Orleans. No saben qué hacer con esa ciudad en este momento. Es algo increíble. Una anciana de raza negra dijo en la televisión: «Yo no lo vi, me llamaron y me contaron lo que había pasado». Era una mujer anciana, justa, y dijo a la gente: «Escuchen, déjenme decirles de qué se trata esto. Esta ha sido una de las ciudades más corruptas de los Estados Unidos». El día después del huracán, los homo-

sexuales estaban danzando en las calles, haciendo una gran fiesta, burlándose de Dios. El centro de la iniquidad y del pecado en los Estados Unidos, esa ciudad ha sido advertida muchas veces. Hombres de Dios han dado anuncios proféticos, y se rieron de ellos. Una ciudad sin ley. Y esta abuela decía lo que los predicadores tienen temor de decir: «Dios nos está hablando; no se pueden burlar de él, no pueden sacarlo de la sociedad». Eso es lo que está sucediendo.

Ahora, oramos. Nuestra iglesia tiene grupos trabajando en ese proyecto. Estamos enviando miles de dólares para ayudar en el proceso de reconstrucción de hogares cristianos, y estamos orando y llorando. Pero, déjenme decirles, estamos hablando de un mundo sin ley.

Y cuando vamos al libro de Génesis, encontramos el mismo espíritu. Vemos que Dios destruye una sociedad completa por ignorar su ley: Sodoma y Gomorra. El testimonio de Lot. La Biblia nos dice en 2ª de Pedro que él se afligía por causa de la falta de temor a la ley de Dios. Era un pueblo que no tenía a Dios, un pueblo idólatra. Dios tenía planificado mostrarle a este mundo quién era él realmente.

Dios busca un pueblo

¿Cómo iba Dios a mostrarle al mundo e iba a revelarse acerca de su naturaleza? Dios elige a un grupo pequeño y desconocido: los israelitas. Dios tiene un plan. ¿Cómo es que Dios le va a mostrar a una ciudad sin ley, una ciudad idólatra, que él existe, que él habla, que es un Dios de amor, que es un Dios que está sobre todos los

otros dioses? Él no puede enviar ángeles, así que elige a un pueblo, los lleva al desierto y los pone en una situación imposible: los lleva al Mar Rojo, donde había montes alrededor, y el mar frente a ellos. Los egipcios venían por detrás, y aquí hay un pueblo que está sin ningún tipo de ayuda. No hay nada que ellos puedan hacer para salir de esa situación. Pero todo eso es parte del plan de Dios.

Este es el comienzo de un testimonio. Dios estaba buscando un pueblo de quien él tuviera control total, un pueblo al cual poder hablarle. Y Dios decidió: «Voy a tener un pueblo, voy a reunir este pueblo que me dé a mí el control de todo, los voy a poner en situaciones imposibles, y los defenderé. Ellos escucharán mi voz, desde el cielo haré que me oigan, y les instruiré para que escuchen mis palabras. Y el testimonio era este: de toda la humanidad, ¿quién ha escuchado la voz del Dios viviente? De hecho, es evidente, cuando el pueblo miraba la nube de día y la columna de fuego de noche y cuando estos pueblos paganos miraban a Israel cubierto por la nube y por la columna de fuego, el testimonio comenzó a difundirse en los pueblos paganos: «Ciertamente este pueblo de Israel tiene un Dios que oye, un Dios que habla». Empezaron a comparar a este Dios con los dioses de piedra.

Al examinar la historia del pueblo en el desierto, vemos que es un pueblo totalmente dependiente. No hay comida; entonces Dios comienza a alimentarlos desde el cielo. No hay agua, y Dios hace brotar el agua de la roca. Hay una oscuridad en el desierto y

puede ser sentida y vista, y Dios envía una columna de fuego para que les alumbre. Y comienza Dios a hablarles a través de sus siervos. Comienza a guiar al pueblo, a alimentar a su pueblo. Y todo lo que él les pide es que confíen en él, confíen en su voz, confíen en su liberación, confíen en que él los va a guiar.

Y ese es el testimonio, esa es la revelación de Dios a este mundo. Había testimonio para los paganos. Ellos estaban viendo un testimonio vivo. Vieron abrirse el Mar Rojo, vieron caer los muros de Jericó, vieron los milagros, y comenzaron a darse cuenta que en Israel había un Dios verdadero.

Diez veces el pueblo tentó a la voz de Dios, diez veces negaron su voz y provocaron al Dios viviente; comenzaron a defender a sus propios dioses. Y aun así, Dios decía: «Pero aún sigo buscando un pueblo». Y la Biblia dice que ellos no pudieron entrar en su reposo a causa de su incredulidad.

Cuando vamos a la Escritura, y empezamos a oír a Isaías, a Jeremías, y al resto de los profetas, oímos el llamado de lamento de Dios. Y comienza Dios a hablar diciendo: «Estoy buscando a un hombre, estoy buscando un pueblo». Y Hebreos nos habla claramente: «Si ellos hubiesen entrado en mi reposo, ellos hubiesen sido ese pueblo; pero aún sigue, hay un reposo, todavía hay un vacío. Todavía estoy necesitando encontrar un pueblo. Necesito tener un pueblo que confíe en mí, que me dé el control, y que le muestre al mundo que yo soy un Dios que vivo y escucho, y anhelo estar con mi pueblo».

Y cuando él no pudo encontrar este

pueblo, cuando el mundo seguía en la oscuridad, en la idolatría y en el pecado, él envió a su Hijo único, y dijo: «Voy a encontrar de todas formas un pueblo. Enviaré a mi Hijo, y él será quien confíe en mí. Él no hará nada sin consultarme». Él no habla ni se mueve, ni hace nada sin escuchar la voz del Padre. Él no solamente fue el segundo Adán¹. Él era el modelo, el primer hombre, que vendría y encontraría a ese pueblo que confiaría.

Quiero que escuches esto, por favor. Tú puedes conocer la Escritura y puedes citarla a todo el mundo; puedes dar tu testimonio, puedes predicar con fuego, con unción. Ese es el mejor testimonio a un mundo perverso, el testimonio a una nación que está enloqueciendo con la depresión, el mejor testimonio a un mundo que busca por todas partes oír una voz clara.

Nadie ya confía en las instituciones; las iglesias ya no están siendo confiables para la gente; no se confía ni en el gobierno. ¿Dónde hay un pueblo que puede dar una respuesta, que pueda probar que hay un Dios que escucha, que controla sus vidas, y sabe lo que Jesús enseñó? «No puedo hacer nada sin mi Padre; no puedo hablar sin que mi Padre me lo diga; no puedo hacer nada». Este era un hombre totalmente dependiente. Este es el tipo de pueblo que Dios está buscando, y él quiere reunir una iglesia, quiere reunir un pueblo que esté sujeto al control de Dios, al control del Espíritu Santo.

Cuando Jesús estuvo en la tierra,

¹ Se refiere al postrer Adán, o segundo Hombre, según 1ª Corintios 15:45, 47 (Nota del Editor).

reunió personas alrededor suyo. Y en su oración antes de partir dijo: «Yo los he guardado; ustedes han dependido de mí, han confiado en mi palabra, y han marcado un ejemplo. Ahora voy a mi Padre, y voy a enviarles el Espíritu Santo. Y voy a tener un pueblo donde habitar». Este es el Espíritu de Jesucristo. El Espíritu Santo es el Espíritu de Jesucristo. Creo en la Trinidad, pero quiero decirles lo que la Biblia dice: el Espíritu Santo es la revelación del Espíritu de Cristo mismo.

Un pueblo guiado por el Espíritu Santo

Hay una terminología de moda en los Estados Unidos. Se ha escrito un libro acerca de la generación de lo instantáneo, de lo inmediato. Se refiere al abrir y cerrar de un ojo. Es un best seller. Alguien me dio un ejemplar de ese libro. Ahora esto se está difundiendo entre la gente, se está volviendo una filosofía popular en los Estados Uni-

He comenzado ministerios que han muerto en mi mano, porque era una buena idea, pero no era el mandato del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nunca me había dicho que lo hiciera. Lo hice porque creí que era bueno y pensé que era lo mejor.

dos. Le están llamando ‘la generación de lo instantáneo’, y su esencia es la siguiente: «La mejor decisión es lo que tú puedes hacer en el momento, en un abrir y cerrar de ojos. Confía en tus instintos. Si vas a invertir en la bolsa de valores, haz lo primero que te venga a la mente. Actúa inmediatamente».

Y ahora, en los Estados Unidos, si tú quieres una casa, abre y cierra tus ojos. Hazlo ya, ahora. Y me estoy preguntando cuántos ‘cristianos instantáneos’ tenemos, cuántos ‘pastores instantáneos’ tenemos.

Mira, cuando yo era un niño, criado en una iglesia pentecostal, un hogar pentecostal, se nos hacía una pregunta cada vez que había que tomar una decisión: «¿Has orado al respecto? ¿Has hablado con Dios acerca de esto? ¿Qué es lo que Dios te ha dicho?». No había cosas instantáneas; no había decisiones inmediatas.

Hoy, yo escucho a gente que dice: «Dios me ha dado una buena mente; tengo la mente de Cristo, y tengo que empezar a actuar de acuerdo a mi mente. Me ha dado inteligencia; puedo tomar mis propias decisiones». Pero eso no es lo que mi Biblia dice, y es por eso que tenemos tantos problemas, por eso es que hay depresión. Estamos tomando decisiones instantáneas, estamos ignorando al Espíritu Santo; no le estamos permitiendo que nos guíe.

Y cada vez que tengo una buena idea, cada vez que he hecho lo que creía que era correcto, cuando no he orado o no he ayunado, he podido construir edificios, he comenzado ministerios que han muerto en mi mano,

porque era una buena idea, pero no era un mandato del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nunca me había dicho que lo hiciera. Lo hice porque creí que era bueno y pensé que era lo mejor. Eso no es lo que el mundo necesita; el mundo necesita cristianos y pastores que inclinen sus rostros bajo la presencia de Dios y puedan creer que el Espíritu Santo mora en su templo. Y si el Espíritu Santo mora en mí, él no es mudo, él tiene una voz, y él me hablará. Él me guiará.

¿Cuántas decisiones has tomado últimamente sin haber orado al respecto? ¿Realmente has orado como debes, has esperado en Dios? ¿Cuántas decisiones estamos tomando ahora, y no puedes decir: «Dios me mostró y me reveló esto»? Yo creo que tú nunca le podrás decir una palabra a tu hijo o hija no creyente hasta que no hayas inclinado tu rostro en la presencia de Dios, y Dios te dé la palabra y te permita ver el corazón de ellos.

Muchos de nuestros jóvenes no sirven al Señor hoy, porque se les ha predicado demasiado, y ese mensaje no ha venido del corazón mismo de Dios, sino que está viniendo del temor; está viniendo de un corazón amoroso, pero de un ser humano; no es una revelación, no está tocando su conciencia.

¿Cuántos sermones predicamos sin que antes hayan nacido en nuestro espíritu! Cada vez que tengo un domingo de vacaciones, y visito algunas iglesias, puedo ver y discernir –al oír a un hombre hablar– si él ha estado o no de rodillas. Puedes saber si eso que dice viene del corazón de Dios o no.

Les he contado que mantengo co-

rrespondencia con miles de personas. Mi esposa y yo leemos muchas cartas que llegan a nuestra oficina. Y el problema principal, la queja número uno de cualquier denominación, es: «Mi iglesia está muerta; no hay palabra que pueda tocar nuestro espíritu, no hay convicción». Y la mayoría de ellos me dicen: «Lamento tener que ir el domingo en la mañana; ya no quiero ir a la iglesia, ¡pero no hay otro lugar dónde ir!».

Le he dicho al Señor: «Ya no quiero predicar sermones. ¡Quiero escuchar tu corazón!».

Entregándole a Dios el control

¿Cómo le vamos a dar a Dios todo el control? Primero, tengo que estar convencido de que el Espíritu Santo está deseando darme la mente de Cristo. La Biblia dice que, cuando el Espíritu de verdad venga, nos guiará a toda la verdad. Y si él está aquí en mi corazón, él hablará. Lo que necesito es tener un tiempo con Dios.

Ya no sabemos cómo esperar en Dios. Meditamos y hablamos esporádicamente. Pero todavía hay un versículo en mi Biblia que dice: «Entra a tu cuarto de oración y cierra tu puerta, y ora al Padre que está en lo secreto, y el Padre que te ve en lo secreto te recompensará en público». ¿Dónde está esa recompensa? Es el Espíritu, que te guiará a toda verdad.

Cuando yo entro a mi cuarto de oración, mi esposa sabe que nadie, quienquiera que sea, aun si fuera el presidente de la nación, nadie, puede interrumpir ese tiempo. Y Dios ve que él es primero, que le estás dando tu tiempo. Y cuando dispones tu corazón

a buscarle, el diablo querrá interrumpir; vas a ser bombardeado por el enemigo, él tratará de ponerte crisis sobre crisis. Pero cuando Dios ve que has dispuesto tu corazón, y permaneces, y esperas y ministras en su presencia, y esperas su palabra, él te hablará.

Yo le doy gracias a Dios por los libros. Me gusta leer acerca de los puritanos. Spurgeon dijo que sacó sus chispas de los fuegos de otros hombres. Pero ahora estamos en un tiempo donde los sermones ya no son suficientes. La gente necesita entrar a la casa de Dios y escuchar algo que les toque y les transforme la vida. No he llegado aún, tengo que seguir dándole mi corazón.

Leonard Ravenhill era un gran profeta de Dios. En uno de sus libros, hablaba de que Sodoma no tenía Biblia. Este hombre era un Jeremías de este tiempo; él trabajó conmigo durante un tiempo. Era un hombre que solía llorar, y me decía: «David, hay un problema con la iglesia en estos tiempos: los predicadores no están orando».

Tenemos que estar convencidos de que el Espíritu Santo mora en nosotros. Si yo confío en él y pongo delante de él aun el más mínimo pensamiento de mi mente, el Señor nos pondrá en situaciones que irán más allá de nuestro control. Quizás haya personas sentadas en este lugar que están enfrentando situaciones para las cuales no hay respuesta humana. No hay nada que puedas hacer, a menos que suceda un milagro. Y Dios lo está permitiendo, te llevará a este punto donde vas a tener que dejar tus cosas, levantar tus manos y decir: «Dios, si tú no lo haces, no hay esperanza. Yo creo

que tú me puedes hablar. Si voy a hacer algo, muéstramelo. Convénceme, o me voy a mantener quieto». Y Dios te va a decir: «Es lo que estaba esperando; mantente firme, espera y ve mi salvación. No trates de solucionar tus propios problemas».

No estoy hablando sólo teoría; en los últimos treinta días tuve que probar esto en mi propia vida. Unos días antes de venir aquí, enfrenté dos situaciones. Estábamos en un callejón sin salida. Yo no podía decir nada más; no había nada que yo pudiera hacer acerca de ese problema. Entonces, entré en mi cuarto de oración, y dije: «Dios, renuncio; no voy a pensar en la solución, la dejo en tus manos. Es todo tuyo. Haz lo que quieras, no hay esperanza». Y dentro de una hora, Dios lo había resuelto todo.

Mi esposa ha tenido veintisiete operaciones; seis de ellas, de cáncer. Mi segunda hija tuvo cáncer. Ella vivía con su esposo que es pastor en Texas. Le habían dado un 30% de probabilidades de vida, y habían traído una máquina a su cuarto, y le habían puesto un atuendo especial para poder ser conectada a esta máquina. Durante tres días, nadie entró a ese cuarto; sólo los médicos. Constantemente le estaban dando baños de cobalto. Mi esposa entró al pasillo y comenzó a golpear con su puño en la pared, diciendo: «Dios, he pasado el cáncer que yo tenía a mis hijas» – porque el médico nos había dicho que era un mal hereditario.

Yo estaba en mi auto, y salí manejando hasta la costa de México. Lo estacioné y comencé a caminar. Lloré durante dos horas, y comencé a gritar

delante de Dios: «Dios, estoy dando mi vida; ¿de qué se trata este problema? ¿Qué quieres de mí?». Lloré, clamé y grité. No había nada más que decir o hacer. Nada. Luego vino el Espíritu de Dios, y me dijo esto: «¿Cuántos padres ha tenido tu hija?». «Bueno, dos, tú y yo». «¿Y cuál de nosotros tiene poder?». «Tú». «¿Cuál de nosotros le ama más?». «Tú». «¿Cuál de nosotros no heriría ni dañaría a nadie, o haría que nadie se dueña? ¿Cuál de los dos conoce el futuro?». «Tú».

Y me dijo: «¿Estás dispuesto a poner a tu esposa en mi mano? Como un padre amoroso, ¿podrías poner a tu hija y a todos tus hijos varones y tus nietos en mi mano?». Y me dijo: «Voy a pedirte más: ¿Puedes poner tu ministerio y tu futuro en mi mano y confiar por el resto de tu vida que no te voy a hacer daño? No te haré ningún daño, no innecesariamente. En cada cosa que hago, hay un plan de por medio. Algo pasa porque hay un plan de por medio. Y te voy a dar paz y tu reposo el resto de tu vida».

Le dije: «Señor, tómalos. Te lo doy todo, todo está en tu control. Es todo tuyo. No voy a contender contigo, no haré más preguntas. Yo sé que tú me amas. Yo soy tu siervo. Señor, lo pongo en tus manos». Hace dos años atrás,

mi nieta de doce años falleció de cáncer. El Señor me dijo: «Tú la has puesto en mis manos, y me la voy a llevar. Y te voy a dar una razón por la cual me la voy a llevar. Porque has confiado, yo te voy a decir: El maligno está tratando de destruirla, y ella es preciosa, tiene una naturaleza preciosa. Ella no quiere ver la violencia y la maldad que hay en este mundo, y la estoy salvando de algo en lo cual nunca tú podrías ayudarle».

Dios trajo paz a nuestro corazón, a pesar de que se la llevó. Aún lloro, pero hay una confianza de que mi Dios tiene el control. Quiero decirles que mis dos hijas y mi esposa ya han sido sanadas, están libres de cáncer y Dios ha sido bueno, ha sido fiel con nosotros.

¿Puedes poner todas tus cosas en las manos de Dios? ¿Cada preocupación que tienes, todo lo que está en tu corazón?

Tú necesitas que el Espíritu Santo te diga: «Ya no tienes problemas, ¡es mi problema! Ya no es tu problema, es mi problema». Dile: «Señor, llévate mis problemas; llévate todas las cosas en mi vida. Quiero andar en el espíritu. Te doy todo el control de todo; voy a confiar en ti, Señor». ¡Aleluya! ¡Bendito sea el nombre del Señor!

* * *

Los dos lados de una piedra

He leído de una piedra imán que se halla en Etiopía que tiene dos lados, uno de ellos atrae el hierro a sí, en tanto que el otro lo aleja; del mismo modo, Dios tiene dos manos, la de misericordia y la de justicia; con la una atrae a los piadosos al cielo, con la otra va a lanzar al pecador al infierno.

EL VERDADERO SIGNIFICADO DE LA CRUZ

En los tiempos modernos, sin previo aviso y casi imperceptiblemente, ha surgido en los círculos evangélicos populares una nueva cruz. Su forma es como la antigua, pero a la vez, diferente. ¡Los aspectos parecidos son superficiales, las diferencias son fundamentales! De esta nueva cruz ha surgido una nueva filosofía de la vida cristiana basada en un enfoque evangelístico nuevo y totalmente diferente. El evangelista trata de mostrar que el cristianismo no hace demandas desagradables; más bien, ofrece las mismas cosas que el mundo, sólo que a un nivel más alto. Este nuevo punto de vista determina que esta cruz moderna no mata al pecador, lo encamina.

El trasfondo filosófico de esta teoría puede ser sincero, pero es tan falso como ciego. Pasa por alto completamente todo el significado de la cruz.

La antigua cruz es símbolo de muerte. Se yergue para el fin abrupto y violento de un ser humano. En tiempos del Imperio Romano, el hombre que tomaba su cruz y comenzaba a caminar con ella, nunca volvía. No salía a encaminar su vida; ¡salía para terminar con ella! La cruz no intentaba tener una buena relación con su víctima. Golpeaba con crueldad y dureza, y cuando había concluido su trabajo, el hombre había dejado de existir.

La raza de Adán está bajo sentencia de muerte. Dios no puede aprobar ninguno de los frutos del pecado. Al venir a Cristo no trasladamos nuestra vieja vida a un plano más alto; la dejamos en la cruz. ¡De esta manera, Dios salva al individuo liquidándolo y luego resucitándolo a una vida nueva!»

A. W. Tozer

Tres aspectos de la restauración del hombre en Cristo.

El hombre según Dios



Rodrigo Abarca B.

La vida cristiana sólo puede ser vivida en el Espíritu. Ella no es el resultado del esfuerzo ni de la actividad estéril de la carne. Esta es una lección fundamental que cada hijo de Dios necesita aprender. En los capítulos 5 al 8 de Romanos encontramos algunas claves para aprender a andar en el Espíritu.

El hombre original

El apóstol Pablo nos enseña a partir de Romanos capítulo 5, que el problema fundamental de cada hombre se halla en la fuente o raíz desde donde se nutre su vida. Previamente nos ha mostrado cómo nuestros pecados nos separaban de Dios, su propósito y su

gloria. Y cómo, a continuación, Cristo ha provisto una perfecta obra de reparación, que nos permite reconciliarnos con Dios y ser declarados justos ante sus ojos por medio de la fe en su sangre. Sin embargo, aunque justificados por la fe tenemos paz con Dios, el principal obstáculo para una vida santa continúa actuando aún en nosotros, y necesita ser tratado y removido.

Esto explica el porqué tantos creyentes que han conocido la salvación y el perdón de sus pecados, no consiguen, no obstante, vivir vidas santas y libres del poder del pecado. Una y otra vez, aunque se esfuerzan por vencer los pecados que aparecen recurrente-

mente en su vida, fracasan y acaban en la confusión y el desaliento. ¿Cómo se explica este fracaso? Para encontrar la respuesta necesitamos comprender, con la ayuda indispensable del Espíritu de Verdad, cómo Dios diseñó originalmente la naturaleza humana, y cómo esta puede y debe ser restaurada al original divino, antes de poder vivir de acuerdo con el carácter y la santidad de Dios. Precisamente acerca de esto nos habla Romanos 5 al 8.

Dios creó al hombre con el propósito de que éste llevase su imagen en el mundo creado; es decir, para que fuese la expresión de su carácter y de su gloria. Sin embargo, ¿cómo puede el hombre, una criatura tomada del polvo de la tierra, llevar y expresar la imagen de su Creador? Pues ni aún los ángeles, tanto mayores en fuerza y potencia, fueron creados para un designio tan alto. La respuesta se encuentra en la misma creación del hombre. Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra *imagen*, conforme a nuestra *semejanza*». Las dos palabras resaltadas en la frase anterior, aunque puedan parecer una figura redundante de la poesía hebrea, conllevan, en realidad, un importante significado.

La imagen hace referencia al ya mencionado propósito divino de que el hombre exprese su carácter y su gloria en el universo creado. La semejanza, por otro lado, es la clave fundamental para el logro de dicho propósito. Pues Dios posee una naturaleza y una vida por completo distinta a la de cualquier criatura, aun la de los poderosos arcángeles y los llameantes serafines (en realidad, la naturaleza divina se eleva a una distancia infinita

por encima de la naturaleza creada). Dios, nos dice la Escritura, es Espíritu (Jn. 4:24). Esta es su naturaleza esencial. Por ello, para poder poseer su imagen, el hombre necesitaba, en primer lugar, una naturaleza semejante a la que Dios posee, capaz de recibir, contener y expresar su vida divina.

Por ello, cuando Dios moldeó al hombre del polvo de la tierra, la Escritura nos sugiere que lo hizo tal como un alfarero moldea una vasija de arcilla, pues el nombre Adán (del hebreo *adama*), procede de una raíz semántica que significa *barro rojo* (vgr. greda o arcilla). Una vasija tiene por propósito contener algo dentro de sí. Es decir, la mayor parte de ella es un gran vacío interior, cuyo único fin es el ser llenado. En este sentido, la Biblia nos dice que Dios sopló en el hombre aliento de vida, y que fue el hombre un ser viviente (un alma viviente). Pero, en ese instante, cuando el aliento de Dios entró en el hombre tomado de la arcilla de la tierra, plasmó en lo más íntimo de él una cámara secreta que tiene la «forma de su aliento», es decir, su semejanza.

Tal vez, un ejemplo nos ayude a entender mejor lo recién afirmado: Una vez vi a un hombre haciendo botellas de manera artesanal. Con un tubo largo de cobre extraía una pequeña gota de vidrio líquido desde un horno ardiente, pegado a uno de sus extremos. Luego, soplabla por el otro extremo y el vidrio comenzaba a inflarse maravillosamente, igual como si fuera un globo. Entonces aquel hombre, sin dejar de soplar, daba rápida y hábilmente forma a una botella, girando el tubo con velocidad.

Finalmente, en unos pocos minutos, la botella estaba terminada. Se podía decir que, literalmente, el aliento de ese hombre había dejado su forma en la botella.

Del mismo modo, el aliento de Dios plasmó su semejanza en el interior del hombre, cuando entró en él para crear su alma. Entonces, el hombre no sólo tuvo un cuerpo tomado de la tierra, un alma creada por el sople de Dios (como el exterior de la botella), sino también la forma interior del aliento de Dios (el interior de la botella), semejante en naturaleza al mismo Dios. Es decir, un espíritu. Luego, el hombre fue creado como un ser tripartito, formado por un espíritu, un alma y un cuerpo. Pero el espíritu fue concebido para ser la parte más elevada y rectora del hombre, pues tiene la capacidad de recibir la vida divina dentro de sí y participar así de su naturaleza increada. El espíritu podía ser engendrado por Dios, al recibir dentro de sí la simiente divina, contenida en el árbol de la vida. De ese modo, el hombre habría sido elevado a participar de una vida de unión y comunión con Dios en espíritu.

Pero este era el primer paso requerido. Recordemos que, en lo principal, la Escritura nos dice que el primer Adán fue hecho un alma viviente (1 Co. 15:45a). Y que lo animal (lo que pertenece al alma) es primero, y luego lo espiritual. Por ello, el postrer Adán, que es Cristo, es espíritu vivificante (1 Co. 15:45b), mostrando cuál es la meta final de Dios. Esto implica que el alma fue creada para servir al propósito divino. Ella es el asiento de lo propiamente humano, vale

decir, de nuestra identidad y personalidad. En ella están la voluntad, la mente y las emociones. Ella era, en unión con el cuerpo, la vasija destinada a expresar la vida y la naturaleza divinas alojadas en el espíritu. Por ello fue creada con una voluntad libre y distinta de la voluntad divina. Pues el propósito de Dios es que el hombre se rinda voluntariamente a la operación de la vida divina, entregando su voluntad a la voluntad del Espíritu, su mente a la mente del Espíritu, y sus emociones a los sentimientos del Espíritu. Este habría de ser un proceso gradual y progresivo de una cada vez más libre y profunda capitulación del alma a la operación de la vida del Espíritu en el espíritu humano. Entonces el hombre llegaría a ser un espíritu vivificante (tras comenzar siendo un alma viviente en su primer estado, con un espíritu aún no desarrollado).

El alma fue creada para ser una sierva sumisa y voluntaria del espíritu, quien a su vez tenía la capacidad de unirse a Dios y comunicar su vida, dirección, poder, carácter y autoridad hacia el alma y, por medio de ésta, al cuerpo. Este era el diseño original de Dios para el hombre.

El hombre caído

Pero Adán pecó y cayó. Y la primera consecuencia de su caída fue la muerte de su espíritu. Este hecho trajo consigo la pérdida de su capacidad para participar de la naturaleza divina, como también de contener su vida y expresarla. Adán se volvió incapaz de llevar la imagen de Dios; por eso, Dios ocultó el árbol de la vida y cerró el camino para Adán y toda su des-

En su plan de recobrar al hombre para su voluntad y propósito originales, Dios debió hacer una maravillosa obra de restauración en Cristo, que repara todos y cada uno de los efectos del pecado y la caída.

pendencia. En realidad, el hombre lleva dentro de sí la imposibilidad de alcanzar la vida, pues su espíritu está muerto para Dios. El alma, por sí misma, es incapaz de unirse a Dios y tener comunión con él.

Sin embargo, no sólo el espíritu murió cuando Adán pecó y cayó. A su vez, el alma fue envilecida y envenenada. El pecado entró en la naturaleza humana y tomó posesión de ella, deformándola y alterándola por completo. En lugar de servir a los deseos del espíritu, el alma se convirtió en esclava de los deseos del cuerpo, y el hombre se volvió una criatura carnal. También el cuerpo fue afectado, pues se volvió un cuerpo mortal, lleno de apetitos desordenados que el alma es incapaz de gobernar y someter. Este estado o condición es lo que la Escritura llama la carne, el cuerpo pecaminoso carnal, el viejo hombre, etc. El pecado que somete al alma humana, está anclado en su voluntad y deseo de existir y vivir con independencia de Dios. Por consiguiente, en su plan de recobrar al hombre para su voluntad y propósito originales, Dios debió hacer una maravillosa obra de restaura-

ción en Cristo, que repara todos y cada uno de los efectos del pecado y la caída.

El hombre restaurado

En primer lugar, Dios removió nuestros pecados por medio de la sangre de Cristo, quitando nuestra culpa y las causas de nuestra muerte y separación; pues la muerte es el justo castigo por nuestros pecados. Pero Cristo llevó nuestros pecados sobre la cruz, sufrió el justo castigo por ellos, y presentó su sangre ante el Padre como prueba de su sacrificio perfecto a nuestro favor. Por ello, la sangre de Cristo ha hecho expiación eterna por todos nuestros pecados, desde el primero que Adán cometió y precipitó la tragedia, hasta el último de ellos. Luego, por su sangre preciosa, el camino al Padre y su voluntad fue abierto nuevamente, pues él hizo posible nuestra eterna reconciliación con Dios.

Sin embargo, quedaba aún por resolver el problema del pecado y su efecto sobre el alma humana. ¿Cómo deshacer su obstinación, independencia y sometimiento a los deseos de la carne? La respuesta de la Escritura es: sólo por medio de la muerte, pues, «el alma que pecare, esa morirá». El pecador no puede ser perdonado como tal, es decir, en cuanto a su permanente y persistente estado pecaminoso, con su alma humana en desorden, independencia y rebeldía contra Dios. Sólo los pecados que comete pueden ser perdonados. Pues, aunque se pudiera perdonar los crímenes cometidos por un asesino, ¿se podría perdonar su naturaleza asesina como tal, mientras

ésta siga allí con sus deseos de matar? Lo mismo ocurre con el hombre pecador, cuya naturaleza caída persiste en sus deseos de pecar.

Por ello, el hombre pecador debía ser tratado de otra manera, la única posible: debía morir; pues el instrumento del pecado en el hombre –su naturaleza pecaminosa– debía ser quitado de en medio. Y esto sólo era posible por medio de la muerte. Y aquí, una vez más, Cristo vino en nuestro socorro, pues él murió la muerte que todos debíamos morir, para ser libres del pecado. En Romanos 6 se nos dice que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado (su instrumento) fuera destruido, y así no sirviéramos más al pecado como sus esclavos. Entonces, la muerte de Cristo fue una muerte ‘todoinclusiva’: la muerte de todos nosotros, los pecadores. La muerte era en principio, nuestra única salida. Pero ello suponía nuestro fin, pues nuestra alma estaba vendida irremediabilmente al pecado. ¿Significaba entonces que debía ser destruida?

Sin embargo, gracias a Dios, la muerte de Cristo fue en realidad la muerte de todos los pecadores. Él sufrió la muerte que todos debíamos sufrir y todos nosotros morimos en él. Luego, al aceptar la muerte de Cristo como nuestra muerte, el alma es liberada de la esclavitud del pecado a fin de vivir para Dios. He aquí el poder de la cruz y de la muerte de Cristo. En lo que a Dios respecta, ésta es una obra consumada. Ya fuimos crucificados, muertos y sepultados juntamente con Cristo. ¿Cuándo? El día en que Cristo

fue crucificado, muerto y sepultado por todos nosotros. Allí acabó, en lo que a Dios respecta, nuestra carrera de pecadores al servicio del pecado. Lo que resta ahora es que nosotros, por medio de la fe, nos apropiemos de su muerte, considerándola nuestra propia muerte, para, cada día de nuestras vidas, presentarnos voluntariamente a Dios con el propósito de vivir para él. Entonces, la muerte de Cristo opera en nosotros para librarnos del poder del pecado. No obstante, si hemos muerto juntamente con Cristo, ¿con qué vida nos presentaremos y viviremos ahora para Dios?

La respuesta a esta última pregunta nos introduce en un tercer aspecto de la obra de restauración hecha por Dios en Cristo a nuestro favor. En Romanos capítulo 7 se nos muestra que la vieja vida del alma es incapaz de vivir para Dios. Y es precisamente en este punto donde comienza nuestro largo camino de aprendizaje como discípulos de Cristo, para ser efectivamente conformados a imagen de Dios. Él no sólo ha puesto fin a nuestra vieja vida: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo...» (note el tiempo presente y continuo de los verbos). Vale decir que yo (mi alma, con su voluntad, mente y emociones), dejo de ser el motor fundamental de mí ser al aceptar la muerte de Cristo como mi muerte de manera continua. Sino que, además, ahora «Cristo vive en mí». Es decir, no significa que yo haya sido eliminado o destruido, sino que ahora vivo, pero no con mi propia vida, sino con la de Cristo que está en mí. Yo continúo existiendo, pero rendido y gobernado por Cristo y su vida.

He aquí la clave de la vida cristiana: Cristo viviendo su vida en mí. ¿Cómo? Por medio de su Espíritu. Pues Dios no solamente nos crucificó juntamente con Cristo, sino que también nos resucitó con él. Nuestra vieja vida pecaminosa quedó clavada con él en la cruz para siempre. Pero también, y en lugar de ella, su vida santa nos fue otorgada en virtud de su resurrección. Esa vida divina e indestructible, que en Cristo venció a la muerte para siempre, nos fue impartida cuando creímos en él. No sólo nuestros pecados fueron perdonados y nuestro viejo hombre crucificado, pues todo esto no fue sino el camino de preparación para que Dios pudiera renovar y vivificar nuestros espíritus muertos desde el principio. Al creer en Cristo, el Espíritu de Dios entró en nuestro espíritu con el poder de la resurrección de Cristo, y lo restauró para que ocupe su lugar y cumpla su función original.

Por consiguiente, el camino del discipulado no es otra cosa que el aprender a vivir por medio de Cristo a través de nuestro espíritu vivificado. Esto supone, al mismo tiempo, el que la obra de la cruz opere de una manera progresiva y cada vez más profunda en el alma, para librarla de su independencia, rebeldía e ignorancia en

cuanto a los caminos de Dios. En la medida que nos vamos fortaleciendo en espíritu, vamos aprendiendo a ganar nuestras almas, es decir, a rendirlas al espíritu, y por medio de él, al Espíritu de Dios. También el alma, al someterse al espíritu gana para sí el poder de someter al cuerpo y sus deseos. De este modo, todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, llega a estar santificado para Dios.

El espíritu posee un conjunto de sentidos nuevos y distintos a los del alma y del cuerpo. Aprender a conocerlos y usarlos es parte de nuestro aprendizaje. Estamos acostumbrados a vivir confiando en nuestra emociones, razonamientos y en los sentidos físicos de nuestro cuerpo. El deseo de Dios es que aprendamos a confiar y a depender —por medio de estos nuevos sentidos espirituales— del Espíritu Santo en todos los asuntos de nuestra vida. Para ello existen algunos ejercicios de vida práctica que debemos realizar constantemente, tales como leer Escritura, tener comunión con Dios en oración, y tener comunión con los hermanos en una vida de mutua dependencia en el Señor. De esta manera podremos crecer juntos para alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, la imagen de Dios.

* * *

¿Santidad aburrida?

¡Cuán poco saben las personas que piensan que la santidad aburre! Cuando uno descubre lo que en realidad significa, ¡es algo irresistible! Si sólo el diez por ciento de la población del mundo la poseyera, ¿no se convertiría todo el mundo y sería feliz en un año?

C. S. Lewis

El espíritu humano fue diseñado como órgano apropiado para entrar en contacto con el Espíritu divino.

La importancia del **espíritu** del hombre



Gino Iafrancesco

El espíritu del hombre, objetivo especial de Dios

El hombre está compuesto de muchas partes; tiene mente, tiene emociones, tiene voluntad, tiene conciencia; está dotado de un cuerpo, tiene aparatos, huesos, músculos, sentidos, corazón; pero de todas esas cosas del hombre, hay una que para Dios es especial. Es el espíritu. Es posible que para la Iglesia no revista importancia esa parte del hombre; puede ser más importante el cabello, las pestañas, la figura, la silueta. A veces ni siquiera distinguimos el espíritu del alma, y ¿cómo vamos a ser espirituales si ni siquiera conocemos nuestro propio espíritu, su fun-

cionamiento, sus operaciones, algo que para Dios es tan importante?

Dios hubiera dicho: Yo soy Jehová, que extendiendo los cielos, fundo la tierra, y creo los ojos del hombre. Pero Él no dijo los ojos, ni la silueta. Dios dijo, el espíritu. El espíritu es el Lugar Santísimo del templo, y el Espíritu de Dios viene al espíritu del hombre a morar. Donde se asienta el Espíritu de Dios es en el espíritu del hombre (Ezequiel 36:26-27). Donde el Espíritu de Dios comunica lo que él es, lo que quiere, lo que él aprueba, lo que él reprueba, es en el espíritu del hombre. Podríamos decir que la tierra es la capital del universo, que el hombre es la capital de la tierra y que el espíri-

tu es la capital del hombre.

Para Dios el espíritu es muy importante. Hay varios pasajes en la Biblia donde se habla de adorar a Dios, de servir a Dios, de cantar a Dios, etc. Pero cuando leemos esos pasajes nos olvidamos de algunos detalles, algunas frasecitas importantes. Leemos en Romanos 1:8-9: *«Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones»*.

La frase curiosa es la que aparece resaltada por nosotros. Pablo podría decir: «...testigo me es Dios, a quien amo con todo el corazón, a quien alabo todos los días...», pero dice: *«...a quien sirvo en mi espíritu...»*. No dice solamente «a quien sirvo», sino *«a quien sirvo en mi espíritu»*. No es lo mismo servir, que servir en espíritu. Dios quiere que nosotros ejercitemos nuestro espíritu. Para Dios, el espíritu del hombre es la parte más importante, por eso necesitamos conocer qué es y cuáles son las funciones del espíritu, conocerlo doctrinalmente por la Biblia, y también experimentalmente. Tenemos que distinguir el mover del Espíritu de Dios en nuestro espíritu, porque si nosotros no andamos en el espíritu, sino que nos dejamos llevar por nuestra naturaleza carnal, nuestro servicio a Dios va a ser un servicio natural, carnal, pero no como dice Pablo, en espíritu. En el capítulo 4 del evangelio de San Juan encontramos un ejemplo clásico donde podemos ob-

servar esta diferencia.

La samaritana, después de conocer que el varón que hablaba con ella era de Dios, empezó a discutir por asuntos religiosos, por doctrinas, como solemos hacer los seres humanos. Nos metemos en discusiones sobre doctrinas y cosas religiosas, debido a que heredamos tradiciones denominacionales, enfrentándonos en discusiones infructuosas, comparando una doctrina con otra, entrando así en un ambiente de religión, de controversia, de crítica de cosas, y en ese plano estaba la samaritana. Ella quiso envolver al Señor Jesús en su agitado ambiente, pero el Señor se guardó y no se dejó arrastrar por ese ambiente controvertible. En el versículo 20 de ese capítulo, dice la samaritana al Señor: *«Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar»*. La samaritana indica aquí que «ustedes los judíos, en vez de pensar como nuestros padres (de los samaritanos), ustedes tienen otra idea». Ahí está discutiendo, clarificando su posición distinta a la de ese profeta, pero aún no sabe quién es. La samaritana le muestra su condición de mera religiosa, como diciéndole: *«Nuestros padres, nuestros antepasados adoraron en este monte (el Gerizim) por muchos siglos, luego en este monte es que hay que adorar; en cambio ustedes los judíos ahora dicen que es en Jerusalén donde hay que adorar»*, como envolviéndose en ese ambiente en que discutían los samaritanos y los judíos. Debido a eso, los judíos no querían a los samaritanos, y esa fue la causa por la cual los judíos se enojaron cuando

el Señor Jesús habló bien del samaritano que atendió a un judío herido, en la parábola del buen samaritano (Lucas 10:30-35); y los samaritanos tampoco querían a los judíos.

Adoración en el espíritu

En el verso 21, el Señor Jesús le dice a la samaritana: «*Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre*». Ella discutía por cuestiones exteriores, por el mundo natural; es aquí o es allá; es en esta religión o es en aquella; unos dicen que es aquí, otros dicen que es allá. Pero el Señor le dice (versos 22-23): «*Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren*».

El Padre estaba esperando y buscando. Hay cosas que Dios llama; porque en la Biblia hay cosas que no se revelan, que son secretas, que no se cuentan. En Deuteronomio 29:29 dice: «*Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros...*». Pero Dios reveló que Él busca esa clase de adoradores, y llega la hora en que eso suceda; ya hacía falta que llegara esa hora. Bastante tiempo se estuvo tratando de servir a Dios por medios netamente religiosos; «que en este monte, que en otro monte, que en aquel santuario, que de esta manera, que tiene que ser así, que hay que encuadrarse así, que es redondo; que tiene bordes, que no tiene, que la medi-

da es hasta aquí»; siempre tratando de servir a Dios en lo exterior. Hay que servir a Dios, pero con fe.

¿Qué había estado esperando el Padre? El Padre había estado esperando que llegara la hora en que el Señor Jesús viniera a producir el verdadero servicio a Dios. Entre las grandes fiestas de los judíos figuraba la fiesta de los tabernáculos, o fiesta de las cabañas, la cual duraba siete días, con la asistencia de muchos judíos que venían de muchas partes, y era la última de un gran círculo de fiestas.

Estando el Señor Jesús en Jerusalén con ocasión de esta fiesta, leemos en Juan 7:37-39 que: «*En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado*».

Esto se lo manifestó Jesús cuando se les acababa la fiesta, pues era el último día, como quien dice: «Ustedes ya celebraron todas las fiestas, y este es el último día de la última fiesta, y todos ya vinieron a Jerusalén y cantaron, hicieron un montón de cosas religiosas, pero ahora Dios les invita; si los ritos religiosos no han saciado esa sed, no han llenado ese vacío, a que beban de Su Hijo». «*Si alguno viene a mí...el que cree en mí, de su interior...*». ¿Cuál es la parte interior del hombre? El espíritu. «El que se conecta conmigo, de su interior empezará a fluir la vida»; y eso dijo

No es la mente, no son las emociones, no es ni siquiera la voluntad; mucho menos los sentidos físicos. Es el espíritu humano, el cual fue diseñado como órgano apropiado para entrar en contacto con el Espíritu divino.

del Espíritu de Dios. Eso significaba que del Espíritu de Dios habría de fluir agua viva desde el hombre interior, desde el interior del hombre, o sea, desde el espíritu humano.

El espíritu humano es nada menos que el canal, primero del Espíritu de Dios. La mujer que discutía sobre asuntos religiosos no se fijaba sino en la parte externa. Israel tenía su círculo de fiestas: la de la Pascua y los panes sin levadura, luego las primicias de la siega, más tarde la de Pentecostés, la fiesta de las trompetas, el día de la expiación, y por último la fiesta de tabernáculos, la gran fiesta de la cosecha. Y todos salían cansados por tanta cosa y muchos quedaban insatisfechos, porque las cosas externas no satisfacen, no sacian la sed espiritual, por eso el Señor entra directo a tratar con el espíritu.

Es por esa razón que el Señor también le dice a la samaritana: «Mujer, créeme, que la hora viene... y la hora ha llegado». Es la hora que el Padre había esperado, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en

espíritu; significa que la adoración es del espíritu; para algunos, desconocida, ignorada. La adoración que no es en el espíritu no es verdadera, es como un entrenamiento, pero no es auténtica. Hay adoración de tipo religioso, que puede servir de entrenamiento; como el chico que piensa que cuando grande va a ser un arquitecto, y se pone a jugar con arena y a hacer castillos, a hacer carreteras. Sencillamente está jugando, está feliz, pero está jugando; esa no es una carretera verdadera; ese no es el castillo verdadero.

Así nosotros jugamos a alabar a Dios, a servir a Dios, a hacer cosas, pero el Señor distingue que no es adoración verdadera, hecha en espíritu y en verdad, porque lo contrario de verdadero es falso. Existe adoración falsa. Cuando dice que el Señor entró en el santuario verdadero, ¿significa que el otro era falso? No, era apenas un símbolo del verdadero santuario. Moisés trajo los símbolos. «Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1:17). La palabra verdad, que en el griego es *aleteia*, significa *realidad*. La realidad de las cosas. No es sólo adorar, sino adorar en espíritu; no sólo servir, sino servir en espíritu. San Pablo también habla de que: «Oraré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento» (1 Corintios 14:15). También dice la Biblia: «...fervientes en espíritu» (Romanos 12:11). Muchas veces hablamos del Espíritu divino, pero nos olvidamos que el Espíritu divino hizo en el hombre un espíritu humano. Esa es la car-

ga del presente artículo: la importancia del espíritu humano.

El Espíritu de Dios habla a nuestro espíritu

En Romanos 8:16 dice: «*El Espíritu* (con mayúscula, de Dios) *mismo da testimonio* (¿a quién?) *a nuestro espíritu* (con minúscula), *de que somos hijos de Dios*». Es el lugar en el cual morar el que Dios forma en el hombre. El Espíritu de Dios es eterno; el del hombre es creado, formado por Dios, pero el espíritu humano es el que está diseñado para contactar el Espíritu divino. No es la mente, no son las emociones, no es ni siquiera la voluntad, mucho menos los sentidos físicos. Es el espíritu humano, el cual fue diseñado como órgano apropiado para entrar en contacto con el Espíritu divino.

Debemos tener en cuenta que cada parte de nuestro ser, cada órgano, tanto del cuerpo como del espíritu, está diseñado para entrar en contacto directo con una porción de la realidad. Hay una realidad que son los colores, las frutas, los tonos, la luz, los avisos, las formas. La vista entra en contacto directo con la luz, con los colores; el oído entra en contacto directo con los sonidos; el olfato entra en contacto directo con los olores; el gusto entra en contacto directo con los sabores; el tacto entra en contacto directo con las texturas; la mente entra en contacto directo con los pensamientos; las emociones entran en contacto directo con los sentimientos; la voluntad es para ejercer decisiones. Pero, ¿cuál es el órgano diseñado por Dios, a la semejanza de Dios, que pueda tener con

Dios una relación íntima? Ese órgano es el espíritu del hombre, el espíritu humano. Por eso dice que «*el Espíritu mismo, da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*». Podría decir a nuestros oídos, o a nuestra mente; pero no, es a nuestro espíritu.

El órgano diseñado para recibir la luz de Dios es el espíritu. Con el espíritu es que tú captas la presencia de Dios; por eso es que a él se le adora en espíritu; por eso se le sirve en espíritu, y se le ora en espíritu. El espíritu tiene varias funciones, como la intuición, la comunión, la conciencia. Por medio de la comunión, por ejemplo, uno adora a Dios en espíritu.

Cuando tú estás realmente en el espíritu, percibes al Señor. Percibes si él se alegra, percibes si está triste, percibes si está enojado, si está callado, si está reprobando, si está aprobando; percibes si todavía no has recibido la certeza de ser perdonado; percibes si él está contento con lo que hiciste; percibes si está satisfecho, si él recibe la alabanza, o fue por esta causa o por aquello. ¿Cómo lo sabes? No es con la mente; es con la intuición. Esa palabra la encontramos en la Biblia y también se le llama percepción.

En la Palabra dice que Jesús percibió en su espíritu. También dice que «*el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios...*» (1 Co. 2:14a). En ocasiones los creyentes perciben cosas en su espíritu, pero no están acostumbrados a darle la debida atención, porque hemos vivido en el hombre exterior, y al hombre exterior le gusta las emociones fuertes, psicodélicas. La del Señor es una voz más suave, más adentro que esa agi-

tación de nuestra alma; y después de que suceden las cosas, decimos que algo nos llegó pero no le pusimos mucha atención. No hemos descubierto la importancia del espíritu del hombre. Es necesario conocer este importante tema, para que Dios nos ayude a despertar la importancia que para él tiene nuestro espíritu; que lleguemos a ser conscientes de Su mover en nuestro espíritu, porque los hijos de Dios son los cristianos. ¿El Espíritu de Dios a quién da testimonio? A nuestro espíritu.

Algunos están esperando que se les aparezca un ángel, o una luz, o un trueno que les diga algo al estilo psicodélico, algo emocionante, desde afuera. El profeta Elías era un hombre muy maduro, y en cierta crisis que sufrió, fue y se metió en una cueva en el desierto, y por allí vinieron un viento, un terremoto y un fuego, y Elías estaba muy tranquilo. Podría haber mucha emoción, mucho ruido, pero él permanecía tranquilo. Un viento pasó, pero en el viento no estaba Dios, luego pasó un terremoto, pero en el terremoto no estaba Dios, luego pasó un fuego, y en el fuego no estaba Dios; pero dice que después vino un silbo apacible y delicado, tal vez una suave brisa, un soplo, un aire, esa palabra que en el griego es *pneuma* (1 R. 19:9-13).

Me alegra saber que Elías era un hombre que no se dejaba envolver, porque lo que el diablo quiere es hacer envolver en agitaciones. Unas veces nos quieren arrastrar para allá, otras para acá, que sube, que baja, que el Señor se está moviendo de arriba para abajo, que de esta forma o de esta otra. Pero el Señor lo que quiere es

dirigirte, guiarte; que *«la paz de Dios gobierne en nuestros corazones»* (Colosenses 3:15a). ¿Qué significa que gobierne? Cuando vas a hacer algo y pierdes la paz, no te dejes envolver por la agitación exterior; atiende el interior, porque desde el interior es donde fluye el mensaje de Dios, desde lo más íntimo de tu ser, allí donde está el Espíritu. La Biblia dice que el tabernáculo tenía tres partes, y esas tres partes se pueden aliar y tener relaciones entre sí. El altar de bronce en el atrio, con otro montón de cosas; luego el Lugar Santo con el candelero, el altar del incienso, la mesa de los panes y otras cosas; y en el Lugar Santísimo estaba el arca, y el arca tenía dos querubines.

El arca era como una cajita con una tapa llamada propiciatorio, y en cada extremo del propiciatorio había un querubín con sus alas extendidas. Y dice el Señor en Su Palabra: *«Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel»* (Éxodo 25:22). Tengamos en cuenta en qué lugar hablaba el Señor. No era fuera del tabernáculo, ni en el atrio dentro del tabernáculo; ni siquiera en el Lugar Santo, sino en el Lugar Santísimo, en lo más interior del tabernáculo; allí se declaraba el Señor. A veces queremos buscar las cosas de afuera, o pretendemos ser guiados por las cosas externas, de aquí, de allá. No; *«allí debajo de las alas de los querubines te hablaré»*.

Cuántas veces decimos: *«¿Hermanos, aquí qué hay que hacer? ¿Será*

bueno que ayunemos largo o corto, o no ayunemos? ¿Será que sí se diezma, o las mujeres deben 'peluquearse', o se podrán poner pantalones, o no?». Te surgen todas esas preguntas y vas al pastor tal, al reverendo tal, y vas detrás de reverendo en reverendo buscando esa clase de orientación; pero el Señor dice: «...*allí me declararé a vosotros*». Si tú tratas de servir a Dios cuadrando todo: «no toques aquí, no mires, no te subas», desde afuera, no estás sirviendo a Dios en espíritu. Pero si tú invocas al Señor... Acuérdate que él dice: «*El que a mí viene..., el que en mí cree...*», y la unción te enseñará todas las cosas, desde lo más íntimo de tu ser, aunque tú en lo exterior desees hacer tu punto de vista y quieras que prevalezca tu opinión; y a veces eres tramposo, y maniobras para salir airoso; pero dentro de ti hay una vocecita que dice: «tramposo». Porque el Espíritu de Dios da testimonio a tu espíritu. Tu espíritu es el que percibe la voz de Dios; allí se declara él. Para él lo más importante es el espíritu del hombre; la parte central.

A veces andamos en la gran equivocación de estar esperando lo que dirá el hombre, lo que dirá fulano, qué dirá zutano. Claro que ellos pueden opinar, porque el Espíritu nos da testimonio de los otros hermanos, pero es el Espíritu el que te informa si Dios está satisfecho con esto o con aquello. Y uno puede estar diciendo: «Hay tantas opiniones». ¿Qué opinarán éstos? ¿Qué opinarán ellos si lo haces en el espíritu? Si haces lo correcto, ese semáforo interior te dará luz verde.

¿Sabes cuál es la luz verde? El espíritu de paz. La Biblia dice que si es-

tamos en la carne y sembramos en la carne, de la carne heredaremos corrupción; pero si lo hacemos en el Espíritu, del Espíritu tendremos vida y paz (Gálatas 6:8; Romanos 8:6, 13). ¿Cómo nos damos cuenta si estamos en espíritu o no? Si hay fuente de vida, si no hay bloqueo, si hay paz, si no estás haciendo el tonto, diciendo: «Pero es que...». Cada quien se le da por dar vueltas y vueltas, pero si el Señor está aquí: «*Mayor es el que está en vosotros...*» (1 Juan 4:4). Él está en ti, en tu interior. El Señor dice: «...*niéguese a sí mismo...y sígame*» (Mateo 16:24); ¿Cómo le vas a seguir a él? Porque interiormente él está en Espíritu, y la voz exterior del Espíritu es la Palabra. Así que es preciso que vayas a tu interior, conforme a la Palabra dada en concordancia con el sentir del espíritu, con los hermanos espirituales, el Cuerpo; que vayan por el camino correcto.

Es necesario tener en cuenta esas tres cosas: El Espíritu, la Palabra y el consenso del Cuerpo en espíritu, ya que un consenso en una democracia es en la carne. Tenemos un ejemplo: Se determina votar para adulterar o no. En cien hermanos, 95 eligen adulterar; 5 no quieren adulterar. Ganan los 95, y entonces está bien adulterar. Ese es un ejemplo de que el consenso en la carne, sin tener en cuenta el Espíritu y la Palabra, no es de Dios. Puede ser la mayoría en la Iglesia, pero no es la voz de Dios. El consenso debe ser en el espíritu, así sean dos o tres, pero en espíritu; esa es la voz de Dios. El Señor dice: «...*niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame*». Ese «*sí mismo*» es el alma, es el yo. San Pablo

dice: «¿No sabéis que Cristo mora en vosotros?». Y le dice a Timoteo: «Timoteo, el Señor Jesucristo sea con tu espíritu». El mismo que está en tu espíritu, el Espíritu de Dios, da testimonio a tu espíritu.

El espíritu del hombre es de mucha importancia para Dios. A veces vivimos psicodélicamente, agitados en el mundo exterior, sin caer en cuenta de lo importante que es aprender lo que es nuestro propio espíritu, lo más íntimo de nuestro ser, y nos pasamos el tiempo preguntándonos qué hacer, siendo agitados, arrastrados y arrastrando. No debemos dejarnos arrastrar.

Tenemos el ejemplo de los buzos, los que se ponen escafandra. Llevan una especie de tubo por el cual respirar. Metidos en ese ambiente debajo del agua, no respiran en el agua, pues el aire lo reciben desde arriba a través del tubo, aunque permanecen debajo del agua. Asimismo nosotros, por ahora estamos aquí en este mundo, como si se tratara del fondo del mar, pero hay un espíritu limpio, respirando al Señor. Hermanos, el Señor es el Dios que extiende los cielos, funda la tierra y ha creado un espíritu en nosotros, que es muy importante para él, porque es con el espíritu que él se comunica con nosotros; es desde nuestro espíritu desde donde fluye el Espíritu de Dios. «...de su interior correrán...», significa desde su interior hacia el exterior; desde nuestra conciencia e intuición a nuestro entendimiento; y es por eso que a veces oramos en espíritu y no entendemos, porque el fluir está en el espíritu pero no ha salido a nuestra mente.

Esa es la causa por la cual muchas

veces no entendemos; debido a eso hay que orar para poderlo interpretar del espíritu. Es el Espíritu el que dice algo allí adentro, en nuestro hombre interior. Dice algo, pero no sabes cómo explicarlo; lo intuyes, ahí está, como especie de una patadita del bebé en la mujer embarazada, así también nosotros a veces recibimos pataditas del Espíritu Santo. Pero todo eso ocurre adentro primeramente, y de ahí es de donde debemos percibirlo, porque es una *percepción*, o lo que también se llama *intuición*. Es una percepción íntima; no es una deducción natural, porque nuestras deducciones naturales no son confiables. «*El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente*» (1 Corintios 2:14), o sea, usando el espíritu de las personas.

Si no se percibe en el espíritu, se juzga en la carne

En muchas ocasiones nos ponemos a juzgar a las personas con nuestra mente natural, si son parecidas a nosotros, y decimos frases como: «¡Qué persona tan querida! ¡Ay, pero si es distinta! Me cae mal porque se parece a mi suegra». Pero fijémonos en lo que dice Pablo en 2 Corintios 5:16: «*De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne* (porque él vivió en la generación de los que lo conocieron por fuera, no por dentro), *ya no lo conocemos así*». Entonces, hay dos maneras de conocerlo: un conocimiento natural, a través de una opinión natural, de la

carne, de las tradiciones, de las costumbres, de los prejuicios; el otro conocimiento se basa en el negarse a sí mismo para depender directamente de la guía de Dios, de la revelación de Dios, recibiendo testimonio del Espíritu en nuestro espíritu; así se conoce no en la carne sino en el espíritu, siendo guiados por la verdad. Si no es por el espíritu, la gente no puede percibir la vida y la paz, que es como ese viento suave que Elías percibió, y salió airoso de la prueba, y se libró de esa agitación externa que le rodeaba. A él no pudo estallarle ese montón de alborotos exteriores porque él percibió lo que era del espíritu.

No debemos juzgar por las apariencias, porque son engañosas, y ser arrastrados a que tú pienses como ellos y ellos como tú. No, es por el Espíritu en el espíritu, por Jesucristo, para guiarte a sí mismo. ¿En dónde está el trono? A la diestra del Padre; allí está Jesús, y el Espíritu está en tu espíritu, y la voz de Su Espíritu brota de ti, y

todo lo que sea de Dios debe concordar con la Palabra. Por dentro el Espíritu y por fuera la Palabra, y en medio la comunión del Cuerpo y el consenso del espíritu de los otros hermanos espirituales.

Pablo dice: «*Si, pues, tenéis juicios sobre cosas de esta vida, ¿ponéis para juzgar a los que son de menor estima en la iglesia?*» (1 Corintios 6:4). No se refiere a los que van a votar con tu pecado; los que van a ser compinches de tu sentir, de tu chisme, de tus cosas. Tienen que ser realmente personas que se nieguen a sí mismas, que no representen su propio gusto, ni se amedrenten del gusto y la oposición de otro, sino que representen el sentir de Dios, así se les venga el mundo en contra; que sean fieles representantes de Dios, del sentir de Dios, y confiesen lo que está y emana del Espíritu en el espíritu y de acuerdo a la Palabra.

(Extractos de un mensaje impartido en Fontibón, Colombia).

* * *

Dos modos de orar

Dos hombres vienen mendigando a vuestra puerta. Uno de ellos es pobre, lisiado; está herido y casi muerto de hambre; el otro es una criatura sana, rebosante de salud y lozanía. Los dos usan las mismas palabras al pedir limosna. Sí, los dos dicen que están medio muertos de hambre; pero, indudablemente, el pobre y lisiado es el que habla con más sentido, experiencia y entendimiento de las miserias que menciona al pedir. Se descubre en él una expresión más viva cuando se lamenta de lo que le ocurre. Su dolor y su pobreza le hacen hablar en un espíritu de mayor lamentación que el otro, por lo cual será socorrido antes por cualquiera que tenga un ápice de afecto o compasión natural.

Así ocurre exactamente con Dios. Algunos oran por costumbre y etiqueta; otros en la amargura de sus espíritus. El uno ora por mera noción, puro conocimiento intelectual; al otro las palabras le salen dictadas por la angustia del alma. Sin duda que Dios mirará a éstos, a los de espíritu humilde y contrito, a los que tiemblan a su Palabra (Isaías 66:2).

Juan Bunyan

Basándose en la figura del rey Asuero, del libro de Ester, el autor describe los intrincados vericuetos del alma humana.

El alma del hombre



Christian Chen

«Aconteció en los días de Asuero, el Asuero que reinó desde la India hasta Etiopía sobre ciento veintisiete provincias ... para mostrar él las riquezas de la gloria de su reino, el brillo y la magnificencia de su poder, por muchos días, ciento veinte días ... Y daban a beber en vasos de oro, y vasos diferentes unos de otros, y mucho vino real, de acuerdo con la generosidad del rey» (Ester 1:1, 4, 7).

El libro de Ester ayuda a entender la real situación del cristiano. El libro es como un espejo y el hombre como una persona reflejada en él.

Primeramente veremos lo que representan los personajes Mardoqueo, Ester, Amán y Asuero. Hay consenso entre los estudiosos bíblicos en considerar a Mardoqueo como representación del Espíritu Santo, y a Amán, de la carne. Podemos afirmar que hay obstáculo para la continuidad del tes-

timonio de Dios en Asuero. La carne es el personaje problemático, es el principio del problema. En verdad, analizando cuidadosamente la historia en el libro de Ester, se concluye que esa afirmación tiene fundamento, pues fue Asuero quien dio el anillo a Amán y poderes para realizar su plan. Él fue responsable por las obras de Amán; todo el problema está en la persona del rey Asuero. Si Amán representa la carne, entonces ¿a quién representa el rey Asuero? Gracias al

Señor, la figura bíblica es de veras profunda y clara. El rey Asuero, sin ninguna duda, representa el alma del creyente – su ‘yo’.

El hombre carnal y el hombre natural

De acuerdo con la Biblia, el alma es la sede del carácter del hombre, es el ‘órgano’ donde se encuentra el sentido del ‘yo’. Todo ser humano sabe decir ‘yo’ porque tiene un alma. El Señor dice en Mateo 16:26: *«Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?»*. En Lucas 9:25 dice: *«Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?»*. Al comparar estos dos pasajes, se constata que la expresión «su alma» es definida como «sí mismo». Por esta razón, se puede afirmar que el alma del hombre es su ‘yo’. Aquel que vive centrado en el ‘yo’ es llamado hombre carnal. Una persona que pertenece al alma heredó eso de su primer nacimiento, por lo tanto es denominada ‘hombre natural’.

El Asuero que reinó

En el libro de Ester, el rey Asuero es una descripción muy adecuada del alma o del ‘yo’. En el comienzo del libro de Ester está escrito: *«el Asuero que reinó»*. Esa es la primera impresión que Asuero trasmite; en otras palabras, la impresión que tenemos es que a nuestro ‘yo’ le gusta sentarse en el trono. El alma aprecia los lugares elevados y prominentes, le gusta tener autoridad, honra y riqueza. No son sólo las personas con pretensiones políticas que desean gobernar; en verdad, todos soñamos con ser reyes.

Muchos maridos se proclaman reyes, y las esposas reinas, tornándose sus hijos en ciudadanos del ‘reino’. A pesar de trabajar arduamente por los ciudadanos de ese ‘reino democrático’, es interesante notar que se dirigen a los hijos y a la esposa de manera indebida, elevando la voz. De modo general, ellos creen que haciendo de otra forma su expresión perdería autoridad. La familia donde siempre hay voces de trueno es gobernada por un Asuero. Nadie debe osar transgredir las palabras autoritarias de un hombre que se sienta en el lugar del rey – ni siquiera las personas más cercanas, como la reina Vasti, pueden desviarse ni un paso de su voluntad.

Cuando el hombre se siente bien, reina como un populista: *«Y daban a beber ... mucho vino real, de acuerdo con la generosidad del rey (y se hacía según la voluntad de cada uno»* (Ester 1:7-8). Él parece estar siempre consciente del bien y del derecho de los demás. Sin embargo, si su orgullo es herido, se transforma: La reina es igual a una plebeya, siendo fácilmente removida, abandonada en cualquier lugar, como si fuese una basura. Cuando su autoridad y honra están en juego, fácilmente la caridad y el amor desaparecen. Para beber vino no debe haber restricción, pero la reina puede ser restringida al ser introducida en la presencia del rey.

El rey había ordenado: *«...que se hiciese según la voluntad de cada uno»* (1:8). Pero, el ‘cada uno’ no incluía a la reina Vasti. Esa es la actitud del dictador; tanto el destituir a la reina como permitir su permanencia en el trono, es voluntad del rey. Esta historia nos

recuerda nuestra propia biografía, pues muchas veces causamos sufrimientos semejantes a las personas que nos rodean. Cuando las cosas no están de acuerdo a nuestro deseo, desechamos a las personas sin dudar – tal como Asuero hizo con la reina Vasti. Lo más interesante es que él se indignó con ella por no haber aprovechado la oportunidad concedida para exaltarse y mostrar su belleza. ¡A sus ojos, Vasti mostró ingratitud hacia el rey, que le brindaba tan importante honra! Cuántas veces la indignación domina el pensamiento del ser humano, resultando en necesidades que usa para atraer la atención de todos. Quieren causar la impresión de que es una cuestión de honra, que se trata de la palabra de un caballero, la cual, una vez dicha, no tiene vuelta atrás.

¡Pasada la ira, Asuero sintió nostalgia por Vasti! El rey, más elevado que los montes, se arrepintió. Su ira tuvo inicio, creció, alcanzó el clímax, disminuyó y pasó. Después de cierto tiempo, Asuero percibió cuán necio había sido. ¡Esas actitudes revelan a un rey débil!

Dictador y débil

Asuero era dictador y necio. ¿Cómo es posible, entonces, que la Biblia nos compare con un dictador – además de exclusivista, violento, irreductible en sus decisiones, débil, incapaz, perdedor y necio? En el momento en que Asuero, impensadamente dio oídos a Amán, él evidenció su debilidad. ¡Cuántas veces vemos hombres necios aceptar sugerencias de la carne, demostrando su incapacidad y debilidad! El ‘yo’, lleno de opinio-

nes, se tornó vacío y aceptó que la carne se tornara grande y realizase innumerables obras irreparables. ¿No son nuestras experiencias semejantes? ¿No se repiten cada día? Aquel que da oídos a la carne demuestra incapacidad y necesidad.

La vida centrada en el yo

En el texto original del libro de Ester, la palabra ‘rey’ aparece 169 veces; el nombre Asuero es citado 29 veces y la palabra ‘reino’ aparece en 11 ocasiones. El nombre de Dios, en cambio, no es citado ninguna vez. Se puede concluir que la historia es centrada en Asuero y que él es el personaje principal de la narración. En caso contrario, ¿cómo explicar su presencia en todo el libro? El rey Asuero representa el ‘yo’, consecuentemente, su personaje representa la vida centrada en el ‘yo’. Debido a que el libro de Ester está repleto de las sombras del ‘yo’, es posible percibir por qué el nombre de Dios ha desaparecido de la narración.

Siempre que el ‘yo’ se roba la escena, Dios se aparta silenciosamente. En este aspecto, el libro de Ester se asemeja mucho a Romanos 7, también repleto de la palabra ‘yo’ –en total 48 citas– en contraste con la palabra Espíritu Santo, que aparece una sola vez. Sin embargo, hay un gran cambio en el capítulo 8, el número de menciones de la palabra ‘yo’ disminuye, aumentando las menciones al Espíritu Santo –por lo menos 19. El libro de Ester parece ser como el capítulo 7 del libro de Romanos; sin embargo, es al capítulo 8 que se asemeja su desarrollo. Podemos, entonces, afirmar que Romanos 7 y 8 son claves para el libro de Ester.

El hecho de que Pablo mencione muchas veces la palabra ‘yo’ en Romanos 7, y las constantes menciones al rey Asuero en el libro de Ester nos recuerdan a un pájaro de los Estados Unidos llamado ‘Mí’. Él canta una única melodía el día entero. No cesa de entonar ‘Mí’; de su interior fluye solamente la palabra ‘mí’, nunca cambia, es siempre ‘mí’. Por eso recibió el nombre ‘Mí’. En la lengua inglesa, la palabra ‘mí’ es el pronombre objeto para ‘yo’. Ese pájaro no canta ‘pío-pío’, sino canta ‘yo-yo’ todos los días. Lo que el pájaro ‘Mí’ canta es exactamente la canción que Pablo entona en el capítulo 7 de Romanos. Es también la música de Asuero en el libro de Ester. En realidad, ¿no es esa también la canción del hombre natural, todos los días? Él piensa constantemente en su ‘yo’, su preocupación es el ‘yo’, lo que ama es el ‘yo’, por consiguiente, lo que expresa es el ‘yo’. Para muchos de nosotros es el ‘yo’ en todo y todo es ‘yo’.

Cierta vez, en la ciudad de Sao Paulo, un grupo de hermanos chinos reunidos allí leían el libro de Ester. Al llegar al pasaje referido, tomaron prestada la melodía de Disney «Un pequeño mundo» para cantar la música del pájaro ‘Mí’. En portugués la palabra ‘mí’ es el pronombre ‘eu’ (yo), mas en la congregación había hermanos que sólo conocían la lengua china, y la pronunciación de ‘yo’ en chino es ‘fǎ’. Así, ellos cambiaron ‘eu’ por ‘fǎ’. Cuando todos cantaron simultáneamente la música del pájaro ‘Mí’, unos cantaban ‘eu’, otros cantaban ‘fǎ’. Uniendo las

dos palabras, se obtiene la expresión ‘eu-fǎ’¹. El resultado de esa unión chino-brasileña no fue sólo cómico, sino muy ilustrativo. Coincidentemente esa combinación alertó que verdaderamente somos ‘eu-fǎs’, o sea, todos ‘admiradores de sí mismos’. Hoy tenemos fans del fútbol, fans del ajedrez, fans del cine, pero por sobre todo, el hombre es ‘fǎ’ —es hincha— de sí mismo, incluso el cristiano.

Los cristianos deben pedir misericordia al Señor, pues muchas veces dicen amarlo a Él, pero en verdad lo que aman más en este mundo es a su propio yo. Sus pensamientos están llenos de sí mismos, son un verdadero rey Asuero. ¡Si no tuviesen riqueza alguna, no dudarían en dejar al Señor reinar! Pero el hombre natural cree que hay algo de bueno en sí mismo lo que le hace pensar constantemente respecto de sí mismo: «Al formar una familia, seré el centro. También soy el centro en la congregación. Cristo murió por mí en la cruz. Cristo me ama por mi causa». Es bueno saber que Cristo nos ama, ¡el problema es cuando nos tornamos el centro! De ese modo, a pesar de amar al Señor, el resultado es semejante al libro de Ester; la presencia de Dios y su nombre no son vistos claramente en cuanto la expresión del hombre natural y su nombre quedan destacados. Eso lleva a la alabanza de los hombres y hace que el nombre de Dios no sea alabado, ni su gloria reconocida.

La fuerte luz del yo

Al mirar desde adentro hacia fuera a una persona delante de una ventana en el sol del mediodía, percibimos sólo su silueta. Su rostro no pue-

¹ El vocablo portugués *fǎ* viene del inglés *fan* (‘hincha o admirador de...’). De allí viene «Fan Club».

de ser visto porque la luz de fondo es muy fuerte. Eso explica porqué no se lee el nombre de Dios en el libro de Ester. La luz de Asuero resaltó mucho y sólo podía verse la sombra de Dios por medio de Sus obras. Eso es un alerta para todos los que aman y sirven al Señor. Cuántas veces nuestro Cristo debería estar en preeminencia, pero la vida de nuestro 'yo' es tan fuerte, nuestra alma tan vívida y nuestros pensamientos tan grandiosos que los demás nos ven claramente sólo a nosotros, en vez de Su belleza y de Su gloria, las cuales perdemos en el proceso. Las personas pueden ver que alguien ama al Señor, pero no logran tocarlo a Él.

La imagen proyectada del yo

La situación descrita en el libro de Ester no simboliza sólo la vida interior, sino, en muchas ocasiones, también representa las reuniones y las obras espirituales de la iglesia. Al comienzo ella era llena con la presencia de Dios, todos eran más humildes y no había mucha exaltación. Pero, después de recibir innumerables gracias, bendiciones y dones, a poco andar, los ojos de la congregación se desviaron del Señor y se enfocaron en la propia iglesia. A semejanza de lo que hizo el rey Asuero, muchas personas son invitadas a ver «... las riquezas de la gloria de su reino, el brillo y la magnificencia de su poder, por muchos días, ciento ochenta días» (Est. 1:4). Al considerar que tenemos muchas riquezas para dar, queremos mostrar a las personas el número de miembros de nuestra congregación, los principios que rigen nuestro actuar y cómo nuestra visión difiere de las demás congregaciones. En eso mu-

chos podrán creer que se trata de un gran avivamiento, pero lamentablemente no verán a nuestro Señor.

En la iglesia todos deberían ver al Señor, pero ¿qué hemos mostrado hoy? Que el Señor tenga misericordia y nos muestre el mayor obstáculo para la obra de Dios: nosotros mismos. Comparecer a las reuniones de la iglesia debería ser lo mismo que llegar a la presencia del Señor. Sin embargo, por ser tan duros y seguros de nosotros mismos en la presencia del Señor, evidenciamos la presencia del hombre, dificultando que la persona del Señor sea vista. Es posible ver todas nuestras riquezas, tal como sucedió en el capítulo 1 del libro de Ester, donde todas las riquezas de Asuero fueron expuestas. No le bastó mostrarlas uno o dos días, sino que ocupó 180 días. ¡Qué reino más rico! ¡Que el Señor tenga misericordia de nosotros!

La razón por la cual el Espíritu Santo no puede ganar el testimonio de la segunda generación es el propio hombre. Uno de los mayores obstáculos está en nosotros mismos. Porque nuestro 'yo' es tan fuerte y porque gustamos de grandes obras y creemos ser poseedores de riquezas espirituales, es difícil ver a la persona del Señor. Al orar, o cuando estamos dando alimento espiritual a los hijos de Dios, inconscientemente proyectamos nuestra sombra en la reunión, dificultando las cosas para la iglesia.

El famoso escultor italiano Miguel Ángel esculpía sus obras con mucho cuidado. Todos los detalles eran trabajados minuciosamente hasta la perfección. Siempre que esculpía, usaba una luz sobre su cabeza. Cierta vez

alguien le preguntó por qué, y él dijo: «Cuando estoy esculpiedo, temo que mi sombra sea proyectada sobre mi obra y la arruine por completo». Que las palabras de Miguel Ángel nos sirvan de alerta cuando en las reuniones, o cuando el Señor nos solicita hacer cierta obra, para que inconscientemente no proyectemos nuestra sombra sobre la obra, trayendo perjuicio a la reunión o a la obra de Dios. Que el Señor tenga misericordia y nos haga temer proyectar nuestro 'yo', como tememos el fuego. Que la luz del Señor pueda eliminar nuestras sombras para que la iglesia sólo se llene de Cristo. No más yo, sino Cristo.

Dos personas a los ojos de Dios: Adán y Cristo

1 Corintios 15 muestra que, a los ojos de Dios, existen dos personas: Adán y Cristo. Todos los hombres de la vieja creación están incluidos en la primera persona, y todos los hombres de la nueva creación están en la segunda. Así, pues, ambos son corporativos: el Adán corporativo es la reunión de todas las personas que están en Adán, y el Cristo corporativo son todos los que están en Cristo. A los ojos de Dios, estas dos personas son dos gigantes. La diferencia entre ellas reside en el hecho de que la primera es un gigante de la tierra, y el segundo ser, celestial, es un gigante del universo. Lo más interesante es que los dos gigantes son separados por el Antiguo y el Nuevo Testamento, y fueron vistos en visiones por dos siervos de Dios.

Pablo vio a la segunda persona en el camino a Damasco – el gigante del universo. Su cabeza está en los cielos

y su cuerpo está en la tierra – Cristo y su iglesia. Como la iglesia tiene la plenitud del Todopoderoso, esa persona universal expresa la plenitud de Cristo. Daniel vio la primera persona al revelar el significado del sueño de Nabucodonosor – el gigante de esta tierra. Esa persona es una expresión de la plenitud de Adán. Lo que Pablo vio es vivo, porque es espiritual; lo que Daniel vio es muerto, porque es sólo una gran estatua. Lo que Pablo vio revela las cosas celestiales; lo que vio Daniel son cosas terrenas, los pies de barro y las otras partes del cuerpo, de oro, plata, bronce y hierro – todas provenientes de la tierra. Lo que Daniel vio es un gigante en quien las personas de la tierra depositan su confianza. Las partes de oro, plata, bronce y hierro de la estatua representan cuatro grandes imperios de la historia de la humanidad: Babilonia, Persia, Grecia y Roma. Hoy estamos en la parte de los pies, que son mitad hierro y mitad barro. En verdad, la humanidad se dividió en dos grandes grupos: un régimen cerrado, dictatorial y rígido; el otro abierto, democrático y libre. Al final, Cristo retornará y cerrará la historia de la humanidad.

Cuando Dios dijo a Adán: «*Multiplícaos y llenad la tierra*», él no se refería sólo a Adán; esa afirmación es válida también para el Adán corporativo. Al sumar toda la riqueza, sabiduría y poder de aquellos que están en Adán a través de los tiempos, veremos que hoy la humanidad es como la Biblia lo registró – «llenaron la tierra». El hombre venció condiciones adversas, encerró a las fieras en zoológicos, su tecnología progresa constantemente, el hombre llegó

a la luna, y pone computadoras en su cocina; todo eso es la expresión de la riqueza de Adán. Fue en Babilonia que esa riqueza se reveló en los tiempos iniciales. Babilonia es la cabeza de oro; su imperio conquistó el mundo conocido de la época, y desde entonces la imagen del Adán corporativo fue tomando forma. Por medio de la riqueza en Adán, en el correr de los siglos, vemos un progreso continuo, resultando en el pecho de plata, el vientre de bronce y las piernas de hierro, hasta que llegamos al final de la historia de la humanidad. Así tenemos la visión y la imagen completa de ese gigante.

Al estudiar acerca del rey Asuero y de cómo él dio un banquete a sus príncipes y siervos, exhibiendo las riquezas de la gloria de su reino y el esplendor de su excelente grandeza por 180 días, debemos recordar que no representa más que el pecho y los hombros de plata, una parte del cuerpo de la estatua vista por Nabucodonosor que se refiere al imperio persa – apenas una parte de la riqueza en Adán. Luego, así como el imperio persa es una imagen que representa una parte del gigante de este mundo, el alma del hombre también es una imagen y parte de la biografía de Adán.

La riqueza del alma

El alma del hombre expresa, en diferentes ángulos, la personalidad de Adán, donde fluye la riqueza en Adán. Es la expresión natural del alma. Una persona que vive por el alma es una persona anímica, o sea, ella demuestra y permite que sea visto lo mejor de Adán. Por más glorioso que aparente ser, no pasa de ser oro, plata, bronce y

hierro, provenientes de la tierra, y de la cual no pueden ser desligados.

Muchas veces nos engañamos con respecto a la riqueza y el poder del alma. En el capítulo 1 del libro de Ester, vemos la riqueza del rey Asuero, que es una aguda descripción de la riqueza del alma. Asuero mostró su riqueza durante 180 días. ¡Él tenía mucho que mostrar! Al ver semejante riqueza, era imposible no alabar a Asuero, era imposible ignorar su grandeza. ¿Será que el alma humana tiene tantas cosas que mostrar? Un estudio con respecto a la capacidad del pequeño cerebro humano revela que éste puede albergar durante su vida el equivalente a noventa veces todo el conocimiento guardado en los libros de la Biblioteca Nacional de los Estados Unidos. En esa biblioteca se encuentran más de diez copias de obras voluminosas de grandes autores, todas en manuscritos. En el museo del Louvre, en París, hay innumerables obras de arte; muchas son obras maestras originales de un único artista. En muchos conciertos musicales son interpretadas obras de Bach o de Beethoven. El conocimiento que se tiene hoy del universo – excluyendo las revelaciones contenidas en la Biblia– son contribuciones que deben ser atribuidas a Newton y Einstein. Sea en la literatura, en la música, en el arte o en la ciencia, el alma del hombre demuestra su gran riqueza. Esa riqueza es llena de esplendor, y puede ser admirada por 180 días, porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Aunque haya heredado un infinitésimo de Su sabiduría, eso es sufi-

ciente para calificar al alma humana como altamente capacitada.

Los colores del alma

De acuerdo con el capítulo 1 de Ester, el alma no es sólo rica, sino también llena de colores. Una persona daltónica puede no apreciar esta descripción. Del mismo modo, por ser daltónico en relación al alma, el hombre desconoce cuán llena de colores y de creatividad es el alma. Podemos compararla a un calidoscopio. Por eso, muchas expresiones del alma son confundidas con expresiones del espíritu; no es posible discernir claramente la una de la otra. Muchas son las ocasiones en que el hombre subestima la capacidad del alma. Él puede asegurar que el avivamiento entre algunos cristianos, el número de personas en un lugar dado o el ritmo de crecimiento entre ellos son obras espirituales. Sin embargo, lo que vemos no pasa de ser influencia y energía del alma, como en el caso de Asuero, que reinó desde la India a Etiopía, sobre 127 provincias. Muchos grandes hombres de la historia son personas que poseían un alma muy desarrollada, y no sólo dejaron grandes marcas, sino también influyeron y atrajeron a muchos seguidores.

El poder del alma

En condiciones normales, el cuerpo de una persona ejercita solamente un quinto de todas sus capacidades. Si los cuatro quintos restantes fuesen liberados, entonces un solo brazo sería capaz de levantar 250 kilos, y ambos brazos levantarían un pequeño automóvil. Así también es el alma del

hombre; hay en ella un poder latente. Cuando Dios creó a Adán, la capacidad dada a su alma fue impresionante. Por ejemplo, él podía dar nombre a todos los animales sin repetir ninguno de ellos. Por lo cual, después de la caída, Dios no quiere que el hombre pueda usar este poder inimaginable. Por el contrario, él quiere que el alma caída, deformada y de desarrollo anómalo, sea tratada por la cruz. Los que no desean obedecer al evangelio utilizan métodos de superación personal para desarrollar ese poder y obrar milagros. Sin embargo, todo está incluido en el círculo del alma. Si un cristiano comprendiese cuán rica es el alma, si pudiese discernir el poder latente del alma, entonces, no sería inducido a involucrarse con obras de ese tipo.

El hombre caído

El libro de Daniel describe el lado glorioso y rico del hombre universal; no obstante, al contemplar a ese hombre desde otro ángulo, tal gigante transmite un sentimiento negativo. La cabeza de la estatua es de oro; sin embargo, los metales que componen el resto del cuerpo van perdiendo valor en dirección a los pies. La cabeza es de oro, el metal más precioso, mas las piernas son de hierro, un metal que no atrae la atención. Llegando a los pies, aparece el barro, que es más despreciable aún. El hombre en Adán se deteriora de día en día, en él se ve todo tipo de decadencia y envejecimiento. El gigante en Adán no sólo es decadente, es también una persona de cabeza pesada y piernas débiles. El oro, la plata, el bronce y el hierro son elementos químicos cuyo peso debe ser

verificado por su número de protones y neutrones. Si cada protón o neutrón fuese un grano de maní, en un átomo de oro tendríamos 196 granos de maní; en un átomo de plata, 180 granos; en uno de bronce, 63 granos, y en uno de hierro, sólo 56 granos. Por lo tanto, es evidente que ese gigante de cabeza pesada y piernas frágiles no tiene firmeza. Sea desde el punto de vista del valor o desde el punto de vista del peso, el hombre en Adán es decadente, y su camino es descendente.

Si el alma es la imagen de Adán, ella no expresa sólo su riqueza y sabiduría, sino también el aspecto negativo de su decadencia. En relación a la decadencia de los valores, el alma es, en especial, la cara vergonzosa de la mancha del pecado. En el libro de Ester, el alma es representada por un rey extranjero, y no por David o Salomón. Esto no obedece a la casualidad, porque desde la caída del hombre, le fueron acrecentadas muchas cosas externas – y esa mercadería extranjera es pecado. De esa forma, la figura de Asuero como representativa de un alma decadente es muy acertada.

Cierta vez, una pequeña de diez años de edad preguntó a su padre cómo sería Eva. Un día ella se puso muy furiosa, y su padre aprovechó la ocasión para enseñarle sobre el viejo hombre. Tomó un espejo, se lo llevó a su hija, y le dijo: «¿No estabas curiosa por saber cómo era Eva? ¡Mira! Observa bien esa imagen en el espejo y verás a quién se parece!». En Adán vemos, además de la riqueza y potencial del cuerpo humano, su decadencia y su fracaso.

Dijimos que un hombre en Adán es una persona que tiene una cabeza más pesada que sus piernas, que es una persona sin firmeza. Un hombre firme es aquel que tiene un centro de gravedad bajo. Si ese hombre fuese puesto cabeza abajo, perderá la firmeza, pues su centro de gravedad fue puesto en la parte superior. Ese hecho demuestra que una persona en Adán, desde la caída, está invertida. Si el alma es una imagen de Adán, podemos concluir que el alma es un pequeño hombre cabeza abajo. De hecho, Asuero representa a ese hombre invertido, el hombre natural, después de la caída, un hombre cabeza abajo. ¿Qué significa estar invertido? Para responder a esa pregunta, debemos tener claro lo que es un hombre normal de acuerdo a la voluntad de Dios.

Según 1 Tesalonicenses 5:23, el hombre está dividido en tres partes; lo exterior es el cuerpo, cuya función es estar en contacto con el mundo. Más al interior está el alma, que tiene la función de marcar su propia existencia. En una esfera más profunda está el espíritu, cuya función es sentir la presencia de Dios. Algunos eruditos bíblicos usan tres círculos concéntricos para ilustrar esta composición del ser humano. El círculo exterior representa al cuerpo, el más interno representa la parte del espíritu, y el alma es el espacio entre el cuerpo y el espíritu. El alma es la sede del pensamiento, las emociones y la voluntad. Las funciones del espíritu son la conciencia, la comunión y la intuición.

De acuerdo con 1 Tesalonicenses 5, el cuerpo del hombre debería estar bajo el control del alma, y el alma bajo

el control del espíritu. El Espíritu Santo habita en el espíritu de una persona nacida de nuevo. El hombre que permite que el Espíritu Santo lo gobierne, que lo perfeccione libremente, está naturalmente sujeto al Espíritu Santo. Esa es una persona normal, que está conformada a la figura antes citada.

El hombre que está sujeto a la autoridad del Espíritu Santo es una persona que tiene la cabeza cubierta, por eso las personas ven solamente la mitad de abajo del círculo. Así, el cuerpo está en la capa más inferior, el alma en el medio y el espíritu encima del alma. En el principio, en el jardín de Edén, Dios puso al hombre ante el árbol de la vida, deseoso de que el hombre comiese de ese fruto, y de que aquella vida lo controlase por completo, produciendo así una vida dependiente de Dios. Ese tipo de hombre y modo de vivir es el hombre y la vida normal a los ojos de Dios.

Lamentablemente, el hombre escogió el fruto del conocimiento del bien y del mal. El día en que comió ese fruto, conforme a lo que Dios había dicho, Adán murió. Sin embargo, no fue la muerte del cuerpo, sino la muerte del espíritu del hombre. Y por causa de esa muerte, por causa del pecado, que lo separó de la vida divina, su comunión con Dios fue cortada, y el espíritu perdió su función. El resultado fue un hombre que perdió el rumbo de su vida, y por la necesidad de supervivencia, su alma tuvo que levantarse y responsabilizarse por su propia protección y existencia. A partir de entonces, el alma comenzó a crecer desordenadamente. Porque el pecado entró en el hombre, ese creci-

miento se hizo cada vez más anormal y el alma quedó sujeta a diversas deformidades. El pensamiento, la emoción y la voluntad del hombre decayeron. Los pensamientos se apartaron cada vez más de Dios, transformando al hombre en un ser lento y necio, lo que llevó al fin a la duda en cuanto a la existencia de Dios. Las emociones, a su vez, perdieron su simplicidad y pureza, los deseos del hombre se volvieron descontrolados, vulnerables y frágiles por causa del pecado.

Por el contrario, el cuerpo se hizo cada vez más fuerte, su cabeza quedó cada vez más en alto, hasta asumir el control del alma. Anteriormente, el alma debía ser instruida por el espíritu, mas en una situación inversa, es comandada por el cuerpo. El tabaquismo, el uso de drogas, el consumo de bebidas alcohólicas, son ejemplos del gobierno del cuerpo sobre el alma. El cuerpo tiene deseos, entonces el alma busca satisfacer de inmediato esos deseos, incondicionalmente. Por eso el hombre come, bebe y busca toda clase de sensaciones para satisfacer la concupiscencia de los ojos y de la carne.

De esta manera, el hombre, cuyo cuerpo, alma y espíritu fueron invertidos, después de seis mil años de deformación, es un hombre deforme; la Biblia lo denomina 'viejo hombre'. En verdad, el viejo hombre es un hombre viejo.

Asuero, el hombre invertido

¿Cómo sabemos que Asuero era un hombre invertido? La historia en el libro de Ester comienza diciendo que cierto día Asuero estaba bebiendo y

alegrándose con vino. Entonces pensó: «Todos deben contemplar la belleza de la reina». Él jamás imaginó que la reina desobedecería el mandato real. Y como su orden fue desacatada, su autodomínio fue herido; todo lo que lograba pensar en ese momento era cómo salvar su propia honra y majestad. Ese fue el inicio de la historia. Ahí vemos que, de hecho, Asuero era un hombre invertido: primeramente, el alcohol operó en su cuerpo; en seguida, las emociones del alma fueron despertadas, y se alegró. A medida que su alma se exaltaba, Asuero daba órdenes impensadamente, sin consultar a los sabios que entendían los tiempos (Ester 1:13-14). Ellos eran los siete oficiales en la presencia del rey, y representan los pensamientos del alma humana. Estaban constantemente en la presencia del rey, pero el rey sobrepasó a la razón, actuó sin pensar, y el resultado fue una situación irremediable.

En su corazón, Asuero pensó: «Puesto que fui avergonzado, debo retribuir con vergüenza». A partir de ese momento, sólo un consejo satisfaría su deseo. Fue el consejo expresado por Memucán, uno de los siete sabios. Él sabía cómo funcionaban las personas investidas de autoridad. Así, adecuándose al deseo del rey, dijo: «La reina no sólo ha ofendido al rey, sino también a todos los pueblos de las provincias del rey, porque a partir de su actitud las mujeres despreciarán a sus maridos». Esa fue la frase de mayor contribución de Memucán, pues si el rey tomase una actitud enérgica, sería en bien de toda la población, en solidaridad con todos los maridos del rei-

no. Por otra parte, si un hombre no gobernase su propia casa, ¿cómo podría administrar el reino? De esa forma, cualquier sacrificio, incluso destituir a la reina, sería válido. ¡Qué rey maravilloso aquél, que ama a su reino y a sus súbditos al punto de sacrificarse a sí mismo en favor de su pueblo!

En la filosofía del alma, por mayor que sea su fracaso, siempre hay una justificación. Por eso, cuando un hermano no cesa de dar explicaciones, sabemos que debe haber algún problema. Memucán habló con firmeza y dio lo mejor de sí para entregar una enseñanza, justificando su actitud. ¿Por qué hoy hay tantas enseñanzas sin sentido en medio de la cristiandad? Porque, cualquiera que sea la obra, siempre existe un Memucán expresando sus ideas. El pensamiento deformado es el mejor abogado. Esa es también la razón de la existencia del ateísmo en nuestros días. «No hay Dios», es la expresión de mayor ausencia de razón; sin embargo, todas las argumentaciones a ese respecto parecen lógicas. La capacidad de Memucán es muy grande; muchos hermanos abrazan el mundo y explican por qué lo hacen. El ser humano es un ser invertido, por eso siempre tiene justificaciones para sus hechos. ¿Cuál es el resultado, si nos atenemos a la sugerencia de Memucán? En el caso de Asuero, la reina Vasti fue destituida.

La palabra 'Vasti', en el original, significa 'lo mejor'. La mejor parte del cuerpo de una persona antes de ser salva no es su cuerpo ni su alma, sino la conciencia. Después de la caída, a pesar de haber perdido la función del espíritu, Dios no desistió del hombre,

sino que dejó en su interior un último canal de comunicación: la conciencia. Al ser retirada la conciencia del hombre, no existiría siquiera la esperanza de salvación. La conciencia es una de las tres funciones del espíritu; por eso, aceptar las sugerencias de la mente caída trae como consecuencia la supresión de la conciencia. El hombre hace esto con frecuencia, lo que significa destituir a la reina Vasti. En realidad, tenemos una gran capacidad de suprimir la conciencia. Siempre conseguimos hallar una solución majestuosa y honrosa, una razón aceptable para destituir a la reina.

Cierto hermano tenía un sobrino de ocho años de edad. Toda vez que el hermano iba al cuarto para escribir, el abuelo del muchacho le avisaba para que no entrara a interrumpir a su tío. Un día, el chico se paseaba por el lado de afuera de la puerta, sin poder contenerse, porque quería entrar. Sabía que estaba mal, pues su abuelo le había dicho que no entrara. Pero finalmente entró, e importunó a su tío por un largo rato. El abuelo le preguntó luego por qué había desobedecido, y éste se justificó como si nada malo hubiese ocurrido: «Yo no veo nada de malo; sólo tuve algunos momentos de comunión con mi tío». Esa es una disculpa bastante espiritual. Así son las palabras de Memucán, habla hasta a la conciencia de los niños. Porque el hombre no se tranquiliza, y echa mano a palabras ostentosas para abatir la voz de su conciencia. Destituir a la reina Vasti

significa negar 'lo mejor'.

¡Cuán frecuentemente el cristiano actúa de esa forma! Cuando alguien lo hiere, su reacción natural es la venganza. El cristiano sabe que debe ser manso, paciente, que debe cargar su cruz y ser como un cordero; no obstante, otro pensamiento ocupa su mente: «Tengo que darle su merecido». Pensamientos vienen y pensamientos van; Memucán habla, y por fin resuelve la situación: ¡Un cristiano que se venga tiene la conciencia en paz! Memucán abatió la voz de la conciencia, en otras palabras, la reina Vasti es destituida.

En resumen, la historia de la destitución de Vasti se inició a causa del alcohol. Primeramente, el cuerpo fue estimulado, después despertó el alma y se puso sobre él. Finalmente, el alma aceptó las sugerencias torcidas, simbolizadas por Memucán, acallando la voz de la conciencia representada por Vasti. Si la conciencia es parte del espíritu, ese procedimiento es lo mismo que acallar al espíritu. Luego, la persona está invertida: el cuerpo domina al alma, y el espíritu es silenciado. En ese orden tenemos una persona invertida. Gracias a Dios que, por medio de la obra del Espíritu, representado por Mardoqueo, el libro de Ester dice cómo ese hombre invertido puede ser corregido y volverse un hombre normal, un hombre de acuerdo a la voluntad de Dios.

(Continuará).

(Tomado del libro Una vislumbre del libro de Ester.
Traducido desde el portugués).

Algunos de los peligros del alma suplantando al espíritu.

¿Alma espiritual?



Marcelo Díaz

Confundiendo lo anímico con lo espiritual

En mis años de estudio universitario tuve la ocasión de compartir del Señor con varios jóvenes y profesores. Uno de estos jóvenes que se vio por momentos interesado, un día mientras le compartía acerca de la conversión y la acción del Espíritu Santo en la vida del creyente, interrumpió mi relato con la siguiente exclamación: «¡Es exactamente lo que ocurre en las sesiones que yo participo!». Al comentarme en detalle, me explicó que un cierto personaje, una eminencia en psicología que visitaba por ese tiempo el país, le había invitado a participar de sus sesiones, donde a través de una alteración de la con-

ciencia autoprovocada, las personas podían llegar a sanar profundos traumas, dolencias físicas, obtener sanaciones e incluso llegaban a tener manifestaciones «extrañas» como la glosolalia (lenguaje incomprensible).

Ustedes comprenderán que nuestra conversación no logró avanzar un centímetro. Mi compañero estaba viendo la nueva vida en Cristo como una simple terapia semejante a su experiencia psicoterapéutica. Las manifestaciones que allí ocurrían eran casi calcadas, pero la fuente y motivación eran absolutamente distintas.

Un ejemplo de esto lo tenemos en Moisés cuando sacó al pueblo de Egipto. Recuerden que los sabios y hechiceros llegaron a igualar varias de las

señales y manifestaciones que Moisés presentó ante faraón. Esto nos da muestras que en el alma del hombre existe un poder latente, que al desarrollarlo puede llegar a hacer cosas realmente impactantes. Y si se le une una fuerza maligna sobrenatural, arman una coalición poderosísima y peligrosa.

Así pues, podemos llegar a concluir que existe un poder en el alma tan poderosa que podría llegar a confundirse con la acción del Espíritu Santo en el creyente. De hecho, actualmente muchos cristianos al igual que este joven, no alcanzan a diferenciar lo espiritual de lo anímico. Y esto es fundamental en el caminar de todo hijo de Dios.

Tripartito vs. dicotómico

Para aproximarnos a entender este asunto, lo primero que debemos saber es que Dios hizo al hombre tripartito. Es decir espíritu, alma y cuerpo. Y a cada parte le dio una función determinada.

Cuando Dios hizo al hombre lo creó soplando en su nariz aliento de vida (*vidas*). La palabra «*aliento de vida*», es una palabra plural que puede explicar la vida doble que recibió el hombre. Es decir, una espiritual, la otra anímica natural. El aliento de vida, que se convirtió en el espíritu del hombre, al tener contacto con el cuerpo de hombre, dio origen al alma. La conciencia del yo. (Jn. 6:63 y Job 33:4).

Una ilustración que ayuda a entender esto es la figura de la corriente pasando por la ampolleta (o bombilla). La acción que ejerce la electricidad al pasar por una ampolleta, da como resultado la luz. Así, el espíritu,

al tener contacto con el cuerpo, da origen al alma, aquella parte humana que tiene conciencia de sí – mientras el cuerpo tiene conciencia de lo que le rodea y el espíritu conciencia de lo divino.

Una visión tripartita del hombre es mucho más completa que una visión dicotómica, pues la dicotomía sólo ve al hombre en dos planos, y esto es semejante a ver un cilindro en dos dimensiones, es decir, como un círculo y un rectángulo. Tal visión es demasiado incompleta.

En segundo lugar, debemos des-enmascarar esta espiritualidad que se le pretende dar al alma, que confunde seriamente la dinámica interna del cristiano. Ver el espíritu sólo como la parte más sublime y espiritual del alma es una rotunda equivocación. No hay nada más distinto al espíritu que el alma. El alma no es quien busca a Dios, sino el espíritu. El alma está pegada a la carne.

La causa del mal

La explicación la encontramos en la caída inicial. Cuando el hombre pecó, todo el orden se trastocó. Lo que en un comienzo fue el propósito de Dios, el cual era que el hombre se gobernaría a partir de su espíritu con la incorporación de la vida divina en su ser, el alma tomó un rol protagónico al recibir la fruta del conocimiento del bien y del mal, elevando la vida natural (terrenal) y suprimiendo la vida del espíritu.

Puesto que el alma tiene tantas capacidades, éstas, potenciadas, pueden llegar a confundirse suplantando la actividad espiritual. La ilustración a

La unidad de la iglesia se ve fuertemente amenazada por cristianos guiados por las facultades de su alma. El Espíritu no tiene lugar en ellos. En consecuencia, se apaga y se extingue.

esto es la imagen de un amo, dueño de una gran casa, un mayordomo y una criada. El amo es el espíritu, el alma el mayordomo y la criada el cuerpo. Pues bien, en la caída, el mayordomo se confabuló con la criada y relevó al amo de su función tomando el dominio de la casa.

Esta es la condición del hombre actual. Su espíritu está muerto en relación a Dios, en coma, gravemente relegado por una fuerza natural poderosísima. Y en esa condición, el remedio no es agregar más fuerza natural, sino resucitar el espíritu. Así pues, la respuesta de Dios a esta tragedia no se dejó esperar. Dios, en Cristo, nos dio su Espíritu por medio del cual participamos de la gracia divina. Y en esta nueva condición, vivimos ya no por nuestra fuerza natural sino por su Espíritu. Como está escrito: *«No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dijo el SEÑOR de los ejércitos»* (Zac. 4:6).

Dos preguntas importantes

Ahora volviendo a nuestra inquietud inicial: ¿Puede un cristiano que ha recibido el Espíritu de vida seguir viviendo la vida cristiana a través de su alma? ¿Le agrada al Señor que el cris-

tiano, hijo de Dios, tenga como principio de vida la fuerza natural de su alma? La respuesta a la primera pregunta es «Sí». Un creyente puede llegar a estar confundido viviendo la vida cristiana en la vida de su alma. Pero respecto a la segunda, es un rotundo «No». Puesto que el propósito de Dios fue siempre que el hombre viviera por su espíritu, seguir viviendo en la vida del alma es seguir viviendo en la carne; es seguir viviendo en el primer Adán, el cual no agradó al Señor. *«Lo que es nacido de la carne, carne es...»*.

Pero aquel que es nacido en el postrer Adán, espíritu vivificante, tiene la Vida de Dios incorporada en su espíritu. (Ro. 8:16). Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

Los peligros de vivir por el alma

En consecuencia, quienes viven bajo el poder de su alma son los creyentes anímicos y como tales tienen a lo menos tres grandes peligros.

El primero de ellos es que el alma puede llegar a reprimir el Espíritu. Siendo el alma de cada individuo única, no podemos estereotipar comportamientos, de manera que haré una pequeña aproximación a la conducta.

Como ya he mencionado, el alma está dotada de dones entre los cuales podemos distinguir tres grandes facultades: intelectual, emocional y volitiva, entre las cuales se mueve el cristiano anímico. Algunos se inclinan más por la mente, otros por la emoción y otros por la voluntad. Así que, no importando lo que diga el Espíritu, buscarán contextos congregacionales que se acomoden a su estilo de vida,

haciendo caso omiso a la unidad de la iglesia y el cuerpo de Cristo.

Los que se adhieren a la mente pueden discernir la carnalidad de aquellos que caen bajo la emoción o la voluntad, y viceversa. Son creyentes que acomodan lo espiritual a su percepción de la vida, entonces quienes no comulgan con su visión están próximos al juicio y sectarismo.

Tal situación es verdaderamente peligrosa. La unidad de la iglesia se ve fuertemente amenazada por cristianos guiados por las facultades de su alma. El Espíritu no tiene lugar en ellos. En consecuencia, se apaga y se extingue (1Tes. 5:19).

El segundo, es que el alma fortalece la asociación con los apetitos del cuerpo. Siguiendo la ilustración del amo, el mayordomo y la sirvienta, existe una unión de interés mutuo entre el mayordomo y la sirvienta. Ambos se necesitan y proveen para sus satisfacciones. Así el alma es una con el cuerpo. Los apetitos de la carne también son los apetitos del alma. Notemos que las obras de la carne mencionadas en el libro de Gálatas, tienen como objetivo satisfacer tanto los apetitos del cuerpo como del alma. De manera que un cristiano anímico está permanentemente propenso a ser tentado a satisfacer sus deseos carnales. En conclusión, toda su fuerza «espiri-

tual» esta focalizada a satisfacer algo de sí; no logra desprenderse hacia los demás, busca siempre su comodidad y beneficio. Su alma está atrapada por su cuerpo y su cuerpo por el alma.

Por último, el alma se hace vulnerable a la operación de Satanás. Si seguimos la secuencia de la vida de Judas, el que entregó a Jesús, nos daremos cuenta que este discípulo, no buscaba la unidad íntima con su maestro y co-discípulos. Tenía un serio interés en satisfacer sus necesidades; amaba el dinero. Tal situación permitió que Satanás sembrara en su corazón la traición y luego hiciera en él su morada. La insatisfacción consigo mismo le llevó a la confusión y posteriormente a la muerte, que, en resumen, es el propósito de la operación maligna.

Nuestra alma requiere de un Pastor y Obispo

Hermanos, conociendo los peligros de ser conducidos por el alma suplantando la actividad del Espíritu, no nos queda más que entregarnos al Señor. Nuestra alma requiere de un Pastor que la gobierne, y un Obispo que vigile por ella. Jesús es el buen Pastor y también el Obispo del alma. Sólo en él estaremos seguros. Él nos dará el aprendizaje necesario para oír su Espíritu y hacer su voluntad.

«Bendice, alma mía, al Señor».

* * *

¿En cuál de los mundos?

Una madre, cuyo hijo viajaba por el mundo, atendiendo negocios muy importantes, recibió noticias donde al mismo tiempo que se le felicitaba se le informaba «que su hijo estaba haciendo un excelente papel en el mundo». La respuesta de ella denota que tenía un concepto correcto de los valores. Ella hizo esta pregunta: «¿En cuál de los mundos?».

Miguel Limardo, Ventanas abiertas

Una vislumbre del alma santa de nuestro Señor Jesucristo.

El alma de Jesús



Roberto Sáez

«Mi alma está muy triste, hasta la muerte» (Mt. 26: 38). «Mas nosotros tenemos la mente de Cristo» (1ª Cor. 2: 16). «Si quieres, puedes limpiarme ... Quiero» (Luc. 5: 12-13).

En los textos citados se encuentran las tres funciones del alma: La emoción, la mente y la voluntad. Nadie ha tenido un alma tan equilibrada como la del Señor Jesús, pues las almas de todos los seres humanos desde Adán hasta ahora, han sido gravemente dañadas por el pecado, con excepción del alma de Jesús, que no vino de carne ni de sangre sino por la voluntad de Dios a este mundo.

Él no pertenece a la descendencia de Adán, por lo que el pecado no le tocó; pudiendo ser afectado, puesto que fue expuesto a las mismas contingencias de la vida y con todas las tentaciones que tuvo el primer Adán — pues él fue manifestado en carne y eso

significa que fue verdaderamente hombre—, no obstante nuestro Señor no cayó en pecado, y en eso consiste su victoria sobre el mundo y el maligno. El alma de Jesús fue probada y aprobada por Dios, y si nosotros fuimos creados a su imagen, entonces tenemos que conocer el alma de Jesús para ser como el Padre nos diseñó.

Al observar las almas de los hombres, encontramos el daño inconmensurable que dejó la caída; sólo se ve el desequilibrio, las diversas enfermedades y perversidades.

La historia biográfica nos muestra las virtudes de los protagonistas de la historia al mismo tiempo que sus errores. Algunos destacan por su ingenio

(mente), otros por sus acciones históricas (emociones) y otros por sus valerosas acciones voluntarias (voluntad). Muchos de los genios militares fueron enfermos mentales; muchos de los grandes músicos fueron monstruos de mal genio y muchos de los grandes empresarios fueron 'trabajólicos' que perdieron su familia tras la fama y la riqueza. No ha existido un alma perfectamente equilibrada en sus tres funciones; podrá haber alguien que haya destacado en una de las tres, pero habrá fracasado en las otras dos; sólo el alma de Jesús ha sido el alma perfecta que la historia ha conocido.

El perfeccionamiento del alma de Jesús

Aunque el alma de Jesús era perfecta, fue sometida a diversas pruebas y precisamente es en estas pruebas donde se observa el verdadero valor de un alma perfecta, de acuerdo a los paradigmas del Dios que creó todas las cosas y que tan sólo por él subsisten. ¿Quién más que él tiene derecho a establecer los cánones que determinan qué está bien y qué está mal? Lo que el hombre encuentra precioso, puede que para Dios sea abominable. Para la gran mayoría de la humanidad, la crucifixión de Cristo es un hecho cruel e incomprensible; sin embargo, de acuerdo a las leyes divinas, el Hijo de Dios fue llevado a la muerte por un «*determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios*» (Hech. 2:23). Fue por medio de los padecimientos y de su muerte en la cruz que su alma fue perfeccionada: «*Y Cristo... habiendo sido perfeccionado*». Fue expuesto a todas las contingencias de la vida

humana: hambre, tentación de Satanás en el desierto, frío, cansancio, trabajo; fue traicionado por sus amigos, despreciado por su familia, abandonado por sus discípulos; hubo burlas, violencia, injusticias, falsos testimonios en su contra, escupos, azotes, cargas pesadas, puñetazos; fue acosado por los enfermos y hambrientos y, sin embargo, en todo esto fue fiel a Dios. En todas y cada una de estas pruebas estaba siendo observado por el Padre para ser evaluado de acuerdo a las calificaciones del cielo; fue aprobado en todo, porque sus reacciones fueron de acuerdo al carácter de Dios

¿En qué se fija Dios para su evaluación? En la forma como se reacciona. Ante cada situación expuesta, Jesús reaccionó de acuerdo a lo que desde la perspectiva divina se esperaba de él. Cada injusticia, ataque o violencia la respondió con mansedumbre o silencio, pero no devolvió mal por mal. Pedro nos dirá al respecto que Jesús «*no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían no respondía con maldición, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente*» (1P. 2:22-23). ¿Qué responder cuando se sabe que sus padecimientos y su misma muerte están determinada por Dios? Cada reclamo, cada queja y cada reacción violenta sería contra Aquel que determinó, por sus designios, que así fuese probada su vida. En este punto Jesús fue probado muchas veces; sin duda, él sabía que los padecimientos eran las pruebas que el Padre había determinado para él; estaba muy consciente que molestarse o reaccionar de cualquier forma contra las ofensas de

los hombres sería equivalente a reaccionar contra Dios el Padre.

Lo que él estaba haciendo era contrario a lo que todos los hombres habían hecho en toda la historia de la humanidad. Por eso existía la ley del talión, la que decía que si te dan un golpe en el ojo tienes derecho a golpear una vez el ojo de quien te dio el golpe, porque eso es lo justo. Sin embargo, Jesús practicó y enseñó otra cosa muy diferente: Él puso la otra mejilla, nos enseñó a cargar la segunda milla y a dar la túnica si se nos pide la capa. Este ha sido el nivel más alto de moralidad que jamás nadie ha enseñado y vivido.

Gandhi, el gran líder de la India tomó las enseñanzas de Jesús para resistir con su pueblo, sin violencia, a la dominación inglesa en su tiempo. Lo de Gandhi no tiene valor a los ojos de Dios por ser una imitación de Cristo. Aunque fue una buena imitación, no fue Cristo en él, sino tan sólo las enseñanzas de Cristo aplicadas al contexto político social en la India a través de Gandhi. Lo de Gandhi pude tener valor a los ojos de los hombres, pero no para Dios, pues para Dios tan sólo es acepto Cristo mismo y no un aspecto de Cristo. Si alguien toma las enseñanzas de Cristo, por muy fiel que sea a los principios de esas enseñanzas, pero no toma en cuenta la persona misma de Cristo y su obra, la pura consideración de la enseñanza todavía deja fuera a Cristo, y eso, en la escala de los valores y de las leyes divinas no merece aprobación.

El alma de Jesús pasó una de las crisis más grandes cuando estaba orando en el Getsemaní la noche antes de

su muerte. Allí estaba conmocionada su alma. Su alma, por ser pura y sin pecado, era más sensible al dolor que cualquier otra. «*Mi alma está muy triste, hasta la muerte*» (Mt. 26:38). Nadie fue más afectado que él en sus emociones; sintió el horror de la muerte, y se estremeció hasta el sudor; no por la muerte en sí, sino por el tipo de muerte: llevar el pecado de toda la humanidad y ser visto por Dios, a causa del pecado del hombre, como un pecador. Soportar no sólo el desprecio de los hombres sino el abandono del Padre, ésta fue la más grande crisis del alma de nuestro Señor – y la soportó con dignidad por amor a nosotros, los pecadores, que ahora somos sus redimidos.

La emoción de la tristeza y el dolor espantoso de la muerte lo siente el alma involucrando a todo el ser, al punto de someter a prueba la voluntad, que es la parte más central del alma, puesto que este es el asiento de las decisiones del ser humano. En esos momentos, probado a ese extremo, dijo: «*Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú*» (Mt. 26:39). La mente está razonando, evaluando, considerando y la voluntad será la que al final se imponga: «No quiero mi voluntad, sino la tuya». Esa decisión, tomada por su propia voluntad y pensada en medio de la más grande crisis emocional, nos muestra el cuadro completo de la perfecta alma de Jesús, puesta a la prueba más grande que jamás hombre alguno ha pasado. Fue vista por Dios como el alma de un varón aprobado por Dios, de acuerdo a los paradigmas que Dios en su sola potestad ha dispuesto en sus tratos para con la humanidad.

El perfeccionamiento de nuestra alma

Pedro dice que Jesús nos dejó «ejemplo para que sigamos sus pisadas». Esto podría tomarse como una imitación de Cristo; sin embargo, es más profundo que esto. Seguir a Cristo según la revelación de la Palabra de Dios, es vivir en Cristo, por él y para él. El secreto es dejar que Cristo viva su vida en nosotros; de lo contrario la vida cristiana sería un mero ideal. Su vida nos llevará a experimentar las mismas vivencias por las que él pasó; por donde él anduvo andaremos nosotros porque es necesario que seamos probados en todas las cosas como él lo fue. Claro está que no todos son capaces de recibir esos tratos; para Pablo sería un honor llegar a ser semejante a Cristo en su muerte y eso era algo que él consideraba como el más excelente conocimiento de Cristo junto con los padecimientos y la vida de resurrección – todo esto según el capítulo 3 de Filipenses (Hay que considerar que la palabra *conocimiento* en la cultura hebrea no es conocimiento intelectual sino experimental).

Todo lo que se ha dicho nos lleva a pensar que si Dios determinó los padecimientos para perfeccionar el alma de Jesús, ¿cómo, y con mayor razón, no iba a determinar que padeciésemos juntamente con Cristo? La enseñanza de Pablo nos habla de nuestra muerte juntamente con Cristo y de nuestra resurrección juntamente con Cristo. De modo que está muy claro que es Dios quien ha determinado para nosotros los menosprecios, las injusticias, los abusos, los golpes, los sufrimientos causa-

La escuela de la disciplina de Dios –la vida en el contexto de la iglesia– es lo que Dios ha determinado para nuestro perfeccionamiento. Este es el ambiente donde aprendemos a perder la fuerza y la vida del alma hasta lograr un alma sumisa al espíritu, equilibrada y dispuesta para Dios.

dos por los mismos hermanos de la fe, y por todas las cosas que nos suceden. Todas ellas no están ajenas a la voluntad de Dios para nosotros.

Si para el Señor Jesús estaba determinada su pasada por este mundo en la forma ejemplar como se comportó y nuestra vida está incluida en Cristo, no podemos sustraernos de vivir lo mismo que nuestro Señor experimentó. Tal vez no en la misma intensidad, tal vez con otros matices, pero lo cierto es que Dios ha dispuesto cada detalle de la vida y de las personas que nos rodean para nuestra formación. No podemos enojarnos con los hermanos cuando nos causan problemas, porque al quejarnos lo haríamos contra Dios. ¿Estamos convencidos de esto? Es lo más difícil que se le puede pedir a un cristiano; en esto, nadie ha sido perfecto con excepción del alma preciosa de nuestro Señor Jesús. Todos hemos fallado, sin embargo nos llenamos de fe para creer que Dios

conseguiré lo que se ha propuesto con nosotros.

«Besaré la mano del que me hiera» decía Madame Guyon. Seguro que tenía comprensión de lo que estaba diciendo; su alma fue sometida con injusticia a dolorosos sufrimientos.

Pedro habla a los trabajadores para que soporten a los patrones difíciles y les dice que si hacen eso, merecerán aprobación (1 P. 2:18-19). Cualquier defensor de los derechos humanos se habría ido contra los amos o los patrones de hoy; cualquier político o persona con ideales políticos diría que eso lo arregla un buen gobierno con leyes justas para favorecer a los trabajadores. Sin embargo, eso no resolvería el problema del corazón del hombre. ¿Cómo un hombre rico puede ser transformado, de insoportable e injusto, en un hombre justo con sus empleados? A causa de los cristianos que están dispuestos a soportar sus injusticias, el hombre se preguntará: «¿Por qué este siervo es diferente a los demás?». La respuesta es: «Porque tiene a Cristo».

La Escritura dice que «esto merece aprobación». ¿Aprobación de quién? De Dios, quien espera que no reaccionemos a las injusticias como lo haría cualquiera que no tiene a Cristo, sino como quienes sufren las ofensas porque entienden que detrás de todo esto, Dios es quien entrena las almas para su perfeccionamiento. Tal vez más de alguien no verá el cambio en su patrón y sólo vea un acentuado aprovechamiento para sacarle más provecho al trabajador y hacerse más rico a costa de su servicio; no obstante, el siervo creyente sabe que no sir-

ve al ojo ni al hombre, sino a su Señor, y buscará la aprobación de Dios y no de los hombres – aunque nunca en esta vida vea la recompensa de su conducta. Pero sabemos que en la gran mayoría de los casos Dios bendice y enaltece al que se humilla – por no decir en todos los casos –, porque algunos pocos, si no son reconocidos aquí a causa de la injusticia de los hombres, serán ricamente recompensados por el Señor en el reino.

La iglesia, lugar escogido por Dios para perfeccionar el alma

¿Quiere que su alma sea perfeccionada? No piense que la educación humanista le ayudará. Eso tal vez le ayude a engrosar más y más su alma. La escuela de la disciplina de Dios, que es la vida en el contexto de la iglesia, eso lo que Dios ha determinado para nuestro perfeccionamiento. Este es el ambiente donde aprendemos a perder la fuerza y la vida del alma hasta lograr un alma sumisa al espíritu, equilibrada y dispuesta para Dios.

Algunos han pensado equivocadamente que al llegar al ambiente de la iglesia, llegan a un lugar de personas buenas y bien intencionadas, donde jamás hay problemas porque suponen que la gente que se reúne es gente perfecta. Ellos no saben que se necesitan más de 20 años de vida de iglesia para recién empezar a ver los frutos de la vida canjeada de Cristo por la de los creyentes. Se trata de una metamorfosis que requiere su tiempo. La llegada de la vida de Cristo al corazón de los creyentes es instantánea, pero la incorporación de esa vida a la vida de los creyentes requiere de un largo proceso.

Se nota mucho cuando alguien a recibido a Cristo porque lo primero que abandona son los vicios externos: el vino, el cigarrillo, las drogas, las groserías y así varias cosas que se pueden clasificar como externas. Pero hay otras tantas cosas defectuosas que en la medida que va pasando el tiempo van apareciendo; como, por ejemplo, el afán de liderazgo, el ser vistos, el deseo de reconocimiento y cosas como éstas, que son menos visibles.

En estos procesos el alma va siendo confrontada con su debilidad, aunque contrariamente el alma piensa que es fuerte, y no es sino hasta sufrir muchos golpes que aprende a quebrantarse y a humillarse delante de Dios, porque se da cuenta de su precariedad y busca la riqueza de Dios.

Sólo viviendo a Cristo en el contexto de la vida de iglesia es como uno llega al conocimiento de su propia realidad. Entonces se ve la pobreza del alma y su pequeñez, a la vez que su altivez, orgullo y entereza. A veces pensamos que hemos avanzado; sin embargo, a través de un nuevo fracaso, nos damos cuenta que en realidad hemos retrocedido. ¿Por qué nos pasa esto? Mientras estemos en este cuerpo y en las contingencias de esta vida,

el problema del pecado y la defección del alma no habrá sido resuelta del todo, pues la naturaleza pecadora nos perseguirá hasta que seamos revestidos de la gloria celestial. No obstante, la salvación de Dios es completa y perfecta aunque requiere tiempo para materializarse en nosotros. Tal vez el defecto más grande del alma es la independencia, por esto la solución es la vida corporativa. La soledad le hace más mal al alma, y sin embargo, se empecina en buscar su independencia. La defección del alma nos ayuda a ser humildes delante de Dios y de los hombres; nos torna mansos y dependientes de Dios y de los hermanos.

La iglesia es el lugar preparado por Dios para forjar las almas de los redimidos. Dios no ha permitido que ninguno de sus redimidos hasta ahora llegue a la perfección en esta vida. La historia de la iglesia en lo colectivo, y de los siervos de Dios en lo particular, es una historia de muchas defecciones; no obstante lo que ha sido de Dios ha sido notoriamente manifiesto. Lejos de desalentarnos, esto nos llena de fe, porque significa que Cristo es mucho más grande de lo que nosotros le hemos experimentado. Hay mucho, mucho más de Cristo aún por aprehender.

* * *

Una hábil estratagema

Pompeyo, cuando hubo asaltado en vano una ciudad y no pudo tomarla por la fuerza, se ingenió una estratagema, fingiendo la proposición de un pacto. Les dijo que abandonaría el sitio y haría paz con ellos con la condición de que dejaran entrar a unos pocos soldados débiles, enfermos y heridos para que los curaran. Ellos dejaron entrar a los soldados, y cuando la ciudad estaba segura, los soldados dejaron entrar al ejército de Pompeyo. Una seguridad carnal establecida va a permitir a todo el ejército de los deseos carnales en el alma.

Thomas Brooks

¿Por qué es tan difícil ser hombres y mujeres espirituales? ¿Por qué es tan común la experiencia contraria?

El alma

Rubén Chacón



Si es verdad que Dios nos ha predestinado a la filiación, es decir, a la calidad de hijos espirituales, y si es verdad que Dios ha hecho una obra tan grande y perfecta en nuestro espíritu, ¿por qué entonces es tan difícil ser hombres y mujeres espirituales? ¿Por qué es tan común la experiencia contraria? ¿Por qué en la casa de Dios abundan los carnales y no los espirituales? Responder estas preguntas nos obliga a tratar ahora el tema del alma. En efecto, *el problema no está en el espíritu, sino en el alma*. Y para entender el problema del alma necesitamos por una parte, considerar el proyecto original de Dios para el hombre y, por otra parte, atender a las consecuencias que la caída trajo al alma.

El proyecto original: lo que era desde el principio

Según el apóstol Juan, Jesucristo

es «*lo que era desde el principio*». Esta expresión significa que Jesucristo no solo es la Omega, sino también es la Alfa. Él no sólo es el último, sino también el primero. No solo es el fin, también es el principio. En ese principio, según Juan, él era el Verbo de vida (1 Jn. 1:1). Este *principio* se refiere al principio de la creación: «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios, y el Verbo era con Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida...*» (Jn. 1:1-4). Por lo tanto, lo que Juan nos está queriendo decir es que allá en el principio de todas las cosas, ya estaba presente el Verbo de Vida. Todo esto en una clara alusión, no sólo a la obra de la creación, sino también al árbol de la Vida presente en el huerto de Edén.

Se puede decir que Adán había sido

creado para el árbol de la Vida. Aunque Adán era una creación completa en cuanto ser humano, debía, no obstante, comer del árbol de la vida a fin de alcanzar el destino para el cual había sido creado. En definitiva, la vida humana tenía el sentido de ser un vaso para contener la vida divina. El hombre es la única criatura escogida por Dios para participar de la vida divina. Como toda criatura, el hombre, tendría la clase de vida correspondiente a su status; en este caso, vida humana. No obstante, y a diferencia de todas las demás clases de criaturas, el hombre podría además acceder a tener también la vida increada de Dios. De esta manera, el hombre podría vivir de dos posibles formas: Una, que no era el propósito de Dios, donde el hombre viviría desde sí mismo, esto es, desde su alma; y otra, donde el hombre viviría desde el Espíritu de Dios unido a su espíritu. La vida humana es, pues, esencialmente almática; la vida divina, en cambio, es absolutamente espiritual. ¿Cómo lo sabemos? Por el Nuevo Testamento. Pablo escribiendo a los corintios en su primera carta dijo: «*Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante*» (15:45). El postrer Adán, el Señor Jesucristo, alcanzó el nivel que Dios había diseñado para el hombre y que el primer Adán no alcanzó. La meta no era ser alma viviente, sino espíritu vivificante.

Por otra parte, con respecto a la vida divina, Pablo dijo: «*Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él*» (1 Cor. 6:17). Y en su carta a los Romanos agregó: «*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que*

somos hijos de Dios» (8:16). ¿Te das cuenta? En Romanos 8:10 declaró: «*Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia*».

Ahora bien, entendamos correctamente lo que hemos dicho hasta aquí. Dijimos que la vida humana estaba diseñada para ser un vaso que contuviera la vida divina. Pero en este caso, el vaso no es un vaso inerte. La vida humana cuenta, entre las principales facultades del alma, con voluntad propia, con mente y emociones. Por lo tanto, el diseño de Dios no consistía en la anulación del ser humano por medio de la vida divina, sino en la expresión de la vida de Dios por medio de la vida humana. Para este fin, la vida eterna sería impartida a la parte más íntima del ser humano: a su espíritu. Desde ahí, la vida de Dios, pasando a través del alma, se manifestaría en el hombre y a través de él. De esta manera, la vida del hombre sería divina en su fuente y humana en su medio. La realización del hombre sería, así, doble: plena en el ejercicio de su humanidad y consumada conforme al propósito de Dios. Esto es lo que precisamente queremos decir cuando la iglesia confiesa a Jesucristo como «verdadero Dios y verdadero hombre».

Desgraciadamente, el hombre no comió del árbol de la vida, mas comió del árbol de la ciencia del bien y del mal. Así, entró el pecado en la naturaleza humana y por él, la muerte. El hombre, en el ejercicio de su humanidad, había desobedecido y se quedaría por miles de años a medio camino. Él comenzó entonces a vivir por me-

dio de la única clase de vida de que disponía: comenzó a vivir por su alma. La primera consecuencia que el hombre comenzó a experimentar fue, entonces, su impotencia frente a las demandas de Dios. La segunda consecuencia que sufrió el hombre fue el daño que el pecado produjo a su alma: ésta sufrió un desequilibrio.

Las consecuencias que la caída trajo al alma del hombre

La impotencia del hombre

El árbol de la ciencia del bien y del mal representaba la justa y perfecta voluntad de Dios; simbolizaba las legítimas demandas de un Dios santo y justo. ¿Por qué, entonces, la sentencia hecha a Adán de que «el día que de él comieres, ciertamente morirás»? ¿Acaso es malo saber el bien y el mal? ¿No es precisamente esto lo que hacemos con nuestros hijos: enseñarles desde niños lo bueno y lo malo? ¿Dónde estaba, pues, el problema? El problema no estaba en el árbol mismo, sino en el hombre. Pablo dice que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno (Rm. 7:12).

El problema era el siguiente: ¿Cómo podría el hombre cumplir demandas divinas sin la vida de Dios en él? Porque una cosa es saber el bien y el mal, y otra muy distinta, es hacer el bien y evitar el mal. El árbol de la ciencia del bien y del mal le trajo la muerte a Adán porque éste, sin la vida de Dios en él, fue en definitiva completamente impotente para cumplir las demandas de Dios. Y desde ese mismo día en adelante, el hombre ha fracasado una y otra vez en dicho intento. La fuerza de voluntad, el empeño

y las buenas intenciones no han sido suficientes para lograr agradar a Dios. Más bien, la desobediencia ha sido nuestra experiencia y la paga del pecado ha sido la muerte. Cuando Adán comió del árbol del conocimiento del bien y del mal, aunque fue como Dios en cuanto a saber el bien y el mal (Gn. 3:22), no obstante, murió en su impotencia por guardar las demandas justas y legítimas de un Dios santo. Y aun cuando eventualmente el hombre logra hacer el bien y evitar el mal, aun en ese caso, no agrada a Dios porque cada vez que actúa en sus fuerzas, el yo, que está detrás de todas sus acciones, siempre busca su exaltación y su gloria (cf. Ef. 2:9).

El proyecto de Dios era que Adán viviera por el árbol de la Vida y no por el árbol de la ética y la moral. El hombre viviría por la Vida; ni siquiera por el Bien. Si el hombre hubiese comido del árbol de la Vida, su relación con Dios no habría sido a través de un código moral, sino por medio de una vida común. La relación sería de comunión, de participación, de compañerismo y de amor. Así, Dios sería agradado espontánea y connaturalmente, porque *las demandas divinas son absolutamente connaturales a la vida divina; no así a la naturaleza humana*. Andar por el ser no es lo mismo que andar por el deber.

El alma del hombre

La segunda consecuencia que sufrió el hombre, fue que su alma se desarrolló hasta límites no deseados, transformándose en un alma autónoma; su espíritu, anulado o muerto por el pecado, desapareció de la escena y

el alma, en lugar de ser un dócil instrumento del espíritu, se desequilibró y el pecado tomó absoluto control del hombre y se enseñoreó de él. Así el alma no llegó a ser sierva del espíritu, sino esclava del pecado. El alma, entonces, yendo más allá de su función, intentó una y otra vez religar al hombre con Dios, pero fracasó. Lo único que logró el alma, una vez desconectada del espíritu, fue agrandar excesivamente sus facultades: una voluntad férrea, una mente que todo lo intelectualiza y emociones que dominan completamente al hombre. De esta manera, el alma se «perdió» y quedó necesitada de salvación (Mr. 8:35, 36).

La salvación del alma

La salvación del alma comprendería entonces, no sólo la purificación de todos sus pecados, sino también su regulación. *Debía ser salvada no sólo del pecado, sino además de sí misma.* Del primer aspecto dan cuenta los siguientes versículos: «*Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu*» (1ª P. 1:22). «*...obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas*» (1ª P. 1:9). «*...sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados*» (Stgo. 5:20). «*Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma*» (Hb. 10:39).

Al segundo aspecto de la salvación del alma, esto es, a su regulación, se refieren los siguientes textos: «*El que halla su vida (alma), la perderá; y el que pierde su vida (alma) por causa*

de mí, la hallará» (Mt. 10:39). «*Porque todo el que quiera salvar su vida (alma), la perderá; y todo el que pierda su vida (alma) por causa de mí y del evangelio, la salvará*» (Mr. 8:35). «*Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida (alma), no puede ser mi discípulo*» (Lc. 14:26). Pero, ¿qué es esto de perder el alma para entonces salvarla? ¿En qué consiste aborrecer el alma? En el contexto de los textos citados se afirma que consiste en tomar la cruz y seguir en pos de Cristo. ¿Y qué es tomar la cruz? Negarse a sí mismo, morir.

Morir para vivir

Jesucristo es lo que era desde el principio. Él es el árbol de la Vida. Por lo tanto, cuando vinimos a Cristo y creímos en él, nuestro espíritu no sólo fue vivificado, sino que lo fue con la mismísima vida de Dios. De manera que, si bien nuestro cuerpo está muerto a causa del pecado, el espíritu vive a causa de la justicia. Pero, ¿qué pasó con nuestra alma? Nuestra alma, aunque purificada, perdonada y salvada, permaneció agrandada y desubicada. La figura que usó Jesús, para explicar la situación que le ocurre al alma, fue la del grano de trigo. Un grano o semilla contiene increíblemente la vida en su interior. No obstante, por la dureza de la cáscara, la vida no tiene ninguna posibilidad de manifestarse, a menos que la semilla sea enterrada y la cáscara se pudra. Entonces, maravillosamente surge la vida, que es capaz de manifestar una nueva creación.

Ahora bien, la cáscara es el alma.

Lo que hace que una determinada obra sea espiritual o carnal, no es la obra en sí, sino la fuente desde donde nace.

Ella, por el pecado, adquirió tal autonomía y despliegue que es prácticamente infranqueable para el espíritu. Ella necesita ser regulada, aquietada, tranquilizada, domada y domesticada. En definitiva, el alma necesita ser quebrantada. Para ello debe morir: La cruz de Cristo debe ser aplicada a ella. Lograr esto, aunque pareciera lo contrario, le tomará mucho tiempo y trabajo a Dios. Más aún, él tendrá que obrar desde adentro y desde afuera para lograr tal cometido. Desde adentro el Espíritu Santo aplicará al alma la cruz de Cristo; y desde afuera, los padecimientos producidos por las circunstancias de la vida buscarán poco a poco hacer espacio en nuestra alma, a fin de que la vida de Dios pueda fluir a través de ella. Nuestra alma debe ser herida una y otra vez bajo la disciplina del Espíritu Santo. Es como un dique que, para poder dejar salir agua, debe ser resquebrajado. Y es precisamente a través de esas grietas por donde comenzará a fluir el espíritu.

Sin este quebrantamiento no hay ninguna posibilidad de que nuestro servicio llegue a ser espiritual. ¡Qué terrible es pensar que aun nuestro servicio a Dios puede ser un mero despliegue del alma! Predicar, orar, cantar, evangelizar, etc., pueden ser acciones completamente carnales. Lo

que hace que una determinada obra sea espiritual o carnal, no es la obra en sí, sino la fuente desde donde se hace. Jesús dijo que: «*Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*» (Jn. 3:6). Por eso Pablo, escribiendo a los romanos, dijo: «*Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu*» (1:9). Y en su carta a los filipenses escribió: «*Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios... no teniendo confianza en la carne*» (3:3).

Los sufrimientos¹

«Querido Rubén:

¿Qué propósito tendrá esta enfermedad en la vida de Raúl? ¿Qué propósito tuvo en la vida de María Elena o en ti? Perdona las preguntas tan infantiles, pero ayúdame a entender, los procesos de Dios.

Es impactante saber que a un hermano tan lleno de vida y tan joven le ocurra esto. Como a Juan el Bautista le ocurrió aquello también. Por lo menos supe la opinión de Jesús: «Bienaventurado el que no halle tropiezo en mí». Esperando tu respuesta me despido. Quien te ama en Cristo... Norton

Con respecto a tu pregunta, creo que consultar por el propósito que tiene la enfermedad de Raúl para su vida, es preguntar, en el fondo, por el propósito que tiene el sufrimiento en la vida del cristiano. Las respuestas pueden ser variadas. Comúnmente respondemos que «es para que el Señor se glorifique». Y lo que queremos decir con ello es que el Señor mostrará su poder sanador. Otros, con aquella

¹ Correspondencia con un hermano.

expresión, queremos decir que la enfermedad, o en general cualquier sufrimiento, es para que el cuerpo de Cristo despierte y se manifieste. Esto se logra ya sea que el enfermo sane o muera. A veces se logran las dos cosas. Pero hay algo que para mí es la razón más importante del por qué del sufrimiento. Jesucristo, aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado... (Hb. 5:8-9a). En otras palabras, Jesucristo, gracias al sufrimiento, pudo desplegar y manifestar la clase de vida que había en él. Aunque su alma no necesitaba ser quebrantada como los demás hombres, no obstante, para que las virtudes de la vida divina se manifestaran en él y a través de él, el Padre lo sometió a padecimiento. Este es el caso con respecto a la obediencia. La obediencia no es nunca el fruto del esfuerzo humano; es fruto exclusivo de la vida divina. Por lo tanto, Jesucristo expuesto a los mismos sufrimientos humanos que los demás, pudo, sin embargo, responder de una forma completamente diferente y nueva. De esta manera, la vida divina se expresaba en medio de la contingencia humana; donde otros siempre desobedecieron, él obedeció.

La vida humana no es apta para producir obediencia, así como la vida animal no es apta para razonar. Por eso, aunque Adán era una creación completa en cuanto ser humano, debía, no obstante, comer del árbol de la vida, que no era otra cosa que acceder a la clase de vida que Dios tiene. Sólo ella en nosotros podría corresponder

a Dios con la obediencia debida. Por lo tanto, si nuestro Señor Jesucristo necesitó del sufrimiento para que la vida de Dios que estaba en él se manifestara, ¿cuánto más nosotros? Hebreos 2:10 dice que Jesucristo fue perfeccionado por medio de las aflicciones. ¿Te das cuenta? Si algo fue necesario para Jesucristo, para nosotros cien veces más.

El sufrimiento tiene en nuestro caso un objetivo muy noble: quebrantar nuestra alma para que se vuelva un instrumento dócil al espíritu, donde mora el Espíritu Santo. Jesús habló claramente de «perder el alma» y de «aborrecer el alma en este mundo» (Jn. 12:25). Esto es fundamental para que la vida divina en nosotros —que es Cristo— pueda fluir libremente en y desde nosotros. Y el único instrumento que lo puede lograr es la cruz. «Aborrecer el alma» es lo que dijo Jesús: «no puede el Hijo hacer nada por sí mismo» o «...nada desde sí mismo». ¡Cómo llegar al día en que no hagamos *nada* por nosotros mismos! La verdad es que para esto no es mucho lo que podemos hacer. Esto es casi obra exclusiva de Él. Pero si te das cuenta, a propósito de Raúl, Dios lo hace y lo está haciendo permanentemente. Pero nosotros ni siquiera podemos desear sufrir. ¿A quién le gusta sufrir?

Lo único que podemos hacer es entender su importancia y rogar como Jesús: «...pero no mi voluntad, sino la tuya». Pareciera que ni renegar del sufrimiento lo evita; eso sí lo hace más insoportable».

LA PIEDRA HERIDA

El Señor Jesús es la piedra que desecharon los edificadores, la cual Dios convirtió en la principal piedra del ángulo de su edificación (Mt. 21:42). Una piedra angular es la piedra que sostiene un edificio, la que le da consistencia y firmeza.

Cuando Israel caminaba en el desierto, y tuvo sed, Dios les dio de beber de una Roca. Contra toda lógica, la provisión del vital líquido no provino de una fuente de un oasis, sino de una roca, de una roca que los seguía (1ª Cor. 10:4). Esta roca fue herida por Moisés con la vara, para significar de esa manera que el Hijo de Dios sería herido también. (Ex. 17:6). Dios estaba anunciando así que daría de beber al mundo por medio de su Hijo herido en la cruz.

Pero no sólo allí. El Señor Jesús fue herido desde el primer día que habitó en el mundo, pues el mundo no le recibió. Tempranamente Herodes quiso destruirlo; y así durante toda su vida fue hostilizado, hasta que finalmente, en la cruz del Calvario, su cuerpo fue herido en multitud de partes, para que de ella manara la bendita agua de vida. El acto de Moisés al golpear la Roca fue así una profecía perfectamente cumplida en Cristo.

Sin embargo, no sólo la piedra angular del edificio de Dios es una piedra herida; también lo son los hombres y mujeres que son puestos sobre ella. «*El que cayere sobre ella será quebrantado...*», dijo el Señor (Mt. 21:44). Tal como es Cristo, también los que son de Cristo. La edificación de Dios la conforman una piedra herida en su base, y muchas piedras heridas en su superestructura.

Estas son las piedras vivas de las que habla el apóstol Pedro. Si estamos vivos para Dios, si hemos de ser contados para la edificación de Dios, tenemos que recibir los mismos tratos que recibió nuestro Señor – aunque en un grado infinitamente menor que él. Hombres y mujeres quebrantados, como aquel «*varón de dolores, experimentado en quebranto...*» (Is. 53:3). Hombres y mujeres parecidos a aquel precioso Varón en el cual Dios tiene perfecto contentamiento.

Una Piedra herida. ¡Qué maravilloso contraste! ¡Qué preciosa paradoja! La firmeza de una roca y la fragilidad de la herida. La solidez de una piedra angular convertida en fuente de agua de vida. Esa asombrosa mezcla ha asombrado al mundo, y no sólo a ellos – también a los que por estos días son quebrantados para ser como él.

Debido a la caída, el hombre es hoy una especie distinta de la que Dios creó.

Una especie distinta



T. Austin-Sparks

Lo dicho más arriba puede parecer un poco alarmante, pero será bueno para nosotros comprender, desde el primer momento, que estamos tratando con un asunto del carácter más serio. No es que simplemente el hombre tuvo un desliz en algún punto, tomó un giro equivocado, y se convirtió en un delincuente u ofensor. Tampoco es que sólo se convirtió en un pecador, o incluso en una criatura pecaminosa. Todo esto puede ser verdad, pero no es *toda* la verdad. El hombre no está meramente en el camino equivocado, y en la necesidad de ser re-direccionado, o puesto en el

camino correcto. Tampoco es el hombre una simple víctima de un humor maligno, o un fugitivo de la ley todavía libre, que va sembrando malezas, alienado de lo mejor de sí mismo. La restauración del hombre para Dios, su divina vocación, propósito y destino, no es simplemente la transferencia de sus intereses y energías desde una dirección —el yo, el pecado y el mundo— hacia otra —Dios, lo bueno, y el cielo. Cuando Cristo, hablando del hijo pródigo, usó las palabras, «volviendo en sí mismo», no quiso decir que tan sólo recordó y se volvió de un curso distinto. En la Escritura hay una eviden-

cia apabullante de que la salvación es infinitamente más radical que todo esto.

Aquí es donde yace el defecto fatal de tanto esfuerzo evangélico, e incluso de las convenciones ministeriales. Rendición, consagración, entrega, y palabras o términos como estos, se usan como si quisieran decir mucho más que el paso inicial, el primero, que representa tan sólo la toma de una actitud. *Dios no quiere, y la Biblia no lo enseña, que el «viejo hombre» sea consagrado a él.* ¡El «viejo hombre» tiene que ser crucificado, no consagrado! Cuán a menudo los jóvenes son exhortados a consagrar al Señor sus habilidades, talentos, energías y entusiasmo, como en el himno:

*«Joven, fuerte y libre;
seré lo mejor que puedo ser,
para Dios, la justicia y...»*

Pero, en el largo camino, descubren una fatal carencia, falla e incompetencia, la prueba más grande de lo que es en sí mismo el movimiento de «convenciones cristianas». Este movimiento está en constante crecimiento, y año tras año, en todas partes del mundo, cientos de miles de *cristianos* desilusionados se reúnen con la perspectiva de encontrar una solución al problema de la vida no victoriosa, o el servicio inefectivo. Aquellos que tenemos algo

El alma humana ha sido envenenada con intereses auto referentes, y se ha convertido en aliada de los poderes que se oponen a Dios.

que ver con las convenciones o conferencias, no podemos sonreír ante esas grandes audiencias y hablar sobre ellas como si representaran un gran éxito, en lugar de poner de manifiesto la más grande y dolorosa de las tragedias. Si los mensajes compartidos tienen que ser tomados como indicadores del objetivo de esas convenciones, entonces no hay ninguna duda de lo que acabamos de decir.¹

No obstante, este es el lado negativo del asunto, y debemos venir al positivo. No es un cambio de lado, intereses, o dirección; tampoco un llamado a reavivar la energía y el celo. Nada menos que un cambio en la constitución misma del ser responderá los interrogantes y llenará la necesidad. Traer las habilidades naturales (heredadas o adquiridas) hacia las cosas de Dios, y hacerlas la base o el medio para hacer su obra, es la forma más cierta e inevitable de poner al obrero y la obra en una posición falsa, la cual, tarde o temprano, traerá consigo las más serias concesiones y desastrosos resultados concebibles.

Antes de que podamos movernos de regreso hacia el principio y ver lo que sucedió con el hombre, hay una cosa a tener en mente: es importante que los asuntos de la verdad divina no sean tomados meramente en sí mismos, como temas aislados, sino que su pleno alcance y relevancia sean siempre reconocidos. La verdad es un todo. No hay en las Escrituras un plural para la verdad, esto es, «verdades»,

¹ Por cierto, reconocemos otro aspecto de las Convenciones Cristianas, que es una feliz comunión. Pero nos estamos refiriendo al objetivo original y aún explícito de tales convenciones.

sino aspectos de *la* verdad; y ninguno de ellos puede mantenerse por sí solo. Es esencial observar el comienzo, la ocasión, y el asunto último de cada fase de la verdad.

Luego, se debe recordar definitivamente que, en la Escritura, la verdad es progresiva. En las etapas tempranas, las cosas no se declaran de una forma completa o precisa, pero hay mucho que puede ser inferido a partir de ellas. Sólo cuando avanzamos hacia el fin, obtenemos declaraciones más plenas, a la luz de las cuales todo lo anterior debe ser considerado. Como ejemplo, consideremos la doctrina de la Trinidad Divina. No es sino hasta el tiempo de Cristo que la tenemos total y definitivamente revelada en el evangelio de Juan (Capítulos 14-16); aunque, no conocida experimentalmente sino hasta el advenimiento del Espíritu Santo. Entonces, esto mismo ocurre con el asunto que estamos considerando. La naturaleza del ser humano, como espíritu, alma y cuerpo, no se declara de manera definitiva hasta que estamos bien adentro del Nuevo Testamento. Pero existen suficientes inferencias, como también frecuentes expresiones fragmentarias al respecto, desde mucho antes. La explicación de esta tardanza es una parte vital de todo nuestro asunto, porque significa que, hasta que el Espíritu Santo more realmente dentro de él —con todo lo que ello implica— no es posible para el hombre conocer las cosas de Dios de una manera adecuada y vital. De allí la futilidad de hacer de la Biblia un libro de estudio o un manual con temas a ser estudiados como tales. Así que ahora, con la re-

velación más plena del Nuevo Testamento delante de nosotros, podemos regresar nuevamente al principio.

Creación y constitución del hombre

Cuando, con ojos iluminados, vemos de verdad al *Hombre*, Jesucristo, y lo que realmente es un hijo de Dios en el Nuevo Testamento, también entendemos dos cosas: en primer lugar, cómo era el hombre según Dios desde el principio, y cuál es el cambio fundamental representado por un hombre verdaderamente renacido. En cuanto a su constitución, vemos que él era, y es, espíritu, alma y cuerpo. Pero, decir esto es sólo la mitad del asunto. Esto es un hecho en cuanto a las partes constitutivas del hombre. La otra mitad es aquella que representa su *orden y función*. Fue en el descalabro de este orden cuando dicha función resultó mortalmente afectada y el hombre se convirtió en algo enteramente diferente de lo que Dios quería que fuera.

Ya hemos dicho, en pocas palabras, cuál es la función del espíritu humano, pero se requiere más.

La función del espíritu humano

El factor predominante es que Dios es Espíritu (Jn. 4:24). A lo cual siguen ciertas cosas: «*Linaje suyo somos*» (Hch. 17:28-29); él es «*el Padre de nuestros espíritus*» (Hb. 12:9).

Es una ley invariable que «*lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*» (Jn. 3:6). Luego, el hombre es linaje o descendencia de Dios solamente en su espíritu. La paternidad presupone descendencia; pues no hay paternidad sin

descendencia. Dios es Espíritu. Dios también es Padre. La ley invariable de la descendencia demanda un progenitor espiritual para un linaje espiritual. Pero, como Padre –diferente de Creador– Dios es solamente el Padre de nuestros espíritus.

Dios no es un alma. Esto se verá con más detalle cuando tratemos las funciones del alma. Por tanto, Dios no es el Padre de nuestras almas. Dios no es un cuerpo. Por consiguiente, nuestros cuerpos no fueron engendrados por Dios, sino creados. La Palabra de Dios es clara y enfática al afirmar que sólo el espíritu puede conocer al espíritu (1 Co. 2:9-11). Esta es la razón por la cual los discípulos de Cristo no lo conocieron en una forma viviente y verdadera hasta que algo sucedió en ellos, y el Espíritu Santo se unió a sí mismo con sus espíritus. Y siempre ocurre así.

Sólo el espíritu puede adorar en Espíritu (Jn. 4:23-24; Fl. 3:3). En la Escritura anterior las palabras «verdadero» y «verdad» poseen una marcada distinción. Si el alma es –como los psicólogos enseñan– el reino de la razón, la voluntad y las emociones, con seguridad los adoradores de entre los judíos y los samaritanos no carecían de ellas. ¿Sería suficientemente justo decir que aquello fue tan mecánico y sin sentido como para no tener ni siquiera un sentimiento o siquiera un sentido animal consigo? Pero, concedidos todos los sentimientos, razón y voluntad posibles, ello aún sería algo enteramente distinto de lo que Cristo quiso decir por «verdadero». ¡Porque el alma es alma y el espíritu es espíritu todavía! Sólo el espíritu puede ser-

vir al Espíritu (Ro. 1:9; 7:9; 12:11). Sólo el espíritu puede recibir la revelación de Dios, que es Espíritu (Ap. 1:10; 1 Co. 2:10). Debemos retornar sobre esto más tarde. Pero ahora necesitamos comprender que Dios determinó tener todos sus tratos con el hombre, y cumplir todo su propósito por medio del hombre, a través de aquello que en el hombre está de acuerdo con su propia semejanza, esto es, su espíritu. Pero este espíritu, para servir a las intenciones divinas, debe mantenerse en una unión viviente con Dios mismo, y en ningún momento infringir las leyes de su divina unión, cruzando hacia el otro lado para tomar consejo o ser influenciado por su propia alma o vida autoconsciente – su razón, deseo o voluntad– como algo independiente.

Esto va al corazón de la tentación de Nuestro Señor, como también al de la tentación de Adán. Cuando esto ocurrió en el caso de Adán, entró la muerte; y la naturaleza de la muerte, en el significado escritural de la palabra, es la cesación de la unión del espíritu con Dios. Esto no quiere decir que el hombre no tuvo más un espíritu, pero sí que el dominio del espíritu se rindió al alma. Esto está confirmado por toda la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el hombre espiritual, con 1ª de Corintios 2:11-16 como ejemplo.

Naturaleza de la tentación adámica

Quisiéramos expresar brevemente lo que está en el corazón de la tentación. El hombre poseía una unión con Dios en espíritu, pero a condición de mantener todas las cosas relacionadas con Dios y en dependencia de

Dios. Su conocimiento y su poder debían ser esencialmente espirituales, mientras que el absoluto gobierno y señorío de su vida debían descansar en Dios. Esto se hacía posible por medio del órgano del espíritu y su función de mantener con Dios una relación espiritual.

La tentación estaba en la posibilidad de tener todo en sí mismo. Esto, se sugiere, era posible pues el hombre podía ser una criatura autogobernada, autosuficiente, dueña de sí misma e independiente. Para alcanzar ese fin era inútil apelar al espíritu del hombre, porque esto precisamente implicaba que el asunto sería referido a Dios. Así que, el órgano de la autoconciencia debía ser abordado. La razón, el deseo y la voluntad —las facultades del alma— fueron asaltadas. En lugar de permitir que su espíritu introdujera a Dios en el asunto, el hombre actuó independientemente, con las más terribles consecuencias que se puedan imaginar.

En primer lugar, Dios fue puesto a un lado en su absoluto gobierno y señorío sobre el hombre, y su lugar fue entregado a Satanás, como uno a quien se debía prestar más atención que a Dios. Esto es lo que Satanás deseaba sobre todas las cosas, ser «*el dios de este siglo*».

Luego, el espíritu del hombre, habiendo sido violado tan seriamente, dejó de ser el vínculo entre el hombre y Dios. La comunión con Dios, que es siempre espiritual, fue destruida, y el espíritu se subyugó bajo la sujeción del alma humana. En todo lo que concierne al hombre, éste murió para Dios. «...muertos en... delitos y peca-

dos» (Ef. 2:1). Por consiguiente, el alma vino a dominar al espíritu.

Entonces, otra vez —como si todo esto no fuera ya suficientemente malo— en un acto de fornicación espiritual, este espíritu nupcial que debía ser desposado con Dios, fue usado por el hombre para permitir la entrada de elementos satánicos, los cuales son algo adicional y añadido al alma, pero —desde la caída— tan parte de ella, que Dios los considera como una sola cosa con el hombre no regenerado. Esto es lo que quiere decir el término «carnal» en el Nuevo Testamento. Así, podemos ver que el hombre se ha convertido en una especie enteramente distinta de la que Dios deseaba. La diferencia principal está en que él es ahora, de manera prominente, un hombre-alma antes que un hombre-espíritu.

No se requiere mucha inteligencia para ver cómo la totalidad de esta creación es ahora un orden del alma. La totalidad del sistema que está en marcha en este mundo es de carácter psicológico. Todo está basado en el deseo, las emociones, los sentimientos, los razonamientos, los argumentos, la voluntad, la elección y la determinación personal. ¡Qué amplio es el campo sostenido por las distintas formas de actividad del alma! En una dirección tenemos el temor, la pena, la compasión, la curiosidad, el orgullo, el placer, la admiración, la vergüenza, la sorpresa, el amor, el remordimiento, la excitación, etc.; en otra dirección, la imaginación, la timidez, la fantasía, la duda, la introspección, la superstición, el análisis, los razonamientos, las investigaciones, etc.; en una tercera dirección, el deseo de tener posesio-

nes, el conocimiento, el poder, la influencia, la posición, la alabanza, la sociedad, la libertad, etc.; y, aún en otra dirección, la determinación, la seguridad, el coraje, la independencia, la resistencia, el impulso, el capricho, la indecisión, la obstinación, etc. No estamos diciendo que todo esto está equivocado. Pero que, en estas cosas, las cuales son todas formas de vida del alma, podemos ver que vivimos en un mundo que es casi enteramente un mundo del alma.

Pero no nos detendremos aquí. Piense en cuánto de esto tiene lugar en la vida y el servicio cristiano: Desde el primer paso en relación con el evangelio, y a través de todo el curso de la actividad cristiana. Aquí es donde pedimos paciencia en la prosecución de nuestro tema, tras hacer la tremenda afirmación de que todo esto — la suma total de los razonamientos, los sentimientos y la voluntad humana— pudiera ser colocado a cuenta de la salvación, ya sea a nuestro favor o el de otros, y ser todavía algo completamente infructífero, y que «no cuenta» en realidad para nada.

Una gran cantidad de gente ha llegado a considerarse a sí misma, e incluso a ser considerada por otros, como cristiana debido a una decisión o a un paso tomado bajo el impacto de un argumento, un razonamiento, o a una apelación a la mente, o a las emociones. Del mismo modo, las grandes reuniones misioneras, con toda su atmósfera, sus relatos y sus llamamientos, han llevado a muchos a creer que tienen un llamado de Dios para el servicio. Pero el tiempo ha probado, en la gran mayoría de los casos,

que esto no había nacido del Espíritu, sino del esfuerzo del alma humana. No estamos diciendo que Dios nunca se manifiesta, o usa su Palabra en tales ocasiones, pero tenemos que explicar hechos trágicos y corregir falacias populares.

El alma del hombre es compleja y peligrosa, y también capaz de cosas extraordinarias. Ella, tal como veremos, puede extraviarnos por completo y tendernos muchas trampas. El hombre es ahora una criatura desequilibrada y desordenada. Y debemos recordar que la creación, incluyendo al hombre, ha sido deliberadamente sujeta a vanidad por causa de ese desequilibrio. Es decir, se ha vuelto incapaz de realizar el destino deseado originalmente, o de llegar a una plena fructificación. Porque, para el hombre no regenerado, la vida es en verdad una burla, pues nunca puede alcanzar el objetivo deseado. Esta es la respuesta de Dios a su intento por poseer todo en sí mismo, con total independencia (Ro. 8:19-23).

Hay ciertas interrogantes que se levantarán a partir de lo que hemos estado diciendo. Una de ellas tendrá que ver con el lugar donde se verificó la caída de Adán durante su período de prueba. Otra, se ocupará de la fórmula creativa. Una tercera, con el lugar correcto del alma. Y una cuarta, se levantará en conexión con la psicología más actual. Consideremos esto.

La prueba de Adán

Es importante comprender que, aún cuando fue creado inocente y sin pecado, Adán no era tan perfecto como Dios deseaba que fuera. Algo debía

serle agregado si es que iba a lograr todo lo que Dios quería en cuanto a su naturaleza y destino. El vínculo con Dios por medio de su espíritu incluía una potencialidad o posibilidad, no una unidad final y absoluta. Así pues, él tenía que obedecer a Dios a lo largo de una línea de mandamientos u órdenes, antes en una posición de siervo que de hijo; si se nos permite usar la distinción neotestamentaria entre un «niño» y un «hijo», para expresar la diferencia entre uno que ha nacido y uno que ha llegado a la madurez. Aquello que, en el caso de Adán, habría provocado el gran avance desde la posición inicial, de la niñez a la madurez filial, de un gobierno exterior hacia uno interior, y de lo incompleto a lo completo, era la vida eterna por medio de la obediencia de la fe.

Por tanto, en este punto el completo significado del árbol de la vida toma su lugar. Este árbol era un tipo de Dios manifestado en Cristo, como la vida por cuyo único intermedio se alcanza el destino deseado: compartir la vida y la naturaleza divinas. Por causa de su incredulidad y desobediencia, Adán no obtuvo la vida eterna; y en consecuencia, esa vida está reservada para todos los que creen en el Señor Jesucristo, y están de este modo en Cristo, y tienen a Cristo también ellos. «*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*» (Col. 1:27). En la vida eterna se encuentra todo el secreto del propósito eterno de Dios en y a través del hombre.

Luego, se debe tener en mente que la vida eterna es un don. La razón principal para decir esto es contrarrestar otro error. Hay dos interpretaciones del

nuevo nacimiento, una verdadera, y la otra, una hermosa mentira que distorsiona la verdad. Esta última interpretación pretende que la vida espiritual es una especie de renacimiento, un reavivamiento interior suscitado por el concurso de ciertas fuerzas místicas que revolotean alrededor del alma y la reaniman de su letargo, tal como el sol de primavera despierta la semillas dormidas, reactivando fuerzas previamente existentes aunque adormecidas: la elevación de lo que ya se posee hacia un plano más alto, y el consiguiente desbordamiento de dimensiones desconocidas e inanimadas hasta ese momento, habitadas por fuerzas y funciones que de inmediato liberan y vinculan la conciencia interior y el servicio exterior. La otra, y verdadera interpretación, es que el nuevo nacimiento es la recepción de una vida enteramente nueva y diferente, que requiere ser generada desde arriba por un acto de fecundación divina: una fundación nueva y original, que nunca antes ha sido vista en nuestra vida humana, y que permanece como una clase de vida completamente diferente, no poseída por naturaleza sino obtenida por un acto único y milagroso de generación, al igual que Cristo en María.

Puesto que cada error incluye algún elemento de verdad, algo así como un zarpazo para atrapar su presa, también el error que ha sido mencionado obtiene su presa gracias al fracaso en discriminar entre tres cosas: la primera, el alma; la segunda, el espíritu; y la tercera, la vida eterna. La vida eterna levanta al espíritu de la muerte y energiza el alma. Pero, ni el alma, ni

el espíritu son de alguna utilidad en relación con Dios –hasta donde está implicado el destino que Dios desea para el hombre– aparte de aquella clase enteramente distinta de vida que es la vida eterna. Esta vida es el mismo Dios en Cristo, por medio del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es «*el Espíritu de Vida*» (Ro. 8:2), y la vida divina, incluso cuando ha venido a morar en el creyente, permanece aún retenida en su divina persona. «*Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo*» (1 Jn. 5:11). La presencia de Dios en el creyente o en la iglesia se expresa por medio de la vida. A fin de que Adán no pudiera actuar con el objetivo de tener vida aparte de Dios, el árbol de la vida fue deliberadamente protegido y escondido de él. El simbolismo es claro. Se trata de algo tan distinto del hombre –tan divino– que sólo puede ser poseído por medio de la unión en espíritu con Dios.

Todo esto recoge en sí una gran parte de la verdad neotestamentaria con respecto a la vida, tentación, muerte y resurrección representativas de Cristo, y también lo concerniente a la naturaleza del nuevo nacimiento y la vida del creyente.

Ha sido observado que la inocencia de Adán era algo negativo. Esto puede ser verdad también con relación a su falta de pecado. Y pudiera, en un sentido, arrojar alguna luz sobre el período de prueba del Señor, si bien decimos esto con alguna reserva, pues no quisiéramos hacer de esto una divergencia que luego necesitemos explicar.

La santidad es positiva, y la inocencia de Adán estaba acompañada

por una capacidad para la santidad. En el caso del hombre, la santidad es el resultado de la fidelidad bajo la prueba. Este puede ser probado en un estado de inocencia, pero la esencia misma de la prueba está en su capacidad para elegir entre dos cursos, el suyo y el de Dios.

La fe, la obediencia, la lealtad a Dios, el resistir el mal recurriendo a Dios, produce un estado positivo que es algo más que la inocencia, por ejemplo, es más que el hecho de no haber pecado todavía de una manera específica. La facultad que gobierna y regula este proceso es el espíritu. Así que, se trata de la santidad espiritual o la debilidad espiritual. Ambas representan, respectivamente, una relación con Dios y el Espíritu Santo, o con Satanás y los espíritus malignos. Aquí podemos ver cuál fue la prueba y el fracaso de Adán.

La fórmula creativa (Génesis 2:7)

Al emplear la declaración relativa a la constitución del hombre en Génesis 2:7, quisiéramos recordar lo que se ha dicho sobre el carácter progresivo de la revelación. Porque aquí tenemos un ejemplo preciso de cosas que están aún en su forma germinal en su primera referencia bíblica, y que necesitan el reflejo de una luz más plena y ulterior. No queremos decir que este pasaje contiene una aseveración positiva, sino más bien una implicación. Más adelante, las Escrituras confirmarán dicha implicación. Se debe notar que no estamos tratando con el relato sobre el hombre de Génesis 1:26, que describe más bien la intención divina, y no la situación real. Esto es, su lugar

y oficio antes que su ser. Aquí está Génesis 2:7: «*Y el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vidas*²; y el hombre llegó a ser un alma viviente».

En la superficie, la declaración parece contradecir todo lo que estamos diciendo, y dar soporte al argumento de que el hombre es dual o bipartito.

Si pasamos hasta la cita exacta que Pablo hace de este pasaje en 1^a de Corintios 15:45, encontramos que se la usa para describir la diferencia entre el primer Adán y el último Adán. El primero fue hecho un «alma viviente», el postrero, un «espíritu que da vida». Esto nos ayudará. Pero, primero, notemos la síntesis, donde hay tres elementos:

1) El elemento material: «el polvo de la tierra».

2) El factor formativo: «el aliento de vidas».

3) El asunto final: «el hombre llegó a ser un alma viviente».

No necesitamos discutir lo primero. La mayoría de la gente acepta el lado material del ser humano. «Adán», del hebreo *adama*, significa «de la tierra» (también incluye un aspecto del color: tierra *roja*).

El segundo punto nos trae inmediatamente a nuestro tema presente. Aquí tenemos dos lados o aspectos:

a) «El Señor Dios» – Aquel que realiza.

b) «El aliento de vidas» – el medio que utiliza.

Creación y emanación no deben ser confundidas. Cuando se enfoca la parte animal, no se dice nada que pudiera dar soporte a la idea de que existe una unidad de naturaleza entre lo creado y el Creador. Pero, cuando consideramos la parte del ser humano donde éste es la imagen y la semejanza de Dios, encontramos una naturaleza más alta, que ha sido comunicada antes que creada. El método es diferente. El espíritu del hombre no es fruto de un acto de creación, sino más bien de un acto de procreación. Este aliento de vidas no es el alma del hombre, sino su espíritu. Más adelante veremos que no es meramente un abstracto elemento animativo lo que marca la diferencia entre el hombre, en cuanto organismo viviente, y la materia inanimada; sino algo que, habiendo salido de Dios, es un órgano o facultad, como también una función. A partir de la enseñanza general de la Escritura, podemos concluir que fue el Espíritu Santo, el Espíritu de Vida, quien sopló en el hombre, y por medio de ese soplo no sólo lo hizo un ser viviente (es decir, puso la vida psicofísica del alma-cuerpo dentro de él), sino que formó el vínculo con Dios, con miras a su propósito último.

En Zacarías 12:1, tenemos la frase: «...*el Señor, que forma el espíritu del hombre dentro de él*». La palabra *forma* corresponde a la palabra hebrea *yatsar*, que significa «moldear algo hacia adentro de una forma». Dios formó el cuerpo del hombre del polvo de la tierra. Él formó también el espíritu del hombre *dentro* de él (tuvo que ha-

² Aquí la palabra está en plural. No nos proponemos entrar en una discusión o inquisición en cuanto al significado de este asunto, y agregar demasiados detalles, sino simplemente señalar este hecho por el momento.

ber habido un «él» allí primero). Junto a esto deben ir las palabras de Hebreos 12:9, «*el Padre de nuestros espíritus*». Es aquí donde nos convertimos en linaje de Dios.

Debemos recordar que el *pneuma* o espíritu, está investido con los poderes de una entidad definida e independiente. Observemos los siguientes ejemplos: «*Conociendo Jesús en su espíritu*» (Mr. 2:8). «*Y gimiendo en su espíritu*» (Mr. 8:12). «*Mi espíritu se ha regocijado*» (Lc. 1:47). «*Jesús se regocijó en espíritu*» (Lc. 10:21). «*...adorarán al Padre en espíritu*» (Jn. 4:23). «*Él se estremeció en espíritu y se conmovió*» (Jn. 11:33). «*...se conmovió en espíritu*» (Jn. 13:21). «*...su espíritu se enardecía*» (Hch. 17:16). «*A quién sirvo en mi espíritu*» (Ro. 1:9). «*Servimos en la novedad del espíritu*» (Ro. 7:6, LBLA). «*El espíritu del hombre que está en él*» (1Co. 2:11). «*...ausente en cuerpo, pero presente en espíritu*» (1Co. 5:3). «*...para que el espíritu sea salvo en el día del Señor*» (1Co. 5:5). «*...mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto*» (1Co. 14:14). «*...oraré con el espíritu*» (1Co. 14:15). «*Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas*» (1Co. 14:32). «*...los espíritus de los justos hechos perfectos*» (Hb. 12:23).

Hay quienes argumentan que el espíritu, o *pneuma*, es sólo la vida del alma, y el cuerpo, el factor animativo. Estamos concientes de que «aliento», «viento», etc., son a veces usos de la misma palabra hebrea original que «espíritu», pero referidos al «alma». En estos casos su empleo se refiere al poder y la acción *invisible* que se quiere representar por su intermedio. Na-

die reemplazaría por «viento» o «aliento» ninguno de los usos citados en los textos de más arriba en referencia al «espíritu». Sería, en el acto, algo absurdo y sin sentido.

La relación entre el alma y el cuerpo es algo que está más allá de nuestra capacidad de explicación. La Biblia hace muchas aseveraciones definidas sobre el asunto, pero nunca las explica. Por ejemplo, alma y vida son a menudo términos intercambiables, y se dice reiteradamente que ambas están en la sangre. «La vida está en la sangre... la sangre... es... la vida, en consecuencia» (Lv. 17:11, 14). La ciencia no nos ha ayudado en absoluto a entender esto, pero, de seguro, el hecho es irrefutable. Una cosa está establecida: mientras que las propiedades y cualidades de la vida están en la sangre, después de un tiempo determinado ellas cesan de estar allí, aunque la sangre quede aún retenida en el cuerpo. Pero, cuando venimos al alma y al espíritu, no sólo encontramos dos palabras usadas de un modo claro y distintivo, sino que ambos se nos muestran como capaces de ser separados sin perecer o morir, ya que cada uno está investido con sus propias responsabilidades, facultades y destino.

Se puede inferir que, cuando menos, como la médula espinal es más profunda que las vértebras, el espíritu es más interior que el alma (Hb. 4:12). Y, tal como es más fácil alcanzar el hueso a través de la carne o el cuerpo, así es más fácil alcanzar el alma a través del cuerpo, que alcanzar el espíritu a través del alma. Mucho del alma ha de ser perforado y partido antes de que el espíritu pueda ser alcanzado y

contactado. En otras palabras, los sentidos físicos son un camino fácil de transitar para el alma; pero, se requiere la poderosa energía del Espíritu de Dios para llegar hasta el espíritu. Pero note usted, la diferencia entre el alma y el espíritu sólo se manifiesta cuando la Palabra de Dios es introducida por el poder y la energía del Espíritu Santo.

Pero, toquemos definitivamente el punto tres —«el hombre llegó a ser un alma viviente»—. Primero, lo animal siendo tomado del polvo; luego, la vida espiritual por medio del sople de Dios; y luego, la mención del alma. ¿Qué llegó a ser el hombre? «Un alma viviente». ¿Eso era todo? Si eso era todo, ¿qué hay con el cuerpo? Pero, esta «alma viviente» tiene un cuerpo. ¿Es eso todo? ¡No! Esta alma viviente con un cuerpo, tiene un espíritu. La frase «alma viviente» coloca la naturaleza del alma humana tanto en primer lugar, como a medio camino entre la materia y el espíritu; «*poco menor que los ángeles*» (puramente espíritus), más elevada que las bestias. Dijimos que la cita de 1 Corintios 15:45 nos ayudaría. Y lo hace en dos formas. El «primer Adán fue hecho alma viviente». Las expresión original para las últimas cuatro palabras es *egeneto EIS psiquen zoosan*. El *eis* es interesante. Está en caso locativo, e implica que el alma es el lugar de encuentro entre dos naturalezas opuestas, el cuerpo y el espíritu. Las cláusulas añadidas en la sentencia de Pablo fortalecen la conclusión y dejan claro que en el primer Adán el alma es la estación terminal del cuerpo y el espíritu. La sentencia nos ayuda en una

segunda manera, al mostrarnos que en el último Adán el espíritu es la estación terminal, o factor dominante. De este modo, el alma es el nexo entre las naturalezas más baja y más alta. No meramente la diferencia entre la dimensión física y metafísica; vale decir, el *ego*.

Nada de lo dicho en este libro tiene como intención inferir que el alma, como tal, es una cosa mala. Vale decir, que es malo para el hombre tener un alma, y que en consecuencia, tiene que ser destruida. Lo que estamos diciendo es que el alma humana ha sido envenenada con intereses auto referentes, y se ha convertido en aliada de los poderes que se oponen a Dios. Esto no se sabe, y tampoco se imagina, hasta que un verdadero despertar ha tomado lugar en el espíritu. Por consiguiente, es equivocado vivir totalmente o preponderantemente en el lado del alma de nuestro ser actual. La gente verdaderamente espiritual encontrará su principal enemigo en su propia alma, y Dios también encuentra su

Es equivocado vivir preponderantemente en el lado del alma de nuestro ser actual. La gente verdaderamente espiritual encontrará su principal enemigo en su propia alma, y Dios también encuentra su principal enemigo en el alma del hombre.

principal enemigo en el alma del hombre. Cuando el espíritu es renovado, y Cristo habita y reina interiormente — en otras palabras, cuando estamos «lentos del Espíritu»— entonces el alma puede servir al Señor como un criado del espíritu, en un servicio útil pero controlado.

Entonces, el hombre despierto — por decirlo así, «un alma viviente»— tiene una triple conciencia: la conciencia —o sentido— del mundo por medio de su cuerpo psico-físico; la conciencia de sí mismo en su alma; y la conciencia de Dios por medio de su... ¿qué? ¿Llega el hombre al conocimiento de Dios como una persona, una persona viviente, por medio de su razón, sentimientos y voluntad? La Palabra de Dios lo niega, y en lo que se refiere a la unión viviente con Dios como experiencia, la historia del hombre también lo niega. «*¿Descubrirás tú los secretos de Dios?*» (Job 11:7). La filosofía da una respuesta positiva, a pesar de que es la cosa más mortal para la fe. Pues la filosofía es una intensa actividad del alma, especialmente en el lado del razonamiento. Muchísimas personas han perdido una experiencia cristiana verdadera y vital al ocuparse de los asuntos de la filosofía. Después de que Dios había soplado dentro del hombre ya modelado, algo más que el cuerpo y el alma estaba allí. Y era eso lo que determinaba todas las cosas en relación con el propósito de Dios para el hombre. El alma era el lugar de encuentro entre el cuerpo y el espíritu. Deje que el alma se rinda al cuerpo y todo estará perdido. Déjela rendirse al espíritu y todo estará bien.

Para resumir. El hombre llegó a ser un alma viviente, con un cuerpo y un espíritu. Al mantenerse a *sí mismo* —el *ego*— en favor del cuerpo y no del espíritu, se convirtió en un alma pecadora. Se trata de algo que él es, no de algo que está en él.

El hombre tiene que ser salvado de sí mismo. Esto se lleva a cabo de dos formas. La muerte de Cristo, en su carácter representativo, es una poderosa realidad que ha ser introducida en el hombre «natural», para que, a través de una crisis y un proceso, el poder de esa muerte se establezca en el alma conciente del hombre. Este llega a estar conciente de que le está prohibido vivir o moverse sobre la base de la vida del yo o *ego*. Por otra parte, la resurrección de Cristo es también un inmenso poder en el espíritu humano; y, gracias a su introducción a través del Espíritu Santo en el ser interior del hombre, este es hecho un hombre *espiritual*, en oposición al meramente natural. En adelante, su posición es descrita con más exactitud por el apóstol Pablo de la manera siguiente: «*Yo (el hombre natural) he sido crucificado con Cristo; y ya no soy yo él que vivo, mas Cristo vive en mí. Y esto (la vida) que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe que es del Hijo de Dios, quién me amó y se entregó a sí mismo por (en lugar de) mí*» (Gál. 2:20).

Esto es lo que Cristo quiso decir cuando, en una verdad aún sin desarrollar, declaró: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*» (Lc. 9:23).

Tomado de “¿Qué es el Hombre?”.
(Trad. Rodrigo Abarca).

CINCO DÍAS MÁS

Durante el verano de 1862, conocí al Sr. A., que profesaba ser incrédulo, tal vez la persona más próxima al ateísmo que he conocido. Ninguna de nuestras conversaciones parecía producir la menor impresión en su mente.

En el otoño de ese año, él enfermó gravemente. Yo y otras personas intentamos, con bondad y mucha oración, convencerlo de que él necesitaba un Salvador, pero sólo recibimos excusas.

Sin embargo, como percibí que el fin se aproximaba, un día le insistí de la importancia de estar preparado para encontrarse con Dios. Él se molestó y me dijo que no me preocupara más por su alma, pues no creía que hubiera Dios, la Biblia era una fábula, y la muerte era el fin de todo hombre. Tampoco aceptó que orásemos más por él.

Cerca de cuatro semanas después, en la mañana del año nuevo, desperté con la clara convicción de que debería ir a verlo. Cuando su cuñada me abrió la puerta, exclamó: "¡Ah, qué bueno que usted vino, John se está muriendo! Los médicos dicen que él no vivirá más de dos horas".

Cuando subí a su cuarto, él parecía estar dormitando. Me senté cerca de él, y dos minutos después, cuando abrió los ojos y me vio, se irguió sobresaltado. Había agonía en su rostro y en el tono de su voz: "¡Oh, yo no estoy preparado para morir! ¡Hay un Dios; la Biblia es verdadera! ¡Por favor, ore por mí! Pida a Dios que me dé unos días más hasta que yo tenga la certeza de mi salvación".

Él dijo estas palabras con intensa emoción, mientras su cuerpo se estremecía a causa de la profunda agonía de su alma. Yo le dije que Jesús es un gran Salvador, capaz y deseoso de salvar a todo aquel que viene a él, incluso en la hora final, como hizo con el ladrón crucificado a su lado.

Cuando me preparaba para orar, él insistió en su petición. Durante la oración, yo tuve la certeza de su salvación y le pedí a Dios que nos diese evidencia de ella, concediéndole unos días más en este mundo. Otras personas se unieron a la oración.

Yo le hablé nuevamente al atardecer, y él parecía más fuerte que en la mañana. Su mente estaba buscando la verdad. Al día siguiente, al entrar en su cuarto, noté que su semblante mostraba que la paz y alegría había tomado el lugar del temor y la ansiedad.

Dios le concedió cinco días, dando evidencia clara que él había pasado de muerte a vida. Para los médicos, su caso era un misterio – ellos no entendían cómo su vida se había prolongado. Pero nosotros, que oramos por él, sabíamos que era una respuesta de Dios a nuestras oraciones.

(Wonders of Prayer, citado en O que eles disseram a um passo da eternidade).

Semblanza de Adoniram Judson, el precursor del evangelio en Birmania.

Por la senda del dolor



Adoniram Judson nació en un hogar cristiano, en 1778, en Massachussets, Estados Unidos. Su padre era pastor congregacional. De niño fue muy precoz; cuando tenía apenas 3 años se plantó frente a su padre y le leyó un capítulo entero de la Biblia. A los diez años, ya sabía griego y latín.

Su padre lo mandó a los mejores colegios de Nueva Inglaterra, y finalmente a la Universidad de Brown, de donde egresó como el mejor alumno de su promoción.

Días de incredulidad y fe

Allí en la universidad trabó amistad con Jacob Eames, un ateo. Influidor por él Adoniram llegó a negar la existencia de Dios. La fe llegó a ser para él un asunto del pasado. Sin embargo, ocultó esto a sus padres hasta su cum-

pleaños 20, cuando rompió sus corazones con el anuncio de que no tenía fe y que pensaba irse a Nueva York y aprender a escribir para el teatro.

Pero aquella no resultó ser la vida de sus sueños. Se asoció con algunos jugadores vagabundos y, como él dijo después, vivió «una vida temeraria, errabunda, encontrando alojamiento donde podía, y burlando al propietario si hallaba la ocasión». Ese disgusto con lo que él encontró allí fue el principio de varias notables providencias.

Él fue a visitar a su tío Efraín en Sheffield, pero encontró allí, en cambio a «un joven piadoso» que lo desconcertó con la firmeza de sus convicciones cristianas sin ser «austero y dictatorial». Fue extraño que él encontrara allí a este joven en lugar de su tío.

Una noche se hospedó en la posada de un pueblito donde nunca había

estado antes. La única habitación disponible estaba al lado de la de un joven que estaba muy enfermo, a punto de morir. Esa noche Adoniram no pudo dormir, escuchando los lamentos y quejas del enfermo. A la mañana siguiente, al preguntar por la salud del joven, le informaron que había muerto al amanecer. Su nombre era Jacob Eames.

El corazón de Adoniram dio un vuelco. La primera cosa que se le vino a la mente fue: «Él no creía en Dios; él no era salvo; él está en el infierno». Sin darse cuenta cómo, se encontró viajando de regreso a su casa. Desde entonces todas sus dudas acerca de Dios y de la Biblia se desvanecieron. No pasó mucho tiempo después que él mismo se volvió a Dios, dedicándole su vida entera.

Consagración a la obra misionera

Por esa época cayeron a sus manos libros de misioneros que sirvieron a Dios en la India. Sintió una voz interior que le inquietaba respecto de ese país. Él se mantuvo durante un tiempo esperando la confirmación, hasta que un día ésta vino mientras caminaba en un bosque: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio». Fue tan claro como si alguien le hubiera hablado. Ese día de febrero de 1810, Adoniram consagró su vida a la salvación del Oriente.

Judson y otros cuatro amigos se reunieron bajo un montón de heno para orar, y allí solemnemente dedicaron su vida a Dios para llevar el evangelio «hasta lo último de la tierra». No había ninguna junta de misiones que los enviara. Sin embargo, Dios bendijo la dedicación de los jó-

venes, tocando el corazón de los creyentes para que proveyeran el dinero para tal empresa.

A Judson se le ofreció en ese mismo tiempo un puesto en el cuerpo docente de la Universidad de Brown, invitación que él rechazó. Luego, sus padres le instaron a que aceptase hacerse pastor asociado con el Dr. Griffin en la iglesia de la calle Park, que era en ese entonces «la iglesia más grande de Boston». Pero él también lo rechazó.

Y cuando su madre y hermana, con muchas lágrimas, le recordaban los peligros de una tierra pagana, contrastándolos con las comodidades del campo doméstico, volvió a verificarse la antigua escena del libro de los Hechos. «¿Qué hacéis llorando y afligiéndome el corazón?, porque yo no sólo estoy presto a ser atado; más aún: a morir en la India por el nombre del Señor Jesús» (Hechos 21:12-13).

«Ataría a mi hija a una casilla postal antes que dejar que se case con ese misionero», decía toda la ciudad acerca de Adoniram cuando él estaba buscando una esposa. Nunca antes una mujer norteamericana había ido a la India como misionera. Adoniram puso sus ojos en una joven llamada Ann Hasseltine, hija de un diácono.

De muy joven, Ann era sumamente vanidosa, tanto, que las personas que la conocían, temían que un castigo repentino de Dios cayese sobre ella. A la edad de dieciséis años tuvo su primera experiencia con Cristo. Cierta domingo, mientras se preparaba para el culto, quedó profundamente impresionada por estas palabras: «Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta». Su vida fue repenti-

namente transformada. Desde entonces, todo el ardor que había demostrado en la vida mundana, ahora lo sentía en la obra de Cristo. Por algunos años antes de aceptar el llamado para ser misionera, trabajó como profesora y se esforzaba por ganar a sus alumnos para Cristo.

Seis meses antes de salir para India, Judson escribió una carta al padre de ella, pidiéndole su hija. En parte de la carta decía: «Deseo preguntarle si usted puede consentirme partir con su hija la próxima primavera, para no verla nunca más en este mundo; si usted aprueba su ida y su sometimiento a las penalidades y sufrimientos de la vida misionera; si usted puede consentir en su exposición a los peligros del océano, a la influencia fatal del clima del sur de India; a todo tipo de necesidad y dolor; a la degradación, a los insultos, a la persecución, y quizás a una muerte violenta. ¿Puede consentir usted en todo esto, por causa de Aquel que abandonó su morada celestial, y murió por ella y por usted; por causa de las perdidas almas inmortales; por causa de Sion, y la gloria de Dios? ¿Puede usted consentir en todo esto, en la esperanza de encontrarse pronto a su hija en la gloria, con la corona de justicia, gozosa con las aclamaciones de alabanza que tributarán a su Salvador los paganos salvados — por su intermedio— del infortunio y la eterna desesperación?».

Increíblemente, el padre dijo que ella debía decidir por sí misma. Ella escribió a su amiga Lydia Kimball: «Me siento deseosa y expectante, si nada en la Providencia lo impide, pasar mis días en este mundo en las tie-

rras de los paganos. Sí, Lydia, tengo la determinación de dejar todas mis comodidades y goces aquí, sacrificar mi afecto a los parientes y amigos, e ir donde Dios, en su Providencia, tenga un lugar para establecerme». Adoniram y Ann se casaron.

Se embarcaron con rumbo a la India en 1812. Su travesía duró cuatro meses. Llegaron a Calcuta en el verano de 1812, llenos de entusiasmo, para predicar el evangelio. Pero recibieron órdenes perentorias del gobierno británico de que dejaran el país inmediatamente y volvieran a América.

Triste de corazón, la pequeña compañía volvió a la Isla de Francia, admirada de que le fuese tan violentamente cerrada la puerta que le había parecido tan grande y eficaz. Pero con una determinación invencible, volvieron a la India, llegando a Madras en junio del año siguiente. De nuevo fracasó su propósito y de nuevo les fue ordenado que se fuesen del país. Ellos decidieron irse a Rangún, Birmania. William Carey, el gran misionero que a la sazón vivía en la India, les advirtió que no fuesen allí, pues era un país cerrado, con un despotismo anárquico, rebelión constante e intolerancia religiosa. Además, estaba el triste récord de que todos los misioneros anteriores habían muerto. Sin embargo, nada de eso hizo cambiar de opinión a Adoniram Judson.

Mientras Adoniram y Ann finalmente se establecían en su hogar en el campo misionero de Birmania, ellos se dieron cuenta que debían de aprender el idioma. En todo lugar en el cual estuvieran, en mercados, en la calle, ellos podían escuchar una lengua ex-

traña. Con sólo escuchar uno podía desanimarse, pero los Judson determinaron que iban a aprender el idioma. Su misión era ganarles a ellos para Cristo – ¿cómo podrían hacerlo si ellos no podrían ni siquiera llevarles el mensaje de salvación? No había diccionarios, ni libros que pudiesen ayudar.

Adoniram se propuso entonces aprender el idioma y la única forma que conoció era balbuceando y señalando, como cuando un niño recién empieza a hablar. Adoniram encontró a un hombre a quien le pagaba para que les enseñase el idioma – es decir, sentarse y hablar con ellos todo el día. Finalmente decidieron preparar su propio diccionario y gramática.

Sufrimientos en la cárcel

Mientras el país comenzaba a alborotarse a causa del gobierno, los Judson comenzaron a temer por sus vidas y su misión, la cual estaba empezando a crecer. La armada británica le había declarado la guerra a Birmania y una guerra iba a empezar. Un día, mientras Judson trabajaba en la traducción de la Biblia al birmano, dos policías llegaron a la casa. Ellos habían visto a Adoniram entrar a un banco británico por la mañana y asumieron que él era un espía inglés. Mientras él abría la puerta, uno de los hombres dijo: «Moung Judson, usted es llamado por el Rey». Esto significaba sólo una cosa – Arresto.

En la compañía de soldados había un hombre con la cara llena de manchas, lo cual significaba que él era un verdugo. El verdugo cogió el brazo de Adoniram y a la fuerza lo puso en el suelo. Ann gritó, agarrando el brazo

Su corazón dio un vuelco. La primera cosa que se le vino a la mente fue: «Él no creía en Dios; él no era salvo; él está en el infierno». Sin darse cuenta cómo, se encontró viajando de regreso a su casa. Desde entonces, todas sus dudas acerca de Dios y de la Biblia se desvanecieron.

del hombre. «¡Pare! Le daré dinero». Pero ellos se llevaron a Adoniram y lo pusieron en la cárcel. El 8 de junio de 1824, Adoniram fue puesto en la cárcel en Ava, acusado por un crimen que nunca cometió.

El piso estaba lleno de animales podridos, suciedad humana, y saliva de mil o más prisioneros. No habían ventanas – ¡la temperatura estaba sobre los 37° Celsius todos los días! Al ver a los otros prisioneros que eran arrastrados afuera para morir a manos del verdugo, Judson solía decir: «Cada día muerdo». Las cinco cadenas de hierro pesaban tanto, que llevó las marcas de los grilletes en su cuerpo hasta la muerte.

Él estaba muy preocupado por su preciosa esposa. ¿Qué habían hecho con ella? Él le oró para que de alguna manera la cuidara de algún tipo de daño. A veces Dios nos pone en un lugar donde lo único que podemos hacer es confiar en él. Esto es todo lo que Adoniram podría hacer ahora; su esperanza tenía que

estar ahora en el Señor.

Adoniram no tenían ninguna razón para preocuparse por su esposa. El Señor la estaba cuidando, pues Ann había sido puesta bajo vigilancia militar las 24 horas del día.

Un día, Ann le trajo como regalo una almohada. Adoniram sonrió y tocó la almohada: «Ann, querida, ¿no pudiste haber encontrado algo más suave?». Ella sonrió pícaramente, y le hizo un gesto para que guardara silencio. Luego empezaron a hablar de otras cosas. Cuando Adoniram inspeccionó después la almohada, encontró muchas hojas con su traducción de la Biblia al birmano, a la cual había estado dedicando poco antes de ser arrestado.

No importaba qué hiciera o dónde estuviera en su celda, Judson no se separaba de su almohada. Pero muchas veces se le obligaba a salir para trabajar afuera. En una de esas oportunidades, el guardián que estaba de turno, lanzó afuera la almohada sucia y an-

dradosa. En el momento en que la arrojó fuera de los terrenos de la cárcel, pasó por allí un ex alumno de Judson, un joven llamado Mounng Ing, quien, al ver la almohada, la reconoció. Rápidamente la recogió y la llevó a su casa.

Más tarde, cuando Judson regresó a su celda, descubrió que la almohada había desaparecido. Al cabo de muchos meses, el 4 de noviembre de 1825, Judson fue puesto en libertad. Las autoridades del gobierno birmano le permitieron volver a su hogar y continuar sus labores como misionero. Sin embargo, la alegría de la noticia era opacada por la tristeza de haber perdido el trabajo de tanto tiempo.

Entonces alguien vino a visitar a Judson. Era su ex alumno, Mounng Ing, y bajo el brazo traía la almohada por tanto tiempo perdida. Judson tomó la almohada, abrió una de sus costuras, y la sacudió. De allí salieron páginas y páginas de la Biblia que él había traducido al idioma birmano mientras estaba en la cárcel. «Dios pareció indicarme que la almohada era el escondite más seguro para guardar mi trabajo—dijo Judson—. Y lo ha sido. Dios lo ha guardado y me lo ha devuelto».

Pérdidas irreparables

Poco después, Adoniram tuvo que viajar y dejar a su esposa por tres meses. En su viaje él recibió un telegrama, que decía: «Mi querido Señor: Tengo el desagrado de darle estas malas noticias, pero su esposa, la señora Judson, ¡no está más!». Regresó inmediatamente a su devastada casa. Esta vez no fue Ann quien salió a re-



cibirle con un beso, sino una mujer birmana, muy triste, que sostenía en sus brazos a su pequeña hija María. La niña lloriqueaba, sin reconocer a su padre. Más tarde, él visitó la tumba de su esposa, ubicada bajo un árbol que él llamó «Árbol de la esperanza». Seis meses después de la muerte de Ann, María también murió, al igual que los dos hijos anteriores. Por esos mismos días se enteró de que su padre había muerto ocho meses antes.

Los efectos psicológicos de esas pérdidas fueron devastadores. La duda acerca de sí mismo llenó a su mente, y se preguntó si había llegado a hacerse misionero por ambición y fama, no por humildad y amor abnegado. Empezó a leer los místicos católicos, Madame Guyon, Fénelon, Tomás de Kempis, etc., y buscó la soledad. Dejó de lado su trabajo de traducción del Antiguo Testamento, el amor de su vida, y se retrajo cada vez más de las personas y de «todo aquello que pudiera incrementar su orgullo o pudiere promover su placer».

Se negó a comer fuera de la misión. Destruyó todas sus cartas de recomendación. Renunció al título honorario de Doctor en Teología que le había dado la Universidad de Brown en 1823. Entregó toda su riqueza privada (aproximadamente \$ 6.000) a una organización cristiana. Solicitó que su sueldo fuese reducido a una cuarta parte y se comprometió a dar más a las misiones. En octubre de 1828 construyó una choza en la selva a cierta distancia de la casa de la misión Moulmein y se instaló allí el 24 de octubre de 1828, en el segundo aniversario de la muerte de Ann, para vi-

vir en total aislamiento.

Él escribió en una carta al hogar de los parientes de Ann: «Mis lágrimas fluyen al mismo tiempo sobre la desamparada tumba de mi amada y sobre el aborrecible sepulcro de mi propio corazón». Tenía una tumba excavada al lado de la choza y se sentaba junto a ella contemplando las fases de la disolución del cuerpo. Él pidió que todas sus cartas en Nueva Inglaterra fueran destruidas. Se retiró durante cuarenta días solo, en la selva infestada de tigres, y escribió en una carta que sentía una absoluta desolación espiritual. «Dios es para mí el Gran Desconocido. Yo creo en él, pero no lo encuentro».

Su hermano, Elnathan, murió el 8 de mayo de 1829 a la edad de 35 años. Irónicamente, este fue el punto de retorno a la recuperación de Judson, porque él tenía razón para creer que su hermano, a quien había dejado en la incredulidad 17 años antes, había muerto en la fe. En el transcurso de 1830 Adoniram se fue recuperando de su oscuridad.

Sin duda, lo que sostuvo a Adoniram Judson en todo este tiempo de oscuridad fue la sólida confianza en soberanía y bondad de Dios. Que todas las cosas que vienen de su mano obran para nuestro bien – aunque sean incomprensiblemente dolorosas en el momento presente. Esta confianza en la bondad y providencia de Dios le había sido enseñada por su padre – que es lo que creyó y vivió. Y también por lo que la Palabra de Dios –la cual él amaba profundamente– le había enseñado.

Cierta vez un maestro budista dijo

que él no podía creer que Cristo sufrió la muerte de la cruz porque ningún rey permitiría tal indignidad a su hijo. Judson respondió: «Es evidente que usted no es un discípulo de Cristo. Un verdadero discípulo no inquiera si un hecho está de acuerdo a su propio razonamiento, sino si está en el Libro; su orgullo ha dado paso al testimonio divino. Mire, el orgullo suyo todavía no ha sido quebrantado. Renuncie a él y dé lugar a la palabra de Dios».

Días de fructificación

Seis años después de su arribo a Birmania, bautizaron a su primer convertido, Maung Nau. La siembra fue larga y dura. La siega aún más, durante años. Pero en 1831 había un nuevo espíritu en la tierra. Judson escribió: «La búsqueda de Dios se está extendiendo por todas partes, a lo largo y ancho del territorio. Hemos distribuido casi 10.000 tratados, dándolos sólo a aquellos que preguntan. Muchos han venido a pedir consejo. Algunos han viajado dos o tres meses, de las fronteras de Siam y China, para decirnos: ‘Señor, hemos oído que hay un infierno eterno, y tenemos miedo de él. Dénos un escrito que nos diga cómo escapar de él’. Otros, de las fronteras de Kathay: ‘Señor, nosotros hemos visto un tratado que habla sobre un Dios eterno. ¿Es quien regala tales escritos? En ese caso, le rogamos nos dé uno, porque queremos saber la verdad antes de que muramos’. Otros, del interior del país, donde el nombre de Jesucristo es un poco conocido: ‘¿Es usted el hombre de Jesucristo? Dénos un escrito que nos hable sobre Jesucristo’».

Durante los seis largos años que siguieron a la muerte de Ann, trabajó solo, hasta que finalmente se casó con Sarah, la viuda de otro misionero. La nueva esposa, que gozaba los frutos de los incesantes esfuerzos que había realizado en Birmania, se mostró tan solícita y cariñosa como Ann.

Judson perseveró durante veinte años para completar la mayor contribución que se podía hacer a Birmania: la traducción de la Biblia entera a la propia lengua del pueblo. En poco tiempo, esa Biblia fue distribuida en toda Birmania. Hoy, muchos años después, todavía se usa esa misma traducción. Y los birmanos la llaman con mucha propiedad la «Biblia Almohada».

De vuelta en su tierra

Después de trabajar con tesón en el campo extranjero durante treinta y dos años, y para salvar la vida de Sarah, se embarcó con ella y tres de los hijos de regreso a América, su tierra natal. No obstante, en vez de mejorar de la enfermedad que sufría, ella murió durante el viaje. Fue sepultada en Santa Helena.

Así llegó Judson a su tierra: solo y enlutado. Quien durante tantos años había estado ausente de su tierra, se sentía ahora desconcertado por el recibimiento que le daban en las ciudades de su país. Se sorprendió al comprobar que todas las casas se abrían para recibirlo. Grandes multitudes venían para oírlo predicar.

Sin embargo, después de haber pasado treinta y dos años en Birmania, se sentía como extranjero en su propia tierra, y no quería levantarse para hablar en público en su lengua mater-

na. Además, sufría de los pulmones y era necesario que otro repitiese al auditorio lo que él apenas podía decir balbuceando.

Judson sólo tenía una pasión: volver y dar su vida por Birmania. Su estancia en los Estados Unidos fue breve. Duró el tiempo suficiente para dejar a sus hijos establecidos y encontrar un barco de retorno. Todo lo que quedaba de la vida que él había conocido en Nueva Inglaterra era su hermana. Ella había mantenido su cuarto exactamente como había sido 33 años antes y haría lo mismo hasta el día en que ella murió.

Para asombro de todos, Judson se enamoró por tercera vez, esta vez de Emily Chubbuck, con quien se casó el 2 de junio de 1846. Ella tenía 29 años; él 57. Ella era una escritora famosa y había dejado su fama y su carrera para ir con Judson a Birmania. Llegaron en noviembre de 1846. Y Dios les dio cuatro de los años más felices que cada uno de ellos había conocido.

Los últimos destellos del otoño

En su primer aniversario, 2 de junio de 1847, ella escribió: «Ha sido lejos el año más feliz de mi vida; y, lo que aún es a mis ojos más importante, mi marido dice que ha sido el más feliz de su vida. Yo nunca he visto otro hombre que pudiese hablar tan bien, día tras día, sobre cualquier tema, religioso, literario, científico, político, y – sobre bebés».

Ellos tenían un hijo, pero entonces los viejos males atacaron a Adoniram por última vez. La única esperanza era enviar al enfermo en un

viaje. El 3 de abril de 1850 lo llevaron al *Aristide Marie* que zarpaba hacia la Isla de Francia, con un amigo, Thomas Ranney, para cuidarlo. En su miseria él era despertado de vez en cuando por un dolor tan terrible que acababa vomitando. Una de sus últimas frases fue: «¡Cuán pocos hay que mueren tan duramente!».

Pasadas las 4 de la tarde del viernes 12 de abril de 1850, Adoniram Judson murió en el mar, lejos de toda su familia y de la iglesia birmana. Fue sepultado en el mar. «La tripulación se reunió en silencio. No hubo ninguna oración. El capitán dio la orden. El ataúd resbaló a través de un tablón hasta las aguas, a sólo unos cientos de millas al oeste de las montañas de Birmania. El *Aristide Marie* prosiguió su ruta hacia la Isla de Francia».

Diez días más tarde, Emily dio a luz a su segundo hijo, que murió al nacer. Ella supo cuatro meses después que su marido estaba muerto. Volvió a Nueva Inglaterra y murió de tuberculosis tres años más tarde, a la edad de 37 años.

La plenitud del hombre en Cristo

Adoniram Judson acostumbraba pasar mucho tiempo orando de madrugada y de noche. Él disfrutaba mucho de la comunión con Dios mientras caminaba de un lado a otro. Sus hijos, al oír sus pasos firmes y resueltos dentro del cuarto, sabían que su padre estaba elevando sus plegarias al trono de la gracia. Su consejo era: «Planifica tus asuntos, si te es posible, de manera que puedas pasar de dos a tres horas, todos los días, no solamente adorando a Dios, sino orando en secreto».

Emily cuenta que, durante su última enfermedad, ella le leyó la noticia de cierto periódico, referente a la conversión de algunos judíos en Palestina, justamente donde Judson había querido ir a trabajar antes de ir a Birmania. Esos judíos, después de leer la historia de los sufrimientos de Judson en la prisión de Ava, se sintieron inspirados a pedir también un misionero, y así fue como se inició una gran obra entre ellos.

Al oír esto, los ojos de Judson se llenaron de lágrimas. Con el semblante solemne y la gloria de los cielos estampada en su rostro, tomó la mano de su esposa, y le dijo: «Querida, esto me espanta. No lo comprendo. Me refiero a la noticia que leíste. Nunca oí sinceramente por algo y que no lo recibiese, pues aunque tarde, siempre lo recibí, de alguna manera, tal vez en la forma menos esperada, pero siempre llegó a mí. Sin embargo, respecto a este asunto ¡yo tenía tan poca fe! Que Dios me perdone, y si en su gracia me quiere usar como su instrumento, que limpie toda la incredulidad de mi corazón».

Durante los últimos días de su vida habló muchas veces del amor de Cristo. Con los ojos iluminados y las lágrimas corriéndole por el rostro, exclamaba: «¡Oh, el amor de Cristo! ¡El maravilloso amor de Cristo, la bendita obra del amor de Cristo!». En cierta ocasión él dijo: «Tuve tales visiones del amor condescendiente de Cristo y de las glorias de los cielos, como pocas veces, creo, son concedidas a los

hombres. ¡Oh, el amor de Cristo! Es el misterio de la inspiración de la vida y la fuente de la felicidad en los cielos. ¡Oh, el amor de Jesús! ¡No lo podemos comprender ahora, pero qué magnífica experiencia será para toda la eternidad!».

En 1850, el año de su muerte, había sesenta y tres iglesias y más de siete mil bautizados.

Un biógrafo comenta respecto de Adoniram Judson: «Él tenía 24 años cuando llegó a Birmania, y trabajó allí durante 38 años hasta su muerte a los 61, con un solo viaje a casa de Nueva Inglaterra después de 33 años. El precio que él pagó fue inmenso. Él fue una semilla que cayó a tierra y murió. Él «abhorreció su vida en este mundo» y fue una «semilla que cayó a tierra y murió». En sus sufrimientos, «llenó lo que estaba faltando de las aflicciones de Cristo» en la inalcanzable Birmania. Por consiguiente, su vida llevó mucho fruto y él vive para disfrutarlo hoy y siempre. Él podría, sin ninguna duda, decir: «Valió la pena».

En la ciudad de Malden, Massachusetts, hay un recordatorio que dice:

In Memoriam

Rev. Adoniram Judson

Nació el 9 de Agosto de 1788.

Murió el 12 de abril de 1850.

Lugar de nacimiento: Malden.

Lugar de sepultura: El océano.

*Su obra: Los salvos de Birmania
y la Biblia birmana.*

Sus memorias: Están en lo alto.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada.

Los montanistas

Hombres y mujeres de espíritu



Rodrigo Abarca

En el año 156 después de Cristo comenzó en las montañas de Frigia, Asia Menor, una ferviente reacción entre los creyentes simples y comunes contra el creciente deterioro espiritual de la cristiandad, liderados por un hombre llamado Montano. En ese tiempo, pasados poco más de 50 años desde la muerte de Juan, el último de los apóstoles del Señor, las iglesias habían perdido gran parte de la vida y frescura espiritual del principio, para desarrollarse como un sistema cada vez más organizado y jerárquico, en el que la antibíblica separación entre clérigos y laicos se habría de establecer con firmeza. De los primeros se esperaba una vida más espiritual y consagrada, mientras que de los últimos, el simple asentimiento pasivo a la autoridad que ema-

naba del oficio clerical, a cuya cabeza se encontraba el obispo.

Clericalismo e intelectualismo

Esto, por supuesto, está en abierta contradicción con la práctica de las iglesias del Nuevo Testamento, donde todos los creyentes eran participantes activos de la vida, el culto y el ministerio; y donde, además, el Espíritu Santo era quien gobernaba todas las cosas. Pero, a partir de Ignacio de Antioquía (117 d. C.), el clericalismo había comenzado a desarrollarse con fuerza, subordinando a los creyentes a la autoridad suprema de los obispos, y demás oficios eclesiásticos, y coartando por completo la antigua libertad del Espíritu entre ellos: «Seguid todos a vuestro obispo, como Jesucristo siguió al

Padre... y al presbiterio (los ancianos bajo los obispos)... y a los diáconos, como al mandamiento de Dios. Considerad como Eucaristía (cena del Señor) válida la que tiene lugar bajo el obispo... No es legítimo, aparte del obispo, ni bautizar ni celebrar una fiesta de amor, pero todo lo que él aprueba, esto es agradable también a Dios» (Ignacio, a los Esmirneanos, 8). Aquí tenemos ya en germen los grandes lineamientos del sistema clerical que en pocos siglos habría de dominar por completo a las iglesias para dar paso a la poderosa y mundana cristiandad organizada.

Por cierto, los motivos que originaron estos puntos de vista eran bien intencionados. Sin embargo, cuando algo que es menos que Cristo –por muy bueno que pueda parecer– se introduce en la vida y práctica de los creyentes, la consecuencia es la ruina y la muerte espiritual. Ignacio mismo fue un creyente sincero y también un valiente mártir de Jesucristo. Sin embargo, su celo por salvaguardar a las iglesias de la creciente amenaza de las herejías gnósticas y conservar la unidad lo llevó a imaginar, más allá de las Escrituras, un sistema jerár-

Sus reuniones carecían del ritualismo formal de la cristiandad de su tiempo; estaban abiertas a la participación de todos los hermanos por igual, y los predicadores procedían de entre los hermanos sencillos.

quico absoluto que las protegiera de dichas amenazas y las mantuviera internamente unidas. Olvidando que, como nos dice el apóstol Juan, la mejor defensa contra la mentira está en nuestra fidelidad a la Palabra que recibimos en el principio y en una vida totalmente subordinada al Espíritu de Verdad, la unción que recibimos de Cristo, quien nos enseña todas las cosas.

Además, y paralelamente, el ataque de parte de la filosofía griega bajo la forma del gnosticismo, produjo una decidida respuesta entre las iglesias, las cuales debieron hacer una defensa y explicación más intelectual de la fe. Sin embargo, esto también importó el inmenso riesgo de convertir la fe viva de los primeros cristianos en poco más que el asentimiento exterior y formal a un credo ortodoxo, pero sin vida. Esta defensa demandó un considerable esfuerzo intelectual y teológico, que muy pronto quedó fuera del alcance de las mentes menos educadas y sencillas. De este modo, el naciente sistema clerical se reforzó en sus pretensiones de control, pues se requería una casta educada y profesional que se hiciera cargo de «proteger a la iglesia» de la mentira y el error. Así, trágicamente, el sacerdocio fue arrebatado de los santos y la fe puesta bajo el resguardo de los obispos, quienes desde entonces se convirtieron en los únicos guardianes, intérpretes y representantes autorizados de la iglesia católica (universal) y verdadera. Para pertenecer a la iglesia había que estar bajo la autoridad de los clérigos.

La reacción montanista

La respuesta a este estado de cosas, como hemos dicho, comenzó con

Montano, en Frigia, el año 156 d. C. Ese año, en un pequeño pueblito situado entre las montañas, éste comenzó a predicar en contra del clericalismo y el intelectualismo de la cristiandad, enfatizando el sacerdocio de todos los creyentes y la autoridad soberana y absoluta del Espíritu sobre la iglesia. Rechazaba el naciente sistema episcopal de sus días y abogaba por un reestablecimiento de la profecía y los dones del Espíritu, como también por la exclusiva autoridad del Espíritu para establecer profetas y maestros aparte del consentimiento y la autoridad oficial de los obispos. Sus reuniones carecían del ritualismo formal de la cristiandad de su tiempo, estaban abiertas a la participación de todos los hermanos y hermanas por igual,¹ y los predicadores procedían de entre los hermanos sencillos, lo cual irritaba mucho a los obispos de las iglesias.² Además, anunciaban fervientemente la inminente venida del Señor para establecer su reino milenial sobre la tierra.

Esto atrajo sobre ellos el rechazo de los obispos de Asia Menor, quienes condenaron sus enseñanzas en un sínodo y lo expulsaron de la «iglesia católica». Sin embargo este sínodo no tuvo aceptación universal y muy pronto el «montanismo»³ se propagó como un fuego por vastas zonas de África y Europa. El ardiente celo montanista

por una vida cristiana más consagrada y profunda no estuvo ausente de excesos, aunque mucho de lo que sabemos de ello se debe a las tergiversaciones y calumnias de sus perseguidores y enemigos. En verdad, la cristiandad de su tiempo había caído en una completa relajación moral, y la vida de muchos creyentes estaba muy por debajo de la norma neotestamentaria. Los montanistas tuvieron muchos mártires entre sus seguidores, y jamás debieron afrontar el dilema de qué hacer con aquellos creyentes que, habiendo negado al Señor en tiempos de persecución, pedían ser reincorporados a las iglesias una vez que ésta había cesado. Por todas partes los obispos se debatían con este problema, pero no los montanistas. De hecho, algunos de los mártires más heroicos de la iglesia antigua se encuentran entre ellos, como Perpetua y Felicitas,⁴ y los demás mártires de Cartago.⁵

Los montanistas rechazaban a los cristianos desertores e incluso desaprobaban a aquellos que se escondían o huían para salvar sus vidas. Esto último, por cierto, era parte de su extremismo y excentricidad en algunas materias de vida y práctica cristianas.

Debe decirse, además, que los montanistas fueron estrictamente ortodoxos en cuanto a su fe y se opusieron tenazmente al gnosticismo de su

¹ Daban gran importancia a la participación de las hermanas en las reuniones, basados en Hechos 21:9, donde se dice que Felipe tenía cuatro hijas que profetizaban.

² En la época de Montano, las iglesias conservaban aún su independencia unas de otras, aunque con un fuerte sentido de la unidad universal como parte de la «iglesia única y católica». Tampoco el sistema clerical estaba totalmente desarrollado.

³ El nombre *montanistas* les fue dado por sus de-

tractores, como también *frigios*, *catafrigios*, *priscilianistas*, etc., nombres que, al parecer, nunca usaron para ellos mismos.

⁴ Ver Aguas Vivas N° 23, p.79.

⁵ Los montanistas rechazaban a los cristianos desertores e incluso desaprobaban a aquellos que se escondían o huían para salvar sus vidas. Esto último, por cierto, era parte de su extremismo y excentricidad en algunas materias de vida y práctica cristianas.

tiempo. De hecho, ganaron para su causa al gran apologista y teólogo cartaginés Tertuliano (201 d. C.), uno de los primeros en exponer con claridad la doctrina de la Trinidad, quien es además considerado el fundador de la teología latina. Su énfasis estaba en la restauración de la vida y la obra del Espíritu en la iglesia. Por ello, enseñaban que se debía distinguir entre la iglesia espiritual y aquella puramente carnal, donde el Espíritu no es obedecido y se da indulgencia a los deseos de la carne. Esto, por cierto, les atrajo el rechazo y el ostracismo por parte de la cristiandad organizada, quienes los acusaron de cismáticos; aunque, en realidad, fueron los obispos quienes primero los expulsaron de su comunión. La división se originaba en su rechazo a reconocer la autoridad eclesiástica organizada y en su insistencia en sostener, de acuerdo con Tertuliano, que la iglesia no consiste en obispos, y que los (así llamados) laicos son también sacerdotes.

Se ha escrito mucho acerca del carácter ingenuo, entusiasta y rigorista de los montanistas. Sin embargo, debe observarse que a lo largo de la historia de la iglesia, en tiempos de decadencia y ruina espiritual, a menudo Dios ha utilizado formas extremas para llamar a su pueblo al arrepentimiento. Es cierto que podemos hallar excesos entre los montanistas, y un cierto desequilibrio en cuanto a las profecías y visiones espirituales, un excesivo rigor en cuanto a sus demandas, cierta falta de compasión hacia las debilidades humanas, y una cierta propensión al exclusivismo y «elitismo» espiritual. No obstante, en lo esencial,

estaban en lo cierto.

Cuando el Espíritu Santo deja de ser quien gobierna la Iglesia, y su lugar es sustituido por los hombres, con cargos y posiciones cuya autoridad no depende en absoluto de su condición espiritual, entonces se ha comenzado a descender por el camino que se hunde inexorablemente en la ruina y la muerte espiritual. Muy pronto, la cristiandad organizada, incapaz ya de escuchar la voz del Espíritu, sería arrastrada a la más terrible de las simbiosis con el mundo, incorporando en su seno un sinfín de prácticas paganas y acumulando un poder terrenal que la deformaría hasta los cimientos.

La historia posterior

Los montanistas se esparcieron por todas partes y en muchos lugares contaron con el favor de los hermanos y hermanas, pues en ese entonces las doctrinas clericales no estaban del todo asentadas en el corazón de las iglesias. En Francia contaron con la simpatía de Ireneo de Lyon, gran defensor de la fe contra los gnósticos, quien intercedió por ellos ante el obispo de Roma. Por mucho tiempo continuaron existiendo en comunión con la totalidad de los creyentes gracias a estas y otra simpatías, pues muchos en la cristiandad organizada percibían el peligro de adoptar una línea supresiva contra de ellos, y «apagar el Espíritu». De este modo, permanecieron como grupos de creyentes dentro de las iglesias organizadas. No obstante, con el paso del tiempo, a medida que la cristiandad ganaba en poder y organización, y en especial, con el advenimiento del emperador Constantino, quien pondría fin a las perse-

cuciones (312 d. C.), la intolerancia creció y los montanistas fueron separados por completo y obligados a reunirse en congregaciones independientes. A partir de entonces, los sucesivos emperadores «cristianos» promulgaron varios decretos, declarándolos fuera de la ley. A pesar de ello, continuaron existiendo hasta el siglo VI d. C., al menos en Frigia, su lugar de origen, cuando fueron finalmente destruidos por el emperador Justiniano.

Sin embargo, su ardiente celo por una vida cristiana más pura y separada del mundo, su cálida comunión y ministerio compartido por todos los santos, su expectante anhelo por la segunda venida del Señor, y sobre todo, su vehemente deseo de que el Espíritu tuviera el gobierno de la iglesia en todo, quedaron como un legado espiritual imperecedero para las generaciones de hermanos que vinieron después.

* * *

Una esposa de respeto

Cierta vez que Juan Wesley predicaba al aire libre, un ebrio provocó desorden entre la concurrencia. De otro lugar se levantó la esposa del alborotador, que vino, cogió al revoltoso fuertemente por el cuello, y después de administrarle saludables correctivos, se lo llevó a los dominios conyugales en medio de los aplausos del público.

Mateo Lelièvre: Juan Wesley, su vida y obra.

Para los que hablan mucho

En una tribu africana lograron dar con la solución para los que hablan u oran muy largo en la iglesia. Cuando se reúnen para discutir sus asuntos, exigen que los que hablan estén parados sobre un solo pie. Cuando se cansan o pierden el equilibrio, deben callar.

Roberto H. Romanenghi, en Anécdotas de actualidad.

Los dientes de Bwana Muqubwa

Hubo una gran sensación entre los indígenas cuando un domingo, ante una congregación de mil personas, el misionero C. T. Studd —a quien decían con respeto «Bwana Muqubwa»— se presentó con una nueva dentadura, completa, blanca y resplandeciente.

Había sufrido mucho por los pocos dientes que le quedaban, debido a su avanzada edad, y por algún tiempo no había podido comer sino sopas. La sorpresiva llegada del dentista Buck al corazón de la selva había solucionado rápidamente la carencia del misionero.

Sin embargo, habría de sucederle más de algún contratiempo.

Ese domingo —según él mismo lo relató a su esposa— «empecé la reunión con los dientes puestos. Aleluyas y asombro. Pero fue demasiado (el dolor de las encías), así que durante la oración me los saqué, y cuando cantamos otra vez, hubieras visto las caras de los negros, ¡estaban consternados! ¿Quién había extraído los dientes de Bwana mientras orábamos? Ahora, siempre que aparezo, todas las miradas se dirigen a mi boca para ver si es su viejo Bwana o el nuevo con los dientes».

C.T. Studd, en C.T. Studd, deportista y misionero, por Norman P. Grubb.

Claves para el estudio de la Palabra

Jueces

A. T. Pierson

Palabra clave: Anarquía

Versículo clave: 21:25

El nombre de este libro es una referencia al período de los Jueces, líderes civiles y militares entre Josué y Saúl. Entre 1500 y 1000 a. C., son cuatro o cinco siglos de desorganización y desgobierno. Idolatría y conformación al mundo operan la ruina. La unidad se pierde; las tribus toman el lugar de un solo pueblo. Fe y fidelidad dan lugar a la incredulidad e inconstancia. El tabernáculo está oculto en las tinieblas y hay sólo una mención del sumo sacerdote (20:28).

Hay *quince jueces*: Otoniel, Aod, Samgar, *Débora* y Barac, Abimelec, *Gedeón*, Tola, Jair, Jefté, Ibzán, Elón, Abdón, *Sansón*, *Elí*, *Samuel*; el último, un profeta-juez, conecta los jueces con los reyes, así como *Débora*, una mujer, es la profetiza-jueza que conecta a Moisés con Samuel. *Sansón*, el Hércules de las Escrituras, es muy débil para gobernarse a sí mismo.

Hay *seis conquistas*: por los de Mesopotamia, moabitas, cananitas del Norte, madianitas, amonitas, filisteos; y *seis liberaciones* correspondientes bajo Otoniel, Aod, *Débora*, *Gedeón*, *Jefté* y *Sansón*.

Josué condujo al pueblo adentro de la tierra de la promesa, y obtuvo la posesión a través de la conquista. Pero la incredulidad y la perversidad impidieron mayores bendiciones y trajeron decadencia tanto para la iglesia como también para el Estado. Un cuadro de todo este

período se encuentra en los capítulos 18 y 19. El autor de este libro es probablemente Samuel.

La historia está llena de paralelos. Micaías y su Levita hacen recordar el castillo feudal y los líderes de la Edad Media. La serie de cautiverios tienen su paralelo en la recaída de la Iglesia en errores paganos, del papado, del pelagianismo, del ritualismo, del racionalismo, del secularismo. De la era apostólica hasta ahora, extraordinarios liberadores han sido levantados por Dios, tal como Atanasio, Agustín, Crisóstomo, Hus, Wycliffe, Lutero, Knox, Bunyan, Wesley, Whitefield, Edwards, etc.

DIVISIONES:

1. Jue. 1:1 - 3:6 = Introducción.
2. Jue. 3:7 - 16:31 = Historia principal.
3. Jue. 17 - 21 = Apéndice: narraciones fragmentadas sin orden cronológico.

Estudiando los Salmos con C. H. Spurgeon.

El Tesoro de David



Salmo 41

El gran tema de este Salmo es, evidentemente, Jesucristo, traicionado por Judas Iscariote; pero no creemos que sea el exclusivo. Él es el antitipo de David, y todos los suyos son en cierta medida como Él, por lo que las palabras atribuidas al Gran Representante son aplicables a todos los que están en él.

Los que reciben oprobio como recompensa de su bondad hacia los demás pueden leer este Salmo con mucho consuelo, porque verán que, por desgracia, es común para el mejor de los hombres el ser recompensado con crueldad y desprecio por su caridad; y cuando han sido humillados por haber caído en el pecado, se ha sacado partido de su condición abatida, se han olvidado sus buenos hechos y se les ha mostrado el vilipendio más ruin.

Salmo 42

Siempre edifica el escuchar la experiencia de un santo muy afligido y dotado de gracia. Aunque no se men-

ciona a David como el autor, este Salmo tiene que ser de su pluma; es tan davídico que huele a él; lleva las marcas de su estilo y sus experiencias en cada letra. Podríamos, más bien, poner dudas sobre la paternidad de la segunda parte de *El Peregrino* que poner en duda el nombre de David como autor de este Salmo.

Este salmo es el grito de un hombre apartado de las ordenanzas y culto externo de Dios, suspirando por la casa de su Dios, tan amada; y, al mismo tiempo, es la voz de un creyente espiritual deprimido, que anhela la renovación de la presencia divina, luchando con dudas y temores, pero, con todo, manteniéndose firme en su fe en el Dios vivo.

Salmo 43

A causa de la semejanza de la estructura de este Salmo con el Salmo 42, se ha supuesto que es un fragmento separado por equivocación del cántico precedente; pero siempre es peligroso dejar cabida para teorías sobre errores

en la Escritura, y en este caso sería difícil mostrar motivos para esta admisión.

El lema del mundo es: «Pájaro en mano», «Dame hoy», y «Mañana veremos». Pero la palabra de los creyentes es *spero meliora*: mis esperanzas son mejores que las posesiones presentes.

Salmo 44

«San Ambrosio observa que en Salmos anteriores hemos visto una profecía de la pasión resurrección y ascensión de Cristo, y de la venida del Espíritu Santo, y que aquí se nos enseña que hemos de estar preparados para luchar y sufrir para que aquellas cosas nos sean provechosas. La voluntad humana debe obrar conjuntamente con la gracia divina» (*Christopher Wordsworth*).

Salmo 45

Para un canto tan divino son asignados cantores especiales. El Rey Jesús merece ser alabado por los mejores coristas, no al azar o de modo descuidado, sino con la música más dulce y suave.

Algunos ven aquí a Salomón y la hija de Faraón solamente: son cortos de vista; otros ven a Salomón y a Cristo: ven doble, son bizcos; los ojos espirituales bien enfocados sólo ven a Cristo, o si Salomón está presente en algún punto, ha de ser como las sombras borrosas de los que pasan por delante del objetivo de la máquina fotográfica y apenas son visibles en el paisaje fotografiado. «El Rey», Dios, cuyo trono es para siempre, no es mero mortal, y su dominio perdurable no está limitado por el Líbano ni el río de Egipto. Esto no es un canto epitalámico de unas bodas terrenales, sino el de la esposa celestial y su Esposo elegido.

Salmo 46

Sucedá lo que suceda, el pueblo de Dios es dichoso y está seguro; ésta es la doctrina del Salmo, y para ayudar a nuestra memoria podría ser llamado «El Cántico de la Santa Confianza», si no fuera que por el amor del gran reformador a este himno conmovedor probablemente seguirá recordándose como el Salmo de Lutero. «Cantamos este Salmo en alabanza a Dios porque Dios está con nosotros y poderosa y milagrosamente preserva y defiende a su Iglesia; a su Palabra contra todos los espíritus fanáticos, contra las puertas del infierno, contra el odio implacable del diablo y contra todos los asaltos del mundo, la carne y el pecado» (*Martín Lutero*).

Salmo 47

Hay muchos cánticos dedicados a este director del coro, pero no le sobran. El servicio de Dios es un deleite tal que nunca puede cansarnos; y lo mejor del mismo, el canto de sus alabanzas, es tan placentero que podemos sacar mucho gozo del mismo. «Algunos han aplicado este Salmo a la ascensión de Cristo, pero habla de su segunda venida. El Poderoso está sentado pacíficamente en su trono. Se nos indica el Salmo 45» (*Andrew A. Bonar*).

Salmo 48

Un cántico de gozo y un Salmo de reverencia. ¡Ay!, no todo cántico es un Salmo, porque no todos los poetas han nacido del cielo, y no todo Salmo es un cántico, porque al acudir delante de Dios hemos de expresar confesiones penosas lo mismo que alabanzas exultantes.

Sería inútil dogmáticamente atribuir este canto a algún suceso de la historia judía. Su autor y fecha son desconocidos. Registra la retirada de ciertos re-

yes confederados de Jerusalén, cuando les falló el coraje antes de dar un golpe.

Salmo 49

La generalidad de los hombres da culto al éxito, no importa cómo se consiga. No importa el color del caballo que gana; basta con que gane. «Cuida el número uno» es la filosofía del mundo proverbial, y el que presta atención a él es «listo», «un hombre de negocios capaz», «un individuo astuto y con sentido común», etc. El banquero se pudre como el limpiabotas, y el noble como el pobre. ¡Ay!, pobres riquezas, que son los colores del arco iris en una burbuja, el arbol de la niebla matutina, sin sustancia alguna.

El tema de este Salmo es consolador para el justo; lleno de advertencia al mundano. Escucha, oh, rico. Escucha, oh, pobre. Prestad vuestro oído al mismo, vosotras naciones de la tierra

Salmo 50

Este es el primer Salmo de Asaf, pero no sabemos si fue la producción de este eminente músico o meramente era dedicado a él. Los títulos de doce Salmos llevan su nombre, pese a lo cual no sabemos si hemos de adscribirle la paternidad a él, porque varios de estos Salmos son de fecha demasiado tardía para haber sido compuestos por el mismo autor que los otros.

Desde el versículo 7 al 15 va dirigido directamente a los que profesan pertenecer al pueblo de Dios. Se dirige claramente a Israel, en primer lugar, pero es aplicable igualmente a la iglesia visible de Dios en todas las épocas. Declara la futilidad del culto externo cuando la fe espiritual está ausente y reposa meramente en las ceremonias externas.

Desde el versículo 16, el Señor se dirige de modo manifiesto a los malos entre su pueblo; y los tales existían incluso en los lugares más elevados de su santuario.

Si los formalistas morales han sido reprendidos, ¿cuánto más aquellos que pretenden, a pesar de su inmoralidad, participar en la comunión con el cielo? Si la falta de corazón echa a perder la adoración de los que son decentes y virtuosos, ¿cuánto más las violaciones de la ley, cometidas a las claras, corromperán los sacrificios de los malos?

Salmo 51

Apropiado para la intimidad de la penitencia individual, este Salmo incomparable se adapta también para una asamblea de pobres en espíritu. David nunca insinúa ninguna forma de atenuante a su pecado. Cuando recordamos su pecado, insistamos principalmente en su penitencia y en la larga serie de castigos que siguieron y que hicieron del resto de su vida una historia tan luctuosa.

Salmo 52

Un Salmo con instrucción. Incluso la malicia de un Doeg puede proporcionar instrucción a un David. David era el objeto principal del aborrecimiento extremo de Doeg y, por tanto, la persona más apropiada para sacar del incidente la lección que lleva incluida en sí.

Salmo 53

La palabra *Mahalat* al parecer significa «enfermedad», y verdaderamente este Salmo es «el canto de la enfermedad del hombre»: la mancha mortal, hereditaria, del pecado. La naturaleza malvada del hombre se presenta aquí ante nuestra vista por segunda vez (la primera en el Salmo 14) y, casi, en las mismas pala-

bras inspiradas. Las repeticiones no son innecesarias. Somos lentos en aprender y hemos de ir línea tras línea. David, después de una larga vida, halló que los hombres no eran mejores entonces de lo que eran en su juventud.

Salmo 54

De los versículos 1 al 3, cuando la palabra *Selah* hace una pausa, el Salmista suplica a Dios; y luego, en el resto del Salmo, poniendo a un lado toda duda, canta un himno de triunfo gozoso. El vigor de la fe es la muerte de la ansiedad y el nacimiento de la seguridad.

Salmo 55

Sería inútil intentar establecer el tiempo y ocasión para este Salmo de modo dogmático. Da la impresión de haber sido escrito al tiempo de Absalón y Ahitofel.

Una oración del Hombre Cristo en su humillación, despreciado y rechazado por los hombres, cuando él fue hecho pecado por su pueblo, para que pudiéramos ser hechos justicia de Dios en él, cuando él estaba a punto de sufrir su castigo, pagar su deuda y satisfacer su rescate (*John Noble Coleman*).

Salmo 56

Tenemos aquí los cánticos del siervo de Dios, que se regocija una vez más por su retorno del destierro, y abandona los lugares peligrosos en que se había visto obligado a refugiarse y callar, incluso ante lo bueno. Hay un conocimiento tan profundo y espiritual en este Salmo, que podríamos decir de él: «Bienaventurado eres, David hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado carne y sangre».

Salmo 57

Esta petición es una oración compacta, llena y breve, y digna de ser el emble-

ma de un cántico sacro. David había dicho: «No le destruyas», con referencia a Saúl, cuando lo tenía en su poder, y ahora él se complace en emplear las mismas palabras en su súplica a Dios. Podemos inferir por el espíritu de la oración al Señor que el Señor nos eximirá a nosotros si nosotros eximimos a nuestros enemigos. Hay cuatro «No destruyas» en los Salmos, a saber: en el 57, el 58, el 59 y el 75.

Salmo 58

Éste es el cuarto de los Salmos del «Secreto áureo» y el segundo de los «No destruyas». Estos nombres, si no sirven para nada más, son útiles para ayudar a la memoria. Los hombres dan nombres a sus caballos, joyas y otras posesiones, y estos nombres no significan más que una distinción para reconocerlos, y en algunos casos exhiben la alta estima del poseedor sobre este tesoro; de la misma forma, el poeta oriental da un título al canto que ama, y con ello ayuda a su memoria y expresa su estimación del mismo. No siempre hemos de considerar que haya un significado en estas inscripciones; basta con tratarlos como títulos de poemas o nombres de tonos.

Sin duda, a la vista de Sodoma, Gomorra, Adma y Zeboim destruidos, los ángeles vieron motivo para regocijarse y cantar: «Aleluya». La maldad fue barrida; la tierra fue aliviada de una carga; la justicia, la justicia de Dios, fue exaltada; el amor a sus otras criaturas fue desplegado al librarlas de la proximidad de contaminaciones infernales. Bajo el mismo principio (aunque entre más profundamente en la mente del Padre y simpático de lleno en su justicia), el mismo Señor Jesús, y cada uno de sus miembros, exclamará «Aleluya» sobre las huestes destruidas del anticristo (*Andrew A. Bonar*).

Salmo 59

A quien Dios guarda, Satanás no puede destruirlo. El Señor puede incluso preservar las vidas de sus profetas por medio de cuervos, que suelen, por su naturaleza, arrancar los ojos de otros. David siempre halló un amigo para ayudarlo cuando su situación era en extremo peligrosa, y este amigo se hallaba en la misma casa de su enemigo; en este caso se trataba de Mical, la hija de Saúl, como en otras ocasiones había sido Jonatán, el hijo de Saúl. «Mictam de David». Este es el quinto de los «Secretos áureos» de David. El pueblo escogido de Dios tiene muchos de ellos.

Salmo 60

Aquí tenemos un título largo, pero nos ayuda mucho a exponer los Salmos. «Al músico principal; sobre Lirios. Testimonio. Mictam de David». El Salmo cuarenta y cinco era sobre los lirios y representaba al guerrero victorioso en su hermosura yendo a la guerra; aquí le vemos dividiendo los despojos y dando testimonio de la gloria de Dios.

Salmo 61

Este Salmo es una perla. Es corto, pero precioso. A muchos que estaban enlutados les ha proporcionado expresión cuando la mente no podía hallar palabras para hacerlo. Fue compuesto evidentemente después que David hubo llegado al trono (vers. 6). El versículo 2 nos lleva a creer que fue escrito por el Salmista durante su exilio forzado del tabernáculo, que era la residencia visible de Dios. Si es así, se ha sugerido que el período que corresponde a su creación es el de la rebelión de Absalón. Delitzsch lo titula correctamente «Oración y acción de gracias de un rey expulsado, a su regreso al trono».

Salmo 62

Éste es el segundo Salmo dedicado a Jedutún, o Etán; el primero es el 39, un Salmo casi gemelo de éste en muchos aspectos, que contiene en el original la palabra traducida como «sólo» cuatro veces, comparada con seis aquí. «No hay en él una sola palabra (y esto es una ocurrencia rara) en que el profeta exprese temor o abatimiento» (*Moses Amyraut*). Atanasio dice de este Salmo: «Contra todos los intentos sobre tu cuerpo, estado, alma, fama, tentaciones, tribulaciones, maquinaciones, difamaciones, repite este Salmo».

Salmo 63

Este salmo fue escrito probablemente cuando David huía de Absalón; ciertamente en el tiempo que lo escribió, era rey (vers. 11) y está apurado por los que procuraban matarle.

La palabra distintiva de este Salmo es «temprano». Cuando la cama es más blanda, nos sentimos tentados de levantarnos tarde, pero cuando no hay comodidad, y la cama es dura, si nos levantamos más temprano para buscar al Señor, tenemos mucho que agradecer a la aspereza o al desierto. «Hay salmos propios para el desierto o la soledad; y tenemos razones para agradecer a Dios que es el desierto de Judá el lugar en que estamos, no el desierto de pecado».

Salmo 64

La vida de David estaba llena de conflictos, y raramente terminaba un Salmo sin mencionar a sus enemigos; en este instante sus pensamientos están completamente ocupados en oración contra ellos. «El clamor del elegido de Dios cuando es perseguido por causa de la justicia» (*Arthur Pridham*). (Continuará)

(Extractado de *El Tesoro de David*, de C. H. Spurgeon)

Estudio de la Segunda Epístola a los Corintios.

Viendo a Cristo en la espiritualidad



Stephen Kaung

Lecturas: 2ª Corintios 1:3-7, 13:11.

La segunda carta a los Corintios es muy distinta a la primera. En 1ª Corintios, vemos problemas y más problemas, pero en 2ª Corintios, vemos gloria tras gloria. En 1ª Corintios, vemos carnalidad (personas salvas, pero viviendo según la carne). En 2ª Corintios, vemos espiritualidad (personas salvas y vida en el Espíritu). En 1ª Corintios, vemos la triste condición de la iglesia en Corinto. En 2ª Corintios, vemos la gloriosa vida de Pablo, un siervo del Señor. Pero, en realidad, lo que hace la diferencia entre 1ª Corintios y 2ª Corintios es la operación de la cruz en las vidas. Si permitimos que la cruz opere en nuestra vida, entonces seremos liberados de la carnalidad y conducidos a la espiritualidad.

La segunda carta a los Corintios nos

muestra a Cristo en la espiritualidad. La espiritualidad es Cristo; si no es Cristo, entonces no es espiritual. Si apareces tú o yo, entonces ciertamente será algo carnal. Pero si es Cristo en ti o Cristo en mí, entonces será espiritual. Así de sencillo.

Pablo probablemente escribió esta segunda carta a los Corintios en algún lugar de Macedonia, alrededor del año 57 d. C. En el libro de los Hechos, capítulo 20:1-6, tenemos el registro acerca de la ocasión en que fue escrita esta carta. Durante ese período Pablo permaneció tres meses en Corinto.

Pablo escribió esta carta después de haber oído buenas noticias provenientes de Corinto. Sabemos que, cuando escribió la primera carta, lo hizo con lágrimas. Ahora, a través de Tito, él recibió

noticias de que muchos en la iglesia en Corinto se habían arrepentido, y por eso escribió ésta como una carta de aliento y consuelo.

En el primer capítulo, Pablo dice: «*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación*». En algunas versiones es utilizada la palabra aliento, ánimo, en vez de consolación. Aun en el original, el verdadero significado es ayuda, fortalecimiento, aliento. Esta es una palabra complementaria utilizada juntamente con el nombre del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es *parakletos* y la palabra utilizada aquí es *paraklesis*. Entonces en este versículo, esa palabra significa ayuda, fortalecimiento, aliento, ponerse al lado de alguien para socorrerlo. Y esto describe perfectamente el carácter de esta segunda carta de Pablo a los Corintios.

Pablo escribió esta carta para alentar a los que se habían arrepentido – para fortalecerlos, para colocarse a su lado y ayudarlos a alcanzar la madurez espiritual. Y, por tanto, al principio de esta carta, el menciona: «*Pero si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación*». Nuestra ayuda o aliento «es para vuestra consolación y salvación.» Y, entonces, al final de la carta, concluye diciendo: «*Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos* (maduren, crezcan), *consolaos* (sean fortalecidos), *sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros*» (2 Co. 13:11).

Por lo tanto, esta es una carta de aliento. A pesar de todo, sabemos por la propia carta y también por el trasfondo histórico que, aunque la mayoría de las personas en Corinto se hubiese arrepentido, todavía algunos permanecían en pecado y rehusaban arrepentirse. Aún había al-

gunos que se oponían al ministerio de Pablo. En la misma carta menciona que, por causa de esto, él había escrito estas cosas estando ausente, de manera que, cuando estuviese presente entre ellos, no hubiese necesidad de usar la severidad de acuerdo con la autoridad que el Señor le había dado para edificación y no para destrucción (ver 2ª Corintios 10). De igual modo, escribió esta carta para aquellos que rehusaban arrepentirse y se oponían a la autoridad que Dios le había dado. Él escribió esta carta para prepararlos. Es una espada de doble filo. Por un lado, para alentar a los que se arrepintieron, y, por otro lado, una advertencia para los que rehusaban arrepentirse.

Esta carta nos da una visión muy íntima del apóstol Pablo como persona. Entre todas sus cartas, hay dos que, en cierto modo, exponen, descubren, revelan al hombre Pablo como persona. Una de ellas es Filipenses. En ella, él abre su corazón a los creyentes de Filipos, los cuales lo amaban muchísimo; hay un amor mutuo entre Pablo y estos creyentes y él tuvo una conversación de corazón a corazón con ellos.

La otra carta es 2ª Corintios. No hay otra carta, excluyendo Filipenses, que revele mejor a Pablo como persona, como hombre. Él se expone a sí mismo abiertamente, como si no hubiese ni el más fino velo que pueda esconder lo que él realmente es. Por esa razón la segunda carta a los Corintios es tan preciosa. En ella percibimos que Pablo descubre todos sus sentimientos. A veces, él está airado, o bien angustiado; a veces con temor, otras indeciso; a veces osado, otras lleno de amor. Podemos ver a Pablo –el hombre– pero, gradualmente él va quedando atrás y vemos que Cristo viene al frente. Vemos a Cristo en Pablo.

En su epístola, el apóstol menciona

que hay sentencia de muerte sobre él. Él perdió hasta la esperanza de vivir y, aun así, nos dice que nuestra esperanza está en aquel que levantó a Cristo de entre los muertos.

También vemos que Pablo cambia de idea. Él pensaba ir a Corinto para devolverles una visita, pero cuando estaba en Troas, cambió de parecer. En lugar de ir a Corinto, fue a Macedonia, y fue acusado de ser una persona vacilante. Sí, él podía cambiar, pero dice: «El Cristo a quien yo predico es siempre el Sí y el Amén. Él nunca cambia». El apóstol nos revela que tiene siempre en sí mismo la muerte de Cristo, pero también la vida de Jesús es manifestada en él.

En su escrito, Pablo menciona cuánto ha sufrido y, no obstante vemos cuánta consolación, cuánto ánimo y qué tremenda ministración se produjo a partir de ese sufrimiento. De esta manera considerando todo, descubrimos algo: cuando Pablo se expone, todos sus cambios, todos sus fracasos, o lo que pareció ser fracaso a los ojos de las personas, todos sus dolores y sufrimientos, en todo eso no vemos a Pablo – vemos a Cristo. Eso es espiritualidad.

La segunda carta a los Corintios puede ser aproximadamente dividida en tres secciones:

Cap. 1 al 7: El ministerio espiritual

Cap. 8 al 9: El dar, un hecho espiritual

Cap. 10 al 13: El hombre espiritual

El ministerio espiritual

Pablo dice: «*Teniendo nosotros este ministerio...*» (4:1). Naturalmente, sabemos que no todos tienen el tipo de servicio que Pablo tenía. Dios le había dado un ministerio especial, el ministerio apostólico. No todos son apóstoles; nosotros no hemos recibido este tipo de ministe-

rio. Sin embargo, cuando Pablo habla sobre el ministerio, aunque se refiere a su propio servicio, los principios que revela se aplican a todos los ministerios.

Todo creyente tiene un ministerio; si lo cumple o no, eso es otra cosa. Pese a ello, todo creyente tiene un ministerio, porque todos somos sacerdotes para Dios. Nuestro ministerio es llamado ministerio del cuerpo. Somos miembros del cuerpo y cada miembro tiene un ministerio en relación al cuerpo y con la Cabeza. Cada uno es responsable de ministrar a los demás en el cuerpo, para edificación del cuerpo y glorificación de la Cabeza.

Amados hermanos, recuerden que ustedes tienen un ministerio que cumplir como miembros del cuerpo de Cristo. Ustedes no están simplemente allí, pasivamente sentados, sólo recibiendo, sino que están en el cuerpo para recibir y para dar. Tú has de recibir lo que el Señor tiene para darte a través de otros hermanos y hermanas que te ministran y, al mismo tiempo, tú debes ministrar a tus hermanos y hermanas.

De este modo, en principio, el ministerio en el cual todos estamos involucrados debería ser un ministerio espiritual. Si aquello que ministramos a otras personas es a nosotros mismos, no es un ministerio espiritual; pero, si ministramos Cristo a los demás, entonces es un ministerio espiritual. Si ministramos a nosotros mismos a las otras personas, es un ministerio de muerte, pero si les ministramos Cristo, es un ministerio de vida. Es muy importante que comprendamos lo que es realmente un ministerio espiritual, de manera que, cuando ministramos, sea algo espiritual y no carnal.

En 1ª Corintios, los miembros ministraban, pero cuanto más ellos servían, peor se volvía el cuerpo. Eso ocu-

La espiritualidad es una Persona – Cristo. Un hombre espiritual es un hombre en Cristo; un hombre espiritual es Cristo en aquel hombre.

rría porque no estaban ministrando a Cristo al cuerpo; se estaban ministrando a sí mismos al cuerpo; se mostraban a sí mismos en lugar de mostrar a Cristo.

Necesitamos entender lo que es un ministerio espiritual, porque estamos todos involucrados en ello. No debemos temer. En la parábola mencionada por el Señor Jesús, había un siervo que tenía miedo y, estando inseguro por no saber si su ministerio era espiritual o carnal, él escondió su talento. Creía que eso era lo mejor que podía hacer, pues de este modo no cometería errores. Cuando el Señor volvió, lo llamó perezoso y negligente. Aunque este siervo se sintiese incapaz de hacer algo, él pudo, por lo menos, haber depositado su talento en un banco y ganar intereses. Hermanos, no traten de esconder lo que el Señor les ha dado, enterrando sus dones. Utilícenlos para el Señor, y así aprenderán lo que es espiritual y lo que es carnal.

Un ministerio de aliento

¿Qué es un ministerio espiritual? El ministerio espiritual es un ministerio de aliento. Decíamos anteriormente que alentar significa consolar, fortalecer, ponerse junto a alguien para ayudarlo. El Espíritu Santo es el Consolador, aquel que fortalece, o *Parakletos*, aquel que se coloca al lado y socorre o ayuda. Y nuestro servicio, si es un ministerio espiritual

debe tener esa misma naturaleza y cualidad. Con todo, a fin de tener tal don de alentar, es necesario saber que no lo obtenemos simplemente adquiriendo conocimiento; es necesario tener experiencia personal. O sea, tú no puedes consolar a otra persona, ni fortalecerla, ni alentarla, si todo lo que tú tienes son meras palabras. Tal vez tengas las palabras correctas, pero son palabras sin poder.

A veces somos como los tres amigos de Job. Ellos vinieron a visitarlo con buena intención. Sabemos que trataron de ayudar, pero mientras más se esforzaban, la situación empeoraba porque ellos no tenían la experiencia. Todas sus palabras provenían de sus estudios, de su tradición. Cuando leemos el libro de Job, percibimos que lo que ellos decían era correcto, pero, por desgracia, sus palabras no eran apropiadas. A veces, tú puedes decir las palabras correctas, pero a la persona equivocada, y por tanto, la persona no va a ser consolada o alentada.

Hermanos, en esta carta se nos relatan los sufrimientos por los cuales había pasado el apóstol Pablo. Él dice: «Había sentencia de muerte sobre mí; ya había perdido toda esperanza». Es un caso sin esperanza. Pero cuando él se encontraba en ese tipo de situación, el Señor lo levantaba, y él experimentaba el poder de la resurrección del Señor Jesús y, habiendo pasado por esa tremenda experiencia, podía consolar a las personas que estaban desamparadas y sin esperanza. Él podía decir a los creyentes de Corinto que ellos estaban en apuros, mas no desesperados. Aún había esperanza, pero la esperanza no estaba en ellos mismos, sino en Él, en Cristo. Él es nuestra esperanza. Dios es un Dios de toda consolación y Padre de toda misericordia.

Amados hermanos, cuando tratamos de servirnos unos a otros, ¿ministramos

simplemente el fruto de nuestros estudios, de nuestras tradiciones o de nuestras mentes? Podemos tener la mejor de las intenciones, pero eso no servirá de nada. Si Dios nos utiliza para alentar a nuestros hermanos y hermanas, muchas veces será a través de algo que proviene de nuestra experiencia personal. Probablemente tú tendrás que pasar por muchas cosas a fin de poder ayudar a otros, y recuerda que Dios nunca permite que pasemos por alguna situación sólo por causa de nosotros mismos. Toda experiencia de nuestra vida a través de la cual hayamos aprendido a Cristo, es para el cuerpo. Todo lo que nos ocurre es para que podamos ministrar, para que tengamos algo que ofrecer, para que tengamos algo para dar a la iglesia.

Un ministerio de amor

El ministerio espiritual es un ministerio de amor. Pablo dice en 2ª Corintios 2:4 *Porque por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que fueseis contristados, sino para que supieseis cuán grande es el amor que os tengo.* Cuando Pablo escribió la primera carta, ésta parece haber sido muy severa, muy fuerte, pero él dice: «...por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí». «Oh, yo estaba sufriendo y llorando, os escribí con muchas lágrimas. No porque desease causaros tristeza, sino porque os amo mucho. Es por amor».

Hermanos, nosotros no estamos aquí simplemente intentando agradar a todos. Es fácil tratar de agradar a todos, pero es difícil herir a alguien en amor. Pablo sabía que esa carta los lastimaría profundamente, y a pesar de todo, porque él los amaba tanto, no podía hacer otra cosa que decirles la verdad en amor. En un sentido, percibimos que eso fue más costoso

para Pablo que para los cristianos de Corinto.

Si nuestro ministerio no nos cuesta nada, entonces no tiene ningún valor. A pesar de eso, nuestro ministerio tiene que tener su origen en el amor, pero no en el amor humano. El amor humano trata de agradar a todos y, al agradar a todos, tú también te agradas a ti mismo. El amor divino, el amor *ágape*, ama tanto que tú eres capaz de herir, pero claro que primeramente te habrás herido a ti mismo. Es un ministerio de amor. Oh, que Dios nos llene de su amor para que podamos amarnos unos a otros a tal punto que seamos capaces de hablar la verdad en amor. Eso no significa tratar de herir a todos, pero a veces puede ser necesario. Tal vez esto signifique que a ti te duela más que a aquel a quien heriste.

El ministerio de la fragancia de Cristo

El ministerio espiritual es un ministerio de la fragancia de Cristo. Pablo dice en 2ª Corintios 2:14, 15: *Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden.*

La fragancia es algo tremendamente místico, es aparentemente intangible. Tú no puedes verla, ni oírla, y a pesar de eso está allí, puedes sentirla. Sabes que está allí. Muchas veces el aroma o fragancia es percibido antes que se pueda ver u oír cualquier cosa. Tú puedes no haber visto u oído cosa alguna, pero ya puedes haber sentido el olor. Descubrirás también que muchas veces el olor tiene un efecto más duradero. El sonido puede venir e irse, la visión puede ser vista y luego perderse, pero el olor se queda contigo durante algún tiempo.

En Jeremías 48:11 el profeta habla sobre Moab: «*Quieto estuvo Moab desde su juventud, y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija, ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado*». Cuando se elabora el vino, debe ser vaciado de vasija en vasija hasta que todo el sedimento haya quedado en el fondo y el vino esté claro y puro. Pero Moab nunca había sido vaciado de vasija, nunca había sido tratado. Vivía tranquilamente, estaba siempre sentado en el poso de su vino. A consecuencia de esto, su sabor no se había modificado; el aroma nunca había tenido un cambio; tenía el mismo olor. ¿Y qué olor era aquél? La altivez de Moab – Moab es orgulloso, arrogante.

Amados hermanos, esa es una descripción del hombre natural, del cristiano carnal. Un cristiano carnal es aquel que no fue tratado. Él no ha cambiado, aún sigue siendo el mismo. No obstante ser salvo, todavía no fue vaciado de vasija en vasija, no fue purificado. Porque la cruz no ha operado en su vida, su sabor sigue invariable, su aroma no ha cambiado; aún puedes percibir su olor original. Pero, gracias a Dios, Pablo dice que dondequiera que vayamos llevaremos el aroma de Cristo. Pablo había sido vertido de vasija en vasija. Todo su sabor y aroma originales ya habían pasado. Ahora él exhalaba la fragancia de Cristo. Para aquellos que son salvos, eso es vida; en cambio, para quienes están pereciendo es muerte.

Un ministerio espiritual no requiere de palabras ni de tampoco de obras. Un ministerio espiritual es la presencia misma de aquella persona que hace la obra y pronuncia la palabra. Nosotros deberíamos tener un aroma especial. Doquiera que vayamos, la personas sentirán el olor

de la fragancia de Cristo, la cual es producida por un conocimiento experimental de Cristo. Cuanto más conoces a Cristo, más aroma de él exhalas, y eso es un ministerio.

Un ministerio del Espíritu

Un ministerio espiritual es un ministerio del Espíritu. En el capítulo 3, Pablo dice: «Ustedes son carta de Cristo». Los cristianos de Corinto, la iglesia de Corinto, es y debería ser una carta de Cristo. En otras palabras, la iglesia en Corinto debería ser leída y cuando las personas la leyesen, deberían leer a Cristo. Ellos deberían ver a Cristo porque la iglesia en Corinto es supuestamente una carta de Cristo. Pablo es el escriba, la tinta utilizada es el Espíritu Santo y la carta que él escribe es Cristo. Por el poder del Espíritu Santo, él está escribiendo a Cristo, letra a letra, en el corazón de los cristianos de Corinto. Esto es lo que nosotros debemos ser: una carta de Cristo.

Ejercer un servicio espiritual significa escribir en los corazones humanos y no sobre piedras. No estamos simplemente escribiendo en las mentes de las personas, sino en sus corazones. ¿Cómo estamos escribiendo? ¿Qué tinta estamos utilizando? Es con el poder del Espíritu Santo que escribimos a Cristo en los corazones humanos. No nos predicamos a nosotros mismos, predicamos a Jesucristo, el Señor. Ese es nuestro ministerio.

De manera que, en los primeros cuatro capítulos, Pablo nos muestra lo que es un ministerio espiritual. Es un ministerio de aliento, un ministerio de amor, un ministerio de la fragancia de Cristo y un ministerio del espíritu.

El ministro

En los capítulos 4 y 5, Pablo nos muestra qué tipo de ministro es él. Los

primeros cuatro capítulos nos muestran el ministerio; mas los capítulos 4 y 5 nos muestran al ministro. Pablo dice: «*Teniendo nosotros este ministerio...*». ¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué tipo de personas deberíamos ser? Eso es importante, porque nuestro ministerio está íntimamente relacionado con el ministro. Si fuésemos la persona equivocada, no tendríamos un ministerio correcto. Aunque el Señor nos use y estemos edificando, nosotros mismos destruiremos lo que ha sido construido y el daño será mayor que el beneficio. De esta manera, el ministro, el tipo de vaso que nosotros seamos, es muy importante.

Un vaso puro

«*Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios*» (2 Co. 4:1-2).

Cuando estamos ministrando, recordemos que estamos recomendándonos a la conciencia de cada hombre delante de Dios. No somos simplemente ministros con palabras, ni sólo ministros con obras; no estamos sólo tratando de servir a nuestros hermanos y hermanas con los dones que nos han sido dados por Dios, sino más que eso. Cuando tú ministras, en realidad, te estás recomendando a ti mismo a la conciencia de tus hermanos y hermanas. Si en la conciencia de ellos hay alguna acusación o algún motivo para que tengan dudas, entonces tu ministerio estará obstruido, fracasado.

Necesitamos recomendarnos a nosotros mismos; por lo tanto, el vaso tiene que ser puro. Si hubiera alguna impure-

za, algo oculto, eso afectará el ministerio. ¡Cuán importante es estar puro delante de Dios! Que el Espíritu Santo escudriñe nuestros corazones y los purifique, para que no haya en nosotros segundas intenciones, sino que toda nuestra motivación sea únicamente Él. Tenemos que recomendarnos a nosotros mismos a la conciencia de todos los hermanos y hermanas delante de Dios y, para esto, necesitamos de la sangre de nuestro Señor Jesús.

Un vaso quebrantado

El vaso debe ser un vaso quebrantado. Si tú tratas de permanecer intacto, de mantenerte sin ser quebrantado en la vida de tu alma, entonces el brillo del tesoro que está contenido en el vaso permanecerá escondido. Somos vasos de barro, pero tenemos un tesoro en nosotros y el brillo proviene de Dios y no de nosotros mismos. Para que la luz de Dios aparezca, estos vasos necesitan ser quebrados y sólo entonces la vida de Cristo puede ser manifestada de su interior. Es por esta razón que Pablo dice: «...*que estamos atribulados en todo, mas no angustiados*».

Podemos estar atribulados, mas no aplastados; podemos no ver claramente la salida, pero sabemos que nuestro camino no está totalmente cerrado. Muchas veces llegamos al punto de no saber qué hacer, somos llevados al fin de nuestros recursos, pero no al fin de nuestra vida. «*Perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos*». Esto es un vaso quebrantado, y sólo éste puede ministrar a Cristo. De lo contrario, sólo te ministrarás a ti mismo. Las personas tocarán tu capacidad intelectual

o tu personalidad dinámica, pero no podrán tocar a Cristo en ti.

Un vaso que es constreñido

Un ministro es un vaso que es constreñido. En el capítulo 5:14-15, Pablo dice: *«Porque el amor de Cristo nos constreñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos»*. Hermanos, nosotros necesitamos ser constreñidos por el amor de Cristo; no por obligación, sino por amor. Cuando el amor de Cristo nos constreñe, entonces somos capaces de ser aquellos vasos adecuados para el uso del Maestro.

Los que reciben la ministración

Los capítulos 6 y 7 se refieren a los que reciben la ministración. En los primeros cuatro capítulos, se puede ver el ministerio; en los capítulos 4 y 5, el ministro y, en los capítulos 6 y 7, aquellos que reciben la ministración. Los que reciben la ministración también tienen una parte de responsabilidad. *«Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios»* (2 Co. 6:1).

La gracia de Dios te ha sido ministrada. Cristo te ha sido ministrado. No recibas la gracia de Dios en vano. O sea, no permitas que la gracia de Dios salga de tu vida, sino permite que la gracia de Dios trabaje en tu vida de modo que tú también seas lleno de ella.

«No os unáis en yugo desigual con los incrédulos» (2 Co. 6:14). Apártense, no estén subyugados al mundo. Salgan del mundo y apártense de él. Dios dice: *«...me seréis hijos e hijas»*. *«Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contamina-*

ción de carne y de espíritu perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2 Co. 7:1). Que no sólo nuestro cuerpo, nuestra carne, sean purificados, sino también nuestro espíritu sea perfeccionado en santidad y temor de Dios. Esto es el ministerio espiritual.

El dar, un hecho espiritual

En los capítulos 8 y 9 se encuentra la espiritualidad del hecho de dar. El dar es un ministerio. Es importante saber que dar cosas materiales también es algo espiritual. En realidad, muchas veces descubriremos que la prueba de la verdadera espiritualidad está en el hecho de dar. Nosotros debiéramos dar espiritualmente, porque el dar es espiritual. Para una persona carnal, lo importante es recibir, pero, para aquel que es espiritual, el dar es lo que importa.

Muchas veces, el hecho de dar revela qué tipo de persona somos. Nosotros separamos el hecho de dar de los otros ministerios, a los cuales llamamos «espirituales», como si el dar no fuese también algo espiritual. Sin embargo, a la luz de la palabra de Dios, el dar es tan espiritual como cualquier otro ministerio porque es un dar de acuerdo con el modelo de Dios. Dar del mismo modo como Dios da. *«Él, siendo rico...»*. ¿Hay alguien tan rico como Cristo? No obstante, él se hizo pobre por amor a nosotros, para que nosotros pudiésemos ser enriquecidos en él. Eso es dar.

Dar es dar de acuerdo con el modelo de Dios, es dar de acuerdo con el mismo espíritu con que Cristo dio. Este es el motivo por el cual, en los capítulos 8 y 9 de la segunda carta a los Corintios, el hecho de dar algo es llamado una «gracia». ¿Por qué una gracia? Porque es la gracia de Dios que nos capacita para dar. Todo lo que nosotros tenemos proviene

de El. Y es su gracia la que nos mueve a dar.

El hecho de dar algo es también llamado una bendición, porque en la medida que somos bendecidos por Dios, nosotros lo bendecimos al dar. No piensen que dar es una ley. ¿Quién de entre nosotros puede cumplir la ley? Ninguno, pero el dar es gracia. Pablo dice: «Miren el ejemplo de los macedonios... por causa de la abundante gracia de Dios sobre ellos, la profunda pobreza de ellos sobreabundó en la gran riqueza de su generosidad. Ellos no sólo dieron sus bienes materiales, sino que se dieron a sí mismos primero al Señor, y luego a nosotros los apóstoles, para que de alguna manera pudiesen participar en la gracia y comunión en las cuales nosotros nos involucramos al ayudar a los pobres en Jerusalén». Eso es la gracia.

Hermanos, demos con gracia, demos como Él da. Demos de manera espiritual y no por mero legalismo, como si no tuviésemos otra alternativa. Demos porque Él ha sido generoso para con nosotros. ¡Oh, cuánto nos ha bendecido! Nosotros tenemos que bendecirlo; tenemos que mostrar la gracia para que él sea glorificado. Demos hasta que Cristo sea glorificado. Eso es dar espiritualmente.

El hombre espiritual

Finalmente, en los capítulos 10 al 13, encontramos el hombre espiritual. No se trata sólo del ministerio espiritual, del hecho de dar como un hecho espiritual, sino que también el hombre necesita ser espiritual. Pablo dice que un hombre espiritual es un hombre en Cristo. «*Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o*

fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar». En ese hombre él se gloriaba; pero de sí mismo en nada se gloriaba, sino en sus debilidades.

Hermanos, ¿quién es un hombre espiritual? Un hombre espiritual es un hombre en Cristo. Dios nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. Si tú permaneces en Cristo, descubrirás que todas las bendiciones espirituales son tuyas, no en ti mismo, sino en Cristo. Dios nos puso a todos en Cristo, pero nosotros tenemos que permanecer en él. En cuanto a posición, por su gracia, todos nosotros estamos en Cristo y, por lo tanto, deberíamos ser hombres y mujeres espirituales. Mas, en relación a nuestra condición, nosotros podemos estar morando en él o no. Si permanecemos en él y hacemos de él nuestra morada, entonces produciremos frutos para la gloria de Dios.

Cuando Pablo dice: «*Conozco al tal hombre, si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé...*», tú puedes pensar que él no está diciendo la verdad. Pero lo cierto es que él sí habla verdad. Él conoce a un hombre en Cristo, pero cuando aquel hombre experimentó el tercer cielo y el paraíso, el no sabía si eso fue dentro o fuera del cuerpo. Con esto, él trata de decirnos: «...en este hombre en Cristo tengo mucho de qué gloriarme; pero de mí mismo no hay nada en que pueda gloriarme, sino en mis debilidades».

Un hombre espiritual es aquel que no habla de sí mismo, es un hombre que no es consciente de sí mismo. Un hombre espiritual se olvida de sí mismo y sólo tiene conciencia de Cristo.

En estos pocos capítulos, hay varias cosas con respecto al hombre espiritual. Él es un hombre poderoso según el concepto

de Dios. No es un hombre que anda según la carne, sino un hombre cuyo brazo de guerra es poderoso delante de Dios – divinamente poderoso. Es un hombre de oración. No es alguien lleno de argumentos. Es un hombre de oración, poderoso en Dios para destruir todas las fortalezas del enemigo, todos los pensamientos de las imaginaciones de la mente, llevándolos cautivos a la obediencia de Cristo.

Un hombre espiritual es un hombre con autoridad; no una autoridad natural por ocupar una posición, sino una autoridad espiritual de amor. Un hombre espiritual es un hombre con un celo santo de Dios. Él dice: *«Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo»* (2 Co. 11:2). Exactamente como el Señor dijo: *«El celo de tu casa me consume»*.

Un hombre espiritual es un hombre que sufre por la causa de Cristo. Pablo menciona cuánto padeció física, mental y espiritualmente. Toda la preocupación por toda la iglesia está en su corazón. Él

dijo: *«¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?»* (2 Co. 11:29). Un hombre espiritual es un hombre con visión y revelación. El Señor le mostró Su propósito. Un hombre espiritual es un hombre que conoce la suficiente gracia de Dios. El sabe que Dios dijo: *«Bástate mi gracia»*. Así es un hombre espiritual.

Resumiendo, un hombre espiritual es un hombre en Cristo; un hombre espiritual es Cristo en aquel hombre.

La segunda carta a los Corintios nos revela a Cristo en la espiritualidad. ¿Qué es la espiritualidad? Debemos hacer esta pregunta; debemos ser espirituales. Nuestro ministerio debe ser espiritual, para que pueda realmente edificar al cuerpo de Cristo. Nuestro dar debe ser espiritual, para que Dios pueda ser glorificado. Nuestra persona debe ser espiritual, para que Cristo pueda ser manifestado. Pero, ¿qué es la espiritualidad? La espiritualidad es una persona – Cristo. Cristo en usted es la espiritualidad. ¡El Señor nos ayude!

(Tomado de Vendo Cristo no Novo Testamento, Tomo II).

* * *

Sólo las chispas

Estaba volando una noche de Chicago a Minneápolis, casi iba solo en el avión. El piloto anunció que había una tormenta con truenos sobre el lago Michigan y en Wisconsin. Giraría al oeste para evitar la turbulencia. Mientras estaba ahí sentado observando la total negrura, de repente todo el cielo apareció brillante por la luz y una caverna de nubes blancas se alejó de nosotros quedando a seis kilómetros por debajo del avión, y después se desvaneció. Un segundo más tarde, un gigantesco túnel blanco de luz estalló de norte a sur cruzando el horizonte, y de nuevo se desvaneció en la negrura. Pronto la luz fue casi constante y volcanes luminosos surgieron de repente de los barrancos nebulosos y de detrás de blancas montañas lejanas. Me quedé allí sentado moviendo mi cabeza casi con incredulidad. «Oh, Señor, si éstas son sólo las chispas que saltan al afilar tu espada, ¡cómo será el día en que aparezcas!», y recordé la palabra de Cristo: *«Como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre»*.

John Piper, en Sed de Dios

Los nombres de Cristo (8).

El Pastor

Harry Foster



Los hombres son como ovejas. Esta es una de las razones por la cual, aceptando la responsabilidad sobre su pueblo, Dios se describe como su pastor (Ez. 34:12.) Es evidente que él no ve ninguna incongruencia ni falta de dignidad en presentarse como un hombre de trabajo, asociándose a un tipo de trabajo a menudo considerado como de baja condición. Y aún más, él prometió proveer a su Rey escogido para ser el pastor de Su rebaño (Ez. 34:23).

Los habitantes de la ciudad pueden disfrutar el simbolismo pintoresco de la imagen pastoril; en el ambiente eclesiástico, los cristianos pueden atribuir status al oficio de 'pastor', pero la realidad es que cuidar ovejas bajo las condiciones de las tierras bíblicas era una labor áspera, sucia, gravosa e ingrata, que cualquiera de nosotros se alegraría de traspasar más bien a otros (Gn. 31:40). El punto preciso del capítulo profético de Ezequiel es asegurar al pueblo de Dios que Él no deja este trabajo a otros, sino que lo asume por sí mismo.

Más aún, cuando el Hijo fue hecho carne para dar al mundo una revelación comprensible de la naturaleza de Dios, él tomó el nombre de pastor y lo hizo su propia y particular descripción. Nadie le otorgó ese título; él lo adoptó como suyo (Jn. 10:11), y lo usó como un medio de brindar consuelo y seguridad a su «*manada pequeña*» (Lc. 12:32). Y en el caso de que alguien pensara que él sólo favorece a los amantes de la recta doctrina o a los de buen proceder, en más de una ocasión contó la historia de la oveja perdida (Lc. 15:4) para ilustrar la preocupación del pastor por los descarriados y rebeldes. Asimismo, él puntualizó que las ovejas no-judías son igualmente miembros preciosos y escogidos del único rebaño del cual él es el pastor (Jn. 10:16).

En los días del Antiguo Testamento, Dios había honrado al pastor, Abel (Génesis 4:4); prosperó al pastor, Jacob (Gn. 32:10); entrenó a Moisés para guiar a Israel dándole un aprendizaje de pastor durante cuarenta años (Éxodo 3:1); y llamó a su gran rey, David, desde las majadas

de la familia (Sal. 78:71). Fue Jacob quien inició las profecías del pastor venidero (Gn. 49:24) y fue David que legó a la posteridad el salmo exquisito que tanto valoramos cuando podemos decir de verdad: «*El Señor es mi pastor*» (Sal. 23:1).

Los profetas anunciaron el mensaje acerca del pastor escogido de Dios (Is. 40:11), y finalmente él nació en el establo de Belén. No fue mera coincidencia que los únicos vecinos que se regocijaron por ese nacimiento fuesen pastores, los hombres mejor capacitados para apreciar algo de los sacrificios involucrados en la tarea de pastorear un pueblo – y un pueblo pecador, además (Lc. 2:8). Porque el pastor es un hombre que no se escatima a sí mismo, sino que trabaja «*no por obligación ni por ambición de dinero, sino con afán de servir*» (1 P. 5:2, NVI).

David arriesgó su vida por los cordeiros de su padre (1 S. 17:34-35); Cristo realmente dio su vida por las ovejas (Jn. 10:15). Su sacrificio en la cruz no fue el fin de su pastorear. Él murió en la plena esperanza de tomar su vida de nuevo para

reasumir su papel de reunir y guiar al rebaño (Mt. 26:31-32). Como el Buen Pastor, él había completado la obra de recuperación, pero él bien sabía (como cualquier pastor finalmente descubre) que los redimidos de Dios todavía son ovejas y, como tales, necesitan el constante cuidado y protección del pastor. En este sentido, él es llamado el Gran Pastor (He. 13:20). No nos sorprende que esta descripción se encuentre en la misma epístola que se aboca a la materia del sacerdocio. Ambas funciones tienen mucho en común. Nuestra necesidad de un sumo sacerdote y nuestra necesidad de un pastor nunca cesarán y –gracias a Dios– siempre hallarán su suficiencia en el Señor Jesús.

En el gozo eterno de los redimidos limpios por la sangre estará todavía el Pastor para guiarnos a fuentes de aguas de vida (Apocalipsis 7:17). Así, aún en la eternidad podremos cantar:

*«El rey de amor es mi pastor,
su bondad nunca faltará».*

*(Tomado de «Toward The Mark»,
Mar-Abr., 1973).*

* * *

Es tan difícil describir a Cristo

Hace algunos años un caballero iba por las calles de Baltimore. Vio que tres niñas estaban paradas delante de la vidriera de una juguetería. Dos de ellas describían a la tercera, que era ciega, todo lo que había en la vidriera. El caballero se paró para escuchar, y dice que era interesante ver cómo se esforzaban para describir los juguetes, lo que les resultaba bastante difícil. El caballero conmovido por la escena invitó a las niñas a entrar en la tienda y compró un juguete para la cieguita el cual empezó a palpar y besar llena de gozo, e inmediatamente empezó a describirlo a sus amigas como si ellas no estuvieran viéndolo.

Cuando me contaron el caso, yo dije: Es justamente la situación mía cuando tengo que hablar de Cristo. Los hombres no ven en él belleza alguna. Pero, si le reciben, ha de abrir sus ojos revelándose en toda su hermosura y su gracia.

Samuel Vila: Enciclopedia de anécdotas

LOS NÚMEROS EN LA BIBLIA

El número 17



Diecisiete es el número de la perfección espiritual. Es la suma de dos números perfectos: diez y siete, y es un número primo, es decir, no es múltiplo de otros números. Los siete primeros números primos son: 1, 3, 5, 7, 11, 13 y 17.

Romanos 8 da el resumen de las 17 bendiciones de los que se identifican con Cristo en su muerte y resurrección, por la fe. Entre ellas existe una serie de siete y una de diez. Hay siete partes en la pregunta: «¿Quién nos apartará?» (ver. 35); y diez partes en la contestación (vers. 38, 39). Esta es la perfección del orden espiritual y del poder de Dios, y es la perfección espiritual y eterna de la posición del creyente en Cristo.

Parece que cuando se emplean siete y diez juntos, el diez pesa más que el siete. En 2 Crónicas 2, Salomón pidió un obrero de siete capacidades, pero Hiram le envió un experto de diez oficios.

Hebreos 12 expone un contraste entre el antiguo pacto, marcado con siete características (vers. 19, 20), y el nuevo pacto, marcado con diez características

(vers. 22-24).

El Salmo 83:6-11 nombra diez enemigos de Israel, y siete enemigos que Dios ya había destruido; pidiendo que los diez sean destruidos así como los siete. Diecisiete veces aparecen ángeles en los cuatro Evangelios y Hechos.

En el Día de Pentecostés se hablaron 17 lenguas, el día del descenso del Espíritu Santo.

Hay 17 oraciones de Jeremías en los 30 primeros capítulos de su libro, luego silencio.

Palabras empleadas 17 veces: *charisma*, don (siempre un don de Dios); *kethab*, Escritura, 17 veces en el Antiguo Testamento; *ágape*, amor, 17 veces en 1ª Juan; *aphesis*, remisión, 17 veces en el Nuevo Testamento. Esta es una palabra muy notable, pero a nadie se le remiten sus pecados si rechaza a Jesucristo. En esta dispensación de la gracia divina, Dios es benigno, paciente y longánime, queriendo que todos los hombres se salven.

(Tomado de *Manual de Interpretación Bíblica*, E. Hartill).

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Según la Biblia, ¿son los hombres los que se han de reconciliar con Dios o es Dios el que es reconciliado con los hombres?

«...Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2 Co. 5:18-20). Estos versículos nos muestran que la Biblia nunca apoya la idea equivocada y común de que tenemos que pedir a Dios que cambie nuestra actitud mental para que podamos ser salvados. Dios no siente odio hacia el hombre. Porque, por su parte, no hay problema alguno. Con frecuencia nos imaginamos que como el corazón de Dios es, al parecer, muy duro, se necesitan millares de ruegos para inclinarlo a que tenga piedad y nos perdone. Es necesario saber que la Biblia no da enseñanza alguna de este tipo.

«Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo». Dios nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo. Esto demuestra lo falsa que es la idea de que Dios nos aborrece y que, por tanto, son necesarias innumerables súplicas, confesiones, llantos y hacer mucha penitencia para que nos perdone. El hecho es que Dios está, en realidad, reconciliándonos consigo por medio de Cristo. Cuando Cristo estaba

en la tierra, representaba a Dios. Todo lo que hizo por los hombres, en cada caso estaba haciéndolo en nombre de Dios, como si Dios lo hiciera. El amor de Cristo hacia los hombres manifestaba el amor de Dios en el cielo. Luego, finalmente, en su muerte en la cruz como el Salvador enviado por Dios para ser un sustituto, se nos muestra que Dios nos reconciliaba consigo mismo por medio de Cristo. El corazón de Dios hacia los hombres es de paz, no tiene absolutamente nada en reserva contra nosotros. De modo que la forma en que trata a los hombres es totalmente diferente de lo que los hombres piensan de él.

«Y nos dio el ministerio de la reconciliación»: el ministerio de los apóstoles es persuadir a los hombres a que se reconcilien con Dios. Las personas piensan que han de suplicar a Dios que tenga piedad de ellos y los ame, sin darse cuenta de que él ya los ama hasta lo sumo. ¡Cuánto desea Dios reconciliarse con ellos! De ahí que en su predicación del evangelio los apóstoles ruegan a los hombres que se reconcilien con Dios; nunca piden a Dios que se reconcilie con ellos.

¿En qué forma se reconcilia Dios con los hombres? «No tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados». Ésta es la manera. Dios en Cristo nos reconcilia consigo mismo, no tomando en cuenta nuestros pecados.

«Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase

por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (v. 20). No le piden a Dios que se reconcilie con ellos. Algunos pueden pensar que Dios no quiere reconciliarse con ellos, pero en realidad él ha encargado a los apóstoles la tarea de rogarles que se reconcilien con él. La orden que recibimos de Dios es rogar a las personas, en Su nombre, que se reconcilien con él; no es pedir a Dios que se reconcilie con ellos. Así que nadie tiene que

suplicar penosamente; lo que tiene que hacer es creer y aceptar lo que Cristo ha realizado.

No obstante, ¿no aborrece Dios el pecado? Sin duda, Dios aborrece el pecado. Pero si uno recibe al Señor Jesucristo, sus pecados son perdonados por Dios. Por tanto, hemos de tener cuidado en no dar la impresión equivocada a los demás de que el corazón de Dios siente aversión hacia ellos».

(Preguntas vitales sobre el Evangelio, Watchman Nee).

* * *

Sólo cargar su equipaje

En su libro «Transformados en la imagen de Cristo, el siervo de Dios», Christian Chen explica cómo el joven Juan Marcos debió sentirse impresionado ante siervos de la talla de Pedro o Pablo, y cómo él debió haberse ofrecido para servir junto a Pablo y a Bernabé.

Al respecto, cuenta una experiencia personal de juventud. Siendo muy joven, él tuvo una hermosa experiencia con uno de los héroes espirituales de ese tiempo.

«Uno de los grandes hombres espirituales en este siglo, que ahora está con el Señor, se llamaba T. Austin-Sparks. Él era de Inglaterra. Yo recuerdo la primera vez que él visitó Taiwán. En aquella época yo era bien joven. Había más o menos mil hermanos y hermanas en el aeropuerto para recibirlo. Yo también fui al aeropuerto para recibir a aquel gigante, porque habíamos oído mucho hablar de él. El hermano Nee lo consideraba como un hombre transparente. Cuando lo conocimos, descubrimos que él era un hombre lleno de luz.

Nunca voy a olvidar aquella escena maravillosa en el aeropuerto; cuando él apareció en la puerta del avión, todos nosotros cantamos un lindo himno, un himno cantado a mil voces. Todo el aeropuerto quedó impresionado por aquel maravilloso himno. Entonces él descendió la escalera y estrechó la mano de algunas personas. Yo era un pequeño hermano, pero yo también quería estrechar su mano. Yo imaginaba que si estrechaba su mano, no lavaría más mi mano; debería ser una experiencia formidable. ¡Cómo deseaba estar yo a su lado! Yo no quería hacer nada, excepto cargar su equipaje, nada más; yo quería hacer eso; sólo quería la oportunidad de cargar con su bolso de mano.»

¡Que nuestros actuales jóvenes tengan esta clase de héroes y deesen servir a Dios junto a ellos!

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

La niñez es una etapa maravillosa de la vida humana. El Señor Jesús, siendo en forma de Dios, fue hecho semejante a los hombres, y pasó también por los años de infancia. Mientras vivía como un niño en Nazaret, crecía en sabiduría y en estatura, y estaba sujeto a sus padres.

En las Escrituras tenemos muchos episodios relacionados con niños, algunos de ellos llenos de ternura, y otros de gran dramatismo. Le invitamos a ejercitar sus conocimientos acerca de este tema. Responda sin buscar ayuda. Hallará las respuestas correctas en la página 119.

1. La matanza de los niños en Belén tras el nacimiento del niño Jesús fue ordenada por:
 - a) Arquelao
 - b) Herodes
 - c) Agripa
 - d) Pilato
2. Nieto de Saúl que sufrió una caída y quedó lisiado a la edad de cinco años:
 - a) Mefi-boset
 - b) Jonatan
 - c) Is-boset
 - d) Jedidías
3. Era un niño muy tranquilo, y el predilecto de su madre; su nombre significa «suplantador»:
 - a) Jacob
 - b) Isaac
 - c) Esaú
 - d) Ismael
4. El Señor Jesús resucitó a una niña de 12 años con la expresión aramea:
 - a) Efata
 - b) Hosanna
 - c) Lama sabactani
 - d) Talita cumi
5. Niño pastor, el menor de sus hermanos, menospreciado por los suyos, que fue ungido rey de Israel:
 - a) Absalón
 - b) Jeroboam
 - c) David
 - d) Uzías
6. «He aquí, no sé hablar, porque soy niño», fueron palabras de:
 - a) Jeremías
 - b) Pedro
 - c) Moisés
 - d) Juan Marcos
7. Bebé israelita salvado de la muerte, adoptado por una princesa egipcia:
 - a) Caleb
 - b) Aarón
 - c) Josué
 - d) Moisés
8. Dos profetas que resucitaron niños en circunstancias muy similares:
 - a) Elías e Isaías
 - b) Elías y Eliseo
 - c) Jeremías y Elías
 - d) Isaías y Jeremías
9. Abominable ídolo cananeo, a quien sacrificaban niños pasándolos por fuego:
 - a) Renfán
 - b) Baal
 - c) Mamón
 - d) Moloc
10. Niño que fue llamado tres veces por el Señor mientras dormía en el templo, donde ministraba:
 - a) Samuel
 - b) Daniel
 - c) Aarón
 - d) Nehemías
11. «Porque un niño nos es nacido...», es una profecía del Antiguo Testamento referida al Señor Jesús, anunciada por:
 - a) Daniel
 - b) Ezequiel
 - c) Isaías
 - d) Miqueas
12. ¿Quiénes impedían a los niños acercarse a Jesús?
 - a) los guardias
 - b) la multitud
 - c) los discípulos
 - d) los fariseos

13. Hijos de José, bendecidos en Egipto por su abuelo Jacob:

- a) Fares, Zara b) Efraín, Manasés
c) Hezrón, Carmi d) Coat, Merari

14. Ofrenda de un niño, que el Señor utilizó para alimentar a cinco mil personas:

- a) Cinco panes y dos peces
b) Siete panes y varios peces
c) Dos denarios
d) Dos panes y cinco peces

15. El menor de los doce hijos de Jacob, hijo de Raquel:

- a) Rubén b) Simeón
c) Benjamín d) Judá

16. La pregunta: «¿Dónde está el cordero para el holocausto?», fue hecha a su padre por el niño:

- a) Samuel b) David
c) Jonatán d) Isaac

17. Cuatro niños cuyo nacimiento es anunciado sobrenaturalmente, y cuyo nombre les es asignado con la frase: «...y llamarás su nombre...»:

- a) Isaac, Samuel, Sansón, Jesús
b) Ismael, Moisés, Sansón, Jesús

- c) Ismael, Isaac, Juan, Jesús
d) Moisés, Gedeón, Samuel, Jesús

18. Hijo favorito de Jacob, pues lo había tenido en su vejez:

- a) Isacar b) José
c) Zabulón d) Leví

19. «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él», es una sabia enseñanza que encontramos en:

- a) Proverbios 22:6
b) Eclesiastés 10:2
c) Salmos 8:2
d) Marcos 10:14

20. Reyes de Judá que iniciaron su reinado cuando eran niños:

- a) Joás, Acab
b) Sedequías, Asa
c) Omri, Roboam
d) Joás y Josías

21. Eran hermanos gemelos, aunque de caracteres diametralmente opuestos:

- a) Santiago, Juan
b) Jacob, Esaú
c) Neftalí, Dan
d) Simón, Andrés

* * *

Predicadores, no molinos de viento

Acabada una gran reunión, se dirigió D. L. Moody a los predicadores y dijo:
– Vosotros, ministros, ¿permitís que os diga una palabra?
– Sí, sí, señor; todo lo que usted quiera.
– Bien, no soy profeta, ni hijo de profeta, pero voy a decir algo que acaso resulte una verdadera profecía. Hoy se habla mucho del «predicador del siglo veinte». ¿Sabéis quién será éste? Será el hombre que abre su Biblia y predica desde sus páginas. Estoy mareado y cansado de ensayos. Me causa náuseas esas predicaciones de lengua cantarina. Me gustan predicadores, no molinos de viento.

Citado en Dwight L. Moody, Arboleda, de E. Lund

Odisea de un judío tunecino.

Del desierto a las



aguas vivas

William Raccah

1 de septiembre de 1999

Yo soy un judío sefardí. Nací en Túnez, un bello país ubicado en la costa mediterránea de África del Norte, entre Libia y Argelia. El pueblo tunecino tiene una rica historia y cultura. Allí los fenicios establecieron Cartago, de donde lanzaron muchas expediciones marítimas y militares.

Los judíos se asentaron a lo largo de la costa mediterránea. Establecieron grandes comunidades en los centros comerciales de África del Norte, desde Egipto a Marruecos. Durante los siglos, muchos nativos de esas zonas se unieron en matrimonio con los judíos que habían emigrado de Israel. Con el tiempo, ellos se convirtieron a una forma primitiva de Judaísmo.

Los judíos de Túnez se enfrentaron por un lado con las demandas de la iglesia establecida y por otro con un Islam avasallador. Muchos fueron forzados a convertirse al Islam. Otros escogieron la muerte en vez de aceptar la conversión. Sin embargo, otros pudieron sobrevivir y crecer como judíos en medio de las adversidades. Mi familia procede de estos judíos que se aferraron a la fe de sus an-

tepasados. Eran gente dedicada al comercio de frutas exóticas, perfumes, aceite y telas finas. De ellos salieron también estudiosos rabínicos que sostuvieron la fe a pesar de los poderes religiosos dominantes. De hecho, mis dos abuelos eran rabinos muy letrados, que deseaban ver perpetuado su amor por la sabiduría en las generaciones futuras.

Sin embargo, mi padre no fue un rabino. Él halló su vocación en las artes. Su oficio era tallar con arabescos el respaldo de espejos de oro, plata y cobre. Tenía su propia tienda, donde su talento le aseguraba un buen pasar. Mi madre provenía de una familia más liberal, sobre todo considerando el entorno musulmán en el cual vivían. De algún modo, ella tuvo éxito, llegando a ser abogada, una de las pocas mujeres de su tiempo en lograr semejante suceso.

Así, pues, éste es el contexto en el que yo nací: entre un pueblo rico en historia y cultura; dentro de una familia empapada en religión y educación; y dentro de un país que anhelaba su total emancipación.

La situación política en Túnez a prin-

cipios de los '50 era incierta, y se preparaba para la independencia y un resurgimiento de la persecución bajo la ley musulmana. Muchos judíos de allí se trasladaron al recientemente creado estado de Israel o a Francia. Algunos parientes nuestros emigraron a Israel, pero mis padres fueron enviados como «exploradores» a Francia. Se establecieron en París y empezamos una nueva vida. Vivíamos en un departamento de dos piezas en el cuarto piso de un edificio que parecía a punto de derrumbarse. Compartíamos baños comunes con nuestros vecinos. No había tina de baño ni ducha, y era una proeza asearse en el fregadero de la cocina.

Típicamente, mis días se dividían entre la escuela local y el Talmud-Torah, donde se me impartían los fundamentos de la fe judía. Los judíos norteafricanos en París llegaron a ser una próspera comunidad de exiliados que añoraban tanto el pasado como el futuro. Cazados entre dos mundos, nosotros creamos uno propio. Nuestra música, lenguaje, comidas y costumbres eran reminiscencias de nuestro pasado. Las pequeñas sinagogas se volvieron el punto focal para muchas familias que intentaban conservar su identidad. Allí, uno podía casi olvidar que había otro mundo a unas pocas estaciones de metro más allá.

Cuando yo tenía 11 años, mi familia se trasladó más al centro de la ciudad. Por primera vez, vivimos entre personas que hablaban, vestían y cocinaban diferente. Fuimos confrontados y rodeados por 'goyim'. ¡Nunca antes yo había visto tanta gente que no era como nosotros!

Mientras mis compañeros 'cristianos' se preparaban para sus confirmaciones religiosas, yo me preparaba para mi Bar Mitzvah. Y cuando me dirigía a mis clases hebreas los jueves y domingos, empecé a cuestionar lo que yo era y lo que suponía ser. Yo sabía que era un judío,

pero, ¿qué más había allí para mí? ¿Podría yo disfrutar la vida un poco más?

Mi Bar Mitzvah fue el evento del año en la comunidad tunecina. Yo estaba allí para mostrar que la tradición seguía vigente. Yo era uno de los primeros niños tunecinos en graduarse y asumir un lugar de responsabilidad en la comunidad judía. A cualquier joven le afecta cuando en un día especial de su vida se hace tanto alboroto, aun cuando él no lo entienda del todo. ¡Y qué sucesos fueron aquéllos! Empezaron con mi ida a la Torah en la grande y vieja sinagoga de la calle de la Victoria. Luego mi familia hizo una recepción con música en vivo, una gran cena y abundancia de regalos.

Después de ese día, me propuse descubrir quién era yo realmente. Había un mundo grande allá afuera y quise explorarlo: la gente, los países, la comida, la música, la literatura. Así, a los 15 años, contra los deseos de mis padres, empaqué lo que pude en una mochila e hice autostop al sur de Francia. Éste fue el primero de muchos viajes de descubrimiento. Luego me aventuré un poco más lejos. Me inscribí para ir a Israel por dos meses con un grupo de jóvenes colonos judíos, de una organización socialista que iba a establecer un *kibbutz* (granja comunitaria) en Israel. Mi familia creía que esa afiliación política estaba reñida con nuestras raíces judías ortodoxas. Pero después de muchos debates, ellos cedieron.

Fue una experiencia increíble. Descubrí otro aspecto de la vida y cultura judía, vi gente que afirmaba su identidad en otra cosa diferente a las oraciones y asistencia a la sinagoga. Estos jóvenes tenían una contagiosa alegría de vivir que me cautivaba. En casa de nuevo, intenté ser el buen muchacho judío que recitaba sus oraciones, iba a la sinagoga y participaba en las variadas celebraciones. Fue-

ra, yo exploraría diversos ámbitos acerca de la comida, música e ideas de las cuales nunca antes me habría preocupado. Me hice amigo de personas con quienes no tenía nada en común. Viajé por Europa, fui a la universidad y tomé cursos en los cuales no tenía interés, sólo para aplacar a mis padres.

Finalmente, llegué a una encrucijada. ¿Quién era yo, realmente? Nacido en Túnez, educado como un judío francés, yo tenía que tomar algunas decisiones. ¿Debía aceptar la cultura de mis padres como el refugio seguro que ellos creían tener? ¿Debía asimilarme a la cultura francesa, como tantos judíos habían hecho, y simplemente llegar a ser nominal en mi Judaísmo? ¿Qué hacer? Yo estaba dividido entre dos mundos. Exasperado, e incapaz de encontrar respuestas dentro de mi contexto inmediato, anuncié que me establecería en Israel. Pensé que probablemente era el mejor lugar para descubrir lo que significaba ser un judío.

La Guerra de Yom Kippur había empezado, e Israel estaba en el medio de esta crisis cuando me reuní a un grupo de jóvenes judíos franceses, en un vuelo a Tel Aviv. Debido a la guerra, nosotros éramos los únicos pasajeros en el avión y la tripulación nos trató regiamente. En el aeropuerto nos asignaron de inmediato la calidad de inmigrantes. Al día siguiente nos trasladamos al kibbutz que iba a ser nuestro hogar durante los próximos seis meses.

Nuestro contingente francés no era el único grupo inscrito para este turno de seis meses. Había jóvenes de los Estados Unidos, Sudáfrica, Canadá, Suecia, Rusia, Australia y Argentina. ¡Qué mezcotanza de idiomas! Durante las primeras semanas hablábamos más con nuestras manos que de otra forma (los franceses éramos muy buenos en eso). ¡Y aquí es donde mi historia realmente empieza!

Mientras comíamos en la cafetería común, observé a una chica que miraba fijamente su plato unos momentos antes de comer. Preguntándome si habría una mosca u otra criatura alada en la comida, empecé también a mirar mi plato. No viendo nada sospechoso, procedí a comer. Y así lo hizo ella también.

Sin embargo, en la próxima comida, observé la misma actitud. La comida siguiente, lo mismo de nuevo. ¿Qué estaba pasando aquí? Bien, tenía que averiguarlo. Gesticulando como un títere, y usando un poco de hebreo con acento inglés, le pregunté si alguna criatura detestable devoraba nuestra insípida comida. Para sorpresa mía, después de hacer yo el bobo, ella respondió en buen francés. ¡Vaya sorpresa! Ella era de Canadá, donde el francés es uno de los dos idiomas oficiales. Judit me explicó que no había nada malo con la comida. Realmente, ella la encontraba muy sabrosa. No, lo que yo percibía como su «mirada fija» era simplemente el momento de dar gracias a Dios por los alimentos que él había proporcionado.

Ahora, ¿qué significaba todo eso? ¡Yo estaba en un kibbutz secular, entre judíos

Decidido a no dar mi brazo a torcer, viajé a Haifa y busqué una Biblia completa. Orgulloso de mi adquisición, regresé al *kibbutz*. En el viaje en autobús empecé a hojearla. No queriendo perderme nada, empecé con Génesis 1: 1.

seculares de alrededor del mundo, y esta chica estaba orando por su comida!

Su historia era muy sencilla. Ella era un cristiana que había completado su Universidad Bíblica en Canadá. Junto a tres de sus amigos, había viajado a Israel para descubrir la Tierra que ellos habían estudiado durante los tres años anteriores. Debido a la guerra, no pudieron viajar juntos y fueron puestos en diferentes kibbutz. De manera que aquí estaba ella, entre todos estos judíos, pero guardando algún sencillo ritual arraigado profundamente en su fe.

Ella me simpatizó, ya que podía hablar francés, pero yo no iba a hacer lo que ella hacía. Después de todo, yo había crecido en la sinagoga. El Talmud-Torah era mi segundo hogar. Así que le hice algunas preguntas acerca de sus creencias. Era muy evidente que no hablábamos el mismo idioma. Mientras ella trataba de explicarme cosas de la Biblia, yo sólo podía referirme al Talmud. Reconocí los nombres de algunos de los libros que mencionaba; igual sabía los nombres de algunos de los profetas que ella citaba. Pero no estábamos leyendo del mismo texto. Entonces, ella me dijo finalmente que adquiriese una Biblia, preferentemente en francés, para que yo pudiera entender, y empezara a leerla.

Decidido a no dar mi brazo a torcer, tomé el autobús a Haifa y busqué una Biblia francesa completa. Orgullosa de mi nueva adquisición, regresé al kibbutz. En el viaje en autobús empecé a hojear el libro. Todos los nombres y pasajes que ella me había citado se esparcieron ante mí. No queriendo perderme nada, empecé con Génesis 1:1. Me extasié tanto con el texto que yo leía en francés por primera vez, que casi olvidé mi paradero. ¡Y aquí empezó lo bueno! Cuanto más yo leía, más preguntas tenía. Mientras más

preguntaba, más satisfactorias era las respuestas que recibía. Las respuestas me incitaban a leer más, a plantear más preguntas, respuestas, etc.

Por ejemplo, yo había aprendido muchas historias rabínicas sobre personajes de la Biblia, ¡pero esas mismas historias talmúdicas no estaban en ella! Yo quería saber por qué la tradición oral con la que había crecido no se registraba en las páginas de la Escritura. Luché con el hecho de que no había una plétora de interpretaciones rabínicas para escoger en las Escrituras, y que en lugar de los personajes que tienen intermediarios en la forma de ángeles u otras creaciones celestiales, Dios regularmente interactuaba con su creación. Noté que las Escrituras mostraban a Abraham, Moisés y David relacionándose con Dios sin adición de agentes sobrenaturales. Esto me sorprendió, incluso me sobresaltó, y activó la noción de que yo, un joven judío tunecino, podría posiblemente interactuar con mi Dios, y aun tener una relación personal con él.

Al mismo tiempo, se amplió mi comprensión de Jesús, 'el gentil'. Yo nunca antes había leído el Nuevo Testamento. En sus páginas descubrí a un maestro diferente del que me había sido mostrado. Vi a Jesús amando al pueblo judío. Lo reconocí como un rabino con enseñanza propia que hablaba verdad. Él hablaba en un contexto que cualquier judío podía entender, y en cierto modo eso me estaba impactando. Yo le admiré en los relatos del evangelio. Él era un héroe desvalido – pero no vencido; y me simpatizó.

En ese punto, habiendo sido saciado por este estudio de la Biblia, y siendo incapaz de refutar la aplastante evidencia en favor de Jesús, declaré a Judit que estaba dispuesto a ser un creyente en Jesús. Su respuesta me sorprendió. «¡Oh,

no tan rápido! Entre pensar que uno está listo y estar realmente preparado hay un mundo de diferencia».

Mientras muchos cristianos habrían estado felices de aceptar mi decisión, Judit me puso a prueba. Ella quería que yo estuviera seguro de lo que estaba haciendo; no quería que yo decidiera emocionalmente. Además, ella entendía el tipo de reacción que tendría mi familia a mi fe, y la presión que yo debería enfrentar. Aún no era mi tiempo.

Con vigor renovado, tomé la Biblia y decidí que si había alguna verdad en las demandas de la cristiandad, yo la encontraría. Después de más semanas de leer e inquirir, anuncié finalmente que creía en Jesús como el Mesías y me contaba como un creyente suyo. Mi tutora me dijo que yo había dado la respuesta correcta. ¡Finalmente había llegado! No necesité una ceremonia especial o revelación especial, sino que la fe sencilla, en la cual hallé la convicción de pertenecer a Aquel que había muerto para que yo pudiese tener vida eterna, era ahora mía.

Ahora, creer en Jesús en Israel en los años '70 no era fácil. Yo no sabía dónde ir para ser sustentado y crecer en la fe, así que decidí volver a Francia. Pero allí la atmósfera era aún más asfixiante. Mis padres reaccionaron muy mal a mi nuevo compromiso. En su concepto, yo los había traicionado a ellos y a una larga tradición sefardí; había defraudado sus esperanzas y aspiraciones para mí. Siendo el primogénito, se esperaba que yo llegase a ser el rabino de la familia, y esto ya nunca sería realidad.

Para crecer en mi fe, yo necesitaba un nuevo comienzo. Recordando que mi guía

era de Canadá, decidí empezar allí. En lugar de trasladarme al Montreal de habla francesa, decidí ir a Alberta y renovar contacto con la muchacha que me había conducido a la fe en mi Mesías. El hecho de que ella era bonita fue un gran incentivo, aunque no mi motivación principal.

Su familia y su iglesia me acogieron, y por primera vez empecé a estudiar sistemáticamente y a crecer en mi fe. Pero la escuela dominical y los estudios de la Biblia no eran suficientes para mí. También, mi relación con Judit había evolucionado y le propuse matrimonio. Lo hice con una condición: que yo empezaría la Universidad Bíblica en la temporada siguiente, para ahondar mi comprensión de la Escritura y mi relación con Jesús. Ella estuvo de acuerdo, y nos casamos el 26 de junio de 1976.

Hubiese querido que mis padres estuviesen allí. Ellos dejaron de hablarme después que me transformé en seguidor de Jesús. Aunque yo les escribía, ellos no se contactaron por escrito o verbalmente conmigo durante 11 años. Sin embargo, restablecieron la comunicación cuando nacieron mis hijos, y estoy agradecido por eso.

Desde que entregué mi vida a Jesús, no he vuelto atrás. En la actualidad, estoy completando estudios sobre el Antiguo Testamento y enseñando en una Universidad en Ontario.

Mi jornada no ha terminado. He viajado desde Túnez a París, a Israel y a Canadá, pero lo más importante es haber viajado a Jesús, en quien hallé respuesta a las preguntas vitales de la vida. ***

Copyright 2005 Jews for Jesus.
<http://www.jewsforjesus.org>.

Respuestas correctas a «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1B, 2A, 3A, 4D, 5C, 6A, 7D, 8B, 9D, 10A, 11C, 12C, 13B, 14A, 15C, 16D, 17C, 18B, 19A, 20D, 21B.

CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

CARTAS

Mensajes en audio

Reciban nuestro saludo esperando que el Dios Todopoderoso derrame su gracia sobre nosotros y quiera llenarnos de su conocimiento. Hemos escuchado algunos de sus mensajes y nos identificamos con ellos, confirmándonos así el Señor las cosas que ha tenido a bien mostrarnos con respecto a su iglesia y al misterio de Cristo revelado en nosotros.

Pedro Nel Ospino.

Música

Quería felicitarlos por sus maravillosas alabanzas. De toda la música que he encontrado en la web, la de ustedes es la que más he disfrutado escuchando, debido a que se nota que cantan de corazón al Señor. Las letras y ritmos son realmente espirituales, cosa que hoy en día es difícil encontrar. Los aliento a seguir con esta labor, hasta el día en que el Señor nos venga a buscar.

*Maximiliano Montenegro,
Buenos Aires, Argentina.*

Estación radial

Damos gracias al Señor Jesucristo por esta oportunidad de comunicarnos a pesar de las distancias. Le comento que estamos dispuestos a promocionar material del ministerio en nuestra estación radial, solo esperamos que nos lo envíen. Será de mucha bendición difundirlo. Juntos en unidad, sabe Dios que conquistaremos las naciones para él.

*Emanuel Fuertes,
Venado Tuerto, Prov. Santa Fe, Argentina.*

Vertiente

Hace poco tiempo descubrí vuestra página en Internet; y debo decirles que me resultan de gran edificación los distintos temas que son desarrollados en ella, así como en la revista. Gracias al Señor estamos asistiendo a un poderoso avivamiento en nuestro continente y en Chile. Me alegro de encontrar una vertiente de Agua Viva donde beber la eterna e inmutable palabra de Dios.

*Victor Osvaldo Garay,
La Plata, Prov. Buenos Aires, Argentina.*

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 7 · Nº 38 · Marzo - Abril 2006

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda.

Además en esta edición: Stephen Kaung, David Wilkerson, Gino Iafrancesco, Ricardo Bravo, Rodrigo Abarca, Rubén Chacón, Marcelo Díaz.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución: Jorge Geisse jgeissed@hotmail.com
Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: webmaster@aguasvivas.cl

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission
P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
Email: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal N° 639
C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
Email: sammyglez@yahoo.com